

PEDRO A. DE ALARCON

EL CAPITAN VENENO
y
**EL SOMBRERO DE
TRES PICOS**



COLECCION AUSTRAL

ESPASA - CALPE ARGENTINA, S. A.
BUENOS AIRES - MÉXICO

EL CAPITAN VENENO Y EL SOMBRERO DE TRES PICOS

EL CAPITAN VENENO Y EL SOMBRERO DE TRES PICOS

37

DR
98

UNA CREACION

DE

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.

La COLECCION AUSTRAL publica:

Los libros de que se habla; los libros de éxito permanente; los libros que Ud. deseaba leer; los libros que aun no había Ud. leído porque eran caros o circulaban en malas ediciones y sin ninguna garantía; los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir; los libros que marcan una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento; los libros que son actuales ayer, hoy y siempre. La COLECCION AUSTRAL ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. La COLECCION AUSTRAL publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector.

PEDRO A. DE ALARCON

Entre los grandes novelistas españoles de la segunda mitad del siglo XIX que siguen leyéndose y conservan un interés permanente, al margen de las mudanzas del gusto, sobresale en primer término Pedro A. de Alarcón. Andaluz, nacido en Guadix, vivió de 1833 a 1891, fundó en Granada la famosa cofradía bohemia llamada "La Cuerda Granadina" y tuvo una vida rica en peripecias: intervino en movimientos revolucionarios, fué soldado en la primera guerra de Africa y, lanzándose luego a la política, alcanzó los cargos de diputado y diplomático. En su producción, no muy copiosa, pero toda ella excelente y escrita en un idioma ejemplar, junto a sus grandes novelas como "El niño de la Bola" y "El final de Norma", destacan algunas breves obras maestras, auténticas joyas de la literatura costumbrista. Tales las que se reúnen en este tomo: **EL CAPITAN VENENO**, deliciosa pintura de un carácter, y **EL SOMBRERO DE TRES PICOS**, cuadro costumbrista y picaresco, lleno de un colorido, de un sabor y de una gracia únicos. Ambas novelas se consideran hoy como dos piezas clásicas, de valor imperecedero. **EL SOMBRERO DE TRES PICOS** ha cobrado fama universal merced a las numerosas versiones teatrales, coreográficas y cinematográficas que se han hecho de su argumento. La graciosa y picante aventura del Corregidor y la Molinera ha recorrido, no hace muchos años, los mejores escenarios de Europa y de América, llevada en alas de la música genial que le puso Falla y de los decorados deslumbrantes de Picasso.

•

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.

BUENOS AIRES

Tacuarí 328

MÉXICO D. F.

Isabel la Católica 6

PÉDRO A. DE ALARCÓN
EL CAPITAN
V E N E N O
y EL SOMBRERO
DE TRES PICOS



COLECCION AUSTRAL

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.
BUENOS AIRES - MÉXICO

Gloria de Ros.

1164230

DR

798

EL CAPITÁN VENENO

y

EL SOMBRERO DE TRES PICOS

PEDRO A. DE ALARCÓN

EL CAPITÁN
VENENO

y

EL SOMBRERO DE
TRES PICOS

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

799

ESPASA - CALPE ARGENTINA, S. A.

BUENOS AIRES . MÉXICO

*Unica edición popular autorizada para la
COLECCION AUSTRAL*

Queda hecho el depósito que previene la ley N.º 11.723

*Todas las características gráficas de esta colección han
sido registradas en la oficina de Patentes y Marcas de
la Nación*

*Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.
Buenos Aires, 1938*

PRINTED IN ARGENTINE

Acabado de imprimir el día 15 de febrero de 1938

Cía. Gral. Fabril Financiera - Iriarte 2035 - Buenos Aires

EL CAPITÁN VENENO

P A R T E P R I M E R A

H E R I D A S E N E L C U E R P O

I

UN POCO DE HISTORIA POLÍTICA

La tarde del 26 de marzo de 1848 hubo tiros y cuchilladas en Madrid entre un puñado de paisanos que, al expirar, lanzaban el hasta entonces extranjero grito de *¡Viva la República!*, y el Ejército de la Monarquía española (traído o creado por Ataúlfo, reconstituído por don Pelayo y reformado por Trastámara), de que a la sazón era jefe visible, en nombre de doña Isabel II, el Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, don Ramón María Narváez...

Y basta con esto de historia y de política, y pasemos a hablar de cosas menos sabidas y más amenas, a que dieron origen o coyuntura aquellos lamentables acontecimientos.

II

NUESTRA HEROÍNA

En el piso bajo de la izquierda de una humilde pero graciosa y limpia casa de la calle de Preciados, calle muy estrecha y retorcida en aquel entonces, y teatro de la refriega en tal momento, vivían solas, esto es, sin la compañía de hombre ninguno, tres buenas y piadosas mujeres, que mucho se diferenciaban entre sí en cuanto al ser físico y estado social, puesto que éranse que se

eran una señora mayor, viuda, guipuzcoana, de aspecto grave y distinguido; una hija suya, joven, soltera, natural de Madrid, y bastante guapa, aunque de tipo diferente al de la madre (lo cual daba a entender que había salido en todo a su padre), y una doméstica, imposible de filiar o describir, sin edad, figura ni casi sexo determinables, bautizada, hasta cierto punto, en Mondoñedo, y a la cual ya hemos hecho demasiado favor (como también se lo hizo aquel señor cura) con reconocer que pertenecía a la especie humana...

La mencionada joven parecía el símbolo o representación, viva y con faldas, del sentido común: tal equilibrio había entre su hermosura y su naturalidad, entre su elegancia y su sencillez, entre su gracia y su modestia. Felicísimo era que pasase inadvertida por la vía pública, sin alborotar a los galanteadores de oficio, pero imposible que nadie dejara de admirarla y de prendarse de sus múltiples encantos, luego que fijase en ella la atención. No era, no (o, por mejor decir, no quería ser), una de esas beldades llamativas, aparatosas, fulminantes, que atraen todas las miradas no bien se presentan en un salón, teatro o paseo, y que comprometen o anulan al pobrete que las acompaña, sea novio, sea marido, sea padre, sea el mismísimo preste Juan de las Indias... Era un conjunto sabio y armónico de perfecciones físicas y morales, cuya prodigiosa regularidad no entusiasmaba al pronto, como no entusiasmaban la paz ni el orden; o como acontece con los monumentos bien proporcionados, donde nada nos choca ni maravilla hasta que formamos juicio de que, si todo resulta llano, fácil y natural, consiste en que todo es igualmente bello. Dijérase que aquella diosa honrada de la clase media había estudiado su modo de vestirse, de peinarse, de mirar, de moverse, de conllevar, en fin, los tesoros de su espléndida juventud, en tal forma y manera, que no se la creyese pagada de sí misma, ni presuntuosa ni incitante, sino muy diferente de las deidades por casar que hacen feria de sus hechizos y van por esas calles de Dios diciendo a todo el mundo: *Esta casa se vende...*, o *se alquila*.

Pero no nos detengamos en floreos ni dibujos, que es mucho lo que tenemos que referir, y poquísimo el tiempo de que disponemos.

III

NUESTRO HÉROE

Los republicanos disparaban contra la tropa desde la esquina de la calle de Peregrinos, y la tropa disparaba contra los republicanos desde la Puerta del Sol, de modo y forma que las balas de una y otra procedencia pasaban por delante de las ventanas del referido piso bajo, si ya no era que iban a dar en los hierros de sus rejas, haciéndoles vibrar con estridente ruido e hiriendo de rechazo persianas, maderas y cristales.

Igualmente profundo, aunque vario en su naturaleza y expresión, era el terror que sentían la madre... y la criada. Temía la noble viuda, primero por su hija, después por el resto del género humano, y en último término por sí propia; y temía la gallega, ante todo, por su querido pellejo; en segundo lugar, por su estómago y por el de sus amas, pues la tinaja del agua estaba casi vacía y el panadero no había parecido con el pan de la tarde, y en tercer lugar, un poquitillo por los soldados o paisanos hijos de Galicia que pudieran morir o perder algo en la contienda. Y no hablamos del terror de la hija, porque, ya lo neutralizase la curiosidad, ya no tuviese acceso en su alma, más varonil que femenina, era el caso que la gentil doncella, desoyendo consejos y órdenes de su madre, y lamentos o aullidos de la criada, ambas escondidas en los aposentos interiores, se escurría de vez en cuando a las habitaciones que daban a la calle, y hasta abría las maderas de alguna reja, para formar exacto juicio del ser y estado de la lucha.

En una de estas asonadas, peligrosas por todo extremo, vió que las tropas habían avanzado hasta la puerta

de aquella casa, mientras que los sediciosos retrocedían hasta la plaza de Santo Domingo, no sin continuar haciendo fuego por escalones con admirable serenidad y bravura. Y vió asimismo que a la cabeza de los soldados, y aun de los oficiales y jefes, se distinguía, por su enérgica y denodada actitud y por las ardorosas frases con que los arengaba a todos, un hombre como de cuarenta años, de porte fino y elegante y delicada y bella, aunque dura, fisonomía; delgado y fuerte como un manojo de nervios; más bien alto que bajo, y vestido medio de paisano, medio de militar. Queremos decir que llevaba gorra de cuartel con los tres galoncitos de la insignia de capitán; levita y pantalón civiles, de paño negro; sable de oficial de infantería, y canana y escopeta de *cazador*..., no del ejército, sino de conejos y perdices.

Mirando y admirando estaba precisamente la madrileña a tan singular personaje, cuando los republicanos hicieron una descarga sobre él, por considerarlo, sin duda, más temible que todos los otros, o suponerlo general, ministro o cosa así, y el pobre capitán, o lo que fuera, cayó al suelo, como herido de un rayo y con la faz bañada en sangre, en tanto que los revoltosos huían alegremente, muy satisfechos de su hazaña, y que los soldados echaban a correr detrás de ellos, anhelando vengar al infortunado caudillo...

Quedó, pues, la calle sola y muda, y en medio de ella, tendido y desangrándose, aquel buen caballero, que acaso no había expirado todavía, y a quien manos solícitas y piadosas pudieran tal vez librar de la muerte... La joven no vaciló un punto: corrió adonde estaban su madre y la doméstica; explicóles el caso; díjoles que en la calle de Preciados no había ya tiros; tuvo que batallar, no tanto con los prudentísimos reparos de la generosa guipuzcoana, como con el miedo puramente animal de la informe gallega, y a los pocos minutos las tres mujeres transportaban en peso a su honesta casa, y colocaban en la alcoba de honor de la salita principal, sobre la lujosa cama de la viuda, el insensible cuerpo de aquel que, si no fué el verdadero protagonista de la jornada del 26 de marzo, va a serlo de nuestra particular historia.

IV

EL PELLEJO PROPIO Y EL AJENO

Poco tardaron en conocer las caritativas hembras que el gallardo capitán no estaba muerto, sino meramente privado de conocimiento y sentidos por resultas de un balazo que le había dado de refilón en la frente, sin profundizar casi nada en ella. Conocieron también que tenía atravesada y acaso fracturada la pierna derecha, que no debía descuidarse ni por un momento aquella herida, de la cual fluía mucha sangre. Conocieron, en fin, que lo único verdaderamente útil y eficaz que podían hacer por el desventurado era llamar en seguida a un facultativo...

—Mamá —dijo la valerosa joven—, a dos pasos de acá, en la acera de enfrente, vive el doctor Sánchez... Que Rosa vaya y le haga venir... Todo es asunto de un momento, y sin que en ello se corra ningún peligro.

En eso sonó un tiro muy próximo, al que siguieron cuatro o seis, disparados a tiempo y a mayor distancia. Después volvió a reinar profundo silencio.

—¡Yo no voy! —gruñó la criada—. Esos que oyéronse ahora fueron también tiros, y las señoras no querrán que me fusilen al cruzar la calle.

—¡Tonta! ¡En la calle no ocurre nada! —replicó la joven, quien acababa de asomarse a una de las rejas.

—¡Quítate de ahí, Angustias! —gritó la madre, reparando en ello.

—El tiro que sonó primero —prosiguió diciendo la llamada Angustias—, y a que han contestado las tropas de

la Puerta del Sol, debió de dispararlo desde la guardilla del número 19 un hombre muy feo, a quien estoy viendo volver a cargar el trabuco... Las balas, por consiguiente, pasan ahora muy altas, y no hay peligro ninguno en atravesar nuestra calle. ¡En cambio, fuera la mayor de las infamias que dejásemos morir a este desgraciado por ahorrarnos una ligera molestia!

—Yo iré a llamar al médico —dijo la madre, acabando de vendar a su modo la pierna rota del capitán.

—¡Eso no! —gritó la hija, entrando en la alcoba—. ¡Qué se diría de mí? ¡Iré yo, que soy más joven y ando más de prisa! ¡Bastante has padecido tú ya en este mundo con las dichosas guerras!

—Pues, sin embargo, ¡tú no vas! —replicó imperiosamente la madre.

—¡Ni yo tampoco! —añadió la criada.

—¡Mamá, déjame ir! ¡Te lo pido por la memoria de mi padre! ¡Yo no tengo alma para ver desangrarse a este valiente, cuando podemos salvarlo! ¡Mira, mira de qué poco le sirven tus vendas!... La sangre gotea ya por debajo de los colchones.

—¡Angustias! ¡Te he dicho que no vas!

—No iré, si no quieres; pero, madre mía, piensa en que mi pobre padre, tu noble y valeroso marido, no habría muerto, como murió, desangrado, en medio de un bosque, la noche de una acción, si alguna mano misericordiosa hubiese restañado la sangre de sus heridas.

—¡Angustias!...

—Mamá... ¡Déjame! ¡Yo soy tan aragonesa como mi padre, aunque he nacido en este pícaro Madrid! Además, no creo que a las mujeres se nos haya otorgado ninguna bula, dispensándonos de tener tanta vergüenza y tanto valor como los hombres.

Así dijo aquella buena moza; y no se había repuesto su madre del asombro, acompañado de sumisión moral o involuntario aplauso que le produjo tan soberano arranque, cuando Angustias estaba ya cruzando impávidamente la calle de Preciados.

V

TRABUCAZO

—¡Mire usted, señora! ¡Mire qué hermosa va! —exclamó la gallega, batiendo palmas y contemplando desde la reja a nuestra heroína...

Pero, ¡ay!, en aquel mismo instante sonó un tiro muy próximo; y como la pobre viuda, que también se había acercado a la ventana, viera a su hija detenerse y tentarse la ropa, lanzó un grito desgarrador y cayó de rodillas, casi privada de sentido.

—¡No diéronle! ¡No diéronle! —gritaba en tanto la sirvienta—. ¡Ya entra en la casa de enfrente! Repórtese la señora...

Pero ésta no la oía. Pálida como una difunta, luchaba con su abatimiento, hasta que, hallando fuerzas en el propio dolor, alzóse medio loca y corrió a la calle..., en medio de la cual se encontró con la impertérrita Angustias, que ya regresaba seguida del médico.

Con verdadero delirio se abrazaron y besaron madre e hija, precisamente sobre el arroyo de sangre vertida por el Capitán, y entraron al fin en la casa, sin que en aquellos primeros momentos se enterase nadie de que las faldas de la joven estaban agujereadas por el alevoso trabucazo que le disparó el hombre de la guardilla al verla atravesar la calle...

La gallega fué quien no sólo reparó en ello sino quien tuvo la crueldad de pregonarlo.

—¡Diéronle! ¡Diéronle —exclamó con su gramática de Mondoñedo—. ¡Bien hice yo en no salir! ¡Buenos forados habrían abierto las balas en mis tres refajos!

Imaginémonos un punto el renovado terror de la pobre madre, hasta que Angustias la convenció de que estaba ilesa. Básteos saber que, según iremos viendo, la infeliz guipuzcoana no había de gozar hora de salud desde aquel espantoso día... Y acudamos ahora al malparado Capitán, a ver qué juicio forma de sus heridas el diligente y experto doctor Sánchez.

VI

DIAGNÓSTICO Y PRONÓSTICO

Envidiable reputación tenía aquel facultativo, y justificóla de nuevo en la rápida y feliz primera cura que hizo a nuestro héroe, restañando la sangre de sus heridas con medicinas caseras, y reduciéndole y entablillándole la fractura de la pierna sin más auxiliares que las tres mujeres. Pero como expositor de su ciencia no se lució tanto, pues el buen hombre adolecía del vicio oratorio de Pero Grullo.

Desde luego respondió de que el Capitán no moriría, “dado que saliese antes de veinticuatro horas de aquel profundo amodorramiento”, indicio de una grave conmoción cerebral causada por la lesión que en la frente le había producido un proyectil oblicuo (disparado con arma de fuego, sin quebrantarle, aunque sí contundiéndole, el hueso frontal) “precisamente en el sitio en que tenía la herida, a consecuencia de nuestras desgraciadas discordias civiles y de haberse mezclado aquel hombre en ellas”; añadiendo en seguida, por vía de glosa, que si la susodicha conmoción cerebral no cesaba dentro del plazo marcado, el Capitán moriría sin remedio, “en señal de haber sido demasiado fuerte el golpe del proyec-

til; y que, respecto a si cesaría o no cesaría la tal conmoción antes de las veinticuatro horas, se reservaba su pronóstico hasta la tarde siguiente”.

Dichas estas verdades de a folio, recomendó muchísimo, y hasta con pesadez (sin duda por conocer bien a las hijas de Eva), que cuando el herido recobrase el conocimiento no le permitieran hablar, ni le hablaran ellas de cosa alguna, por urgente que les pareciese entrar en conversación con él; dejó instrucciones verbales y recetas escritas para todos los casos y accidentes que pudieran sobrevenir; quedó en volver al otro día, aunque también hubiese tiros, a fuer de hombre tan cabal como buen médico y como inocente orador, y se marchó a su casa, por si le llamaban para otro apuro semejante; no, empero, sin aconsejar a la conturbada viuda que se acostara temprano, pues no tenía el pulso en caja, y era muy posible que le entrase una poca fiebre *al llegar* la noche... (que ya había *llegado*).

VII

EXPECTACIÓN

Serían las tres de la madrugada, y la noble señora, aunque, en efecto, se sentía muy mal, continuaba a la cabecera de su enfermo huésped, desatendiendo los ruegos de la infatigable Angustias, quien no sólo velaba también, sino que todavía no se había sentado en toda la noche.

Erguida y quieta como una estatua, permanecía la joven al pie del ensangrentado lecho, con los ojos fijos en el rostro blanco y afilado, semejante al de un Cristo de marfil, de aquel valeroso guerrero a quien admiró tanto por la tarde, y de esta manera esperaba con visible zozobra a que el sin ventura despertara de aquel profundo letargo, que podía terminar en la muerte.

La dichosísima gallega era quien roncaba, si había que roncar, en la mejor butaca de la sala, con la vacía frente clavada en las rodillas, por no haber caído en la cuenta de que aquella butaca tenía un respaldar muy a propósito para reclinar en él el occipucio.

Varias observaciones o conjeturas habían cruzado la madre y la hija, durante aquella larga velada, acerca de cuál podría ser la calidad originaria del Capitán, cuál su carácter, cuáles sus ideas y sentimientos. Con la nimiedad de atención que no pierden las mujeres ni aun en las más terribles y solemnes circunstancias, habían reparado en la finura de la camisa, en la riqueza del reloj, en la pulcritud de la persona y en las coronitas de marqués de los calcetines del paciente. Tampoco dejaron de fijarse en una muy vieja medalla de oro que llevaba al cuello bajo sus vestiduras, ni en que aquella medalla representaba a la Virgen del Pilar de Zaragoza; de todo lo cual se alegraron sobremanera, sacando en limpio que el Capitán era persona de clase y de buena y cristiana educación. Lo que naturalmente respetaron fué el interior de sus bolsillos, donde tal vez habría cartas o tarjetas que declarasen su nombre y las señas de su casa; declaraciones que esperaban en Dios podría hacerles él mismo cuando recobrase el conocimiento y la palabra, en señal de que le quedaban días que vivir...

Mientras tanto, y aunque la refriega política había concluído por entonces, quedando victoriosa la Monarquía, oíase de tiempo en tiempo, ora algún tiro remoto y sin contestación, como solitaria protesta de tal o cual republicano no convertido por la metralla, ora el sonoro trotar de las patrullas de caballería que rondaban, asegurando el orden público; rumores ambos lúgubres y fatídicos, muy tristes de escuchar desde la cabecera de un militar herido y casi muerto.

VIII

INCONVENIENTES DE LA "GUÍA DE FORASTEROS"

Así las cosas, y a poco de sonar las tres y media en el reloj del Buen Suceso, el Capitán abrió súbitamente los ojos; paseó una hosca mirada por la habitación, fijóla sucesivamente en Angustias y en su madre, con cierta especie de terror pueril, y balbuceó desapaciblemente:

—¿Dónde diablos estoy?

La joven se llevó un dedo a los labios, recomendándole que guardara silencio; pero a la viuda le había sentado muy mal la segunda palabra de aquella interrogación, y apresuróse a responder:

—Está usted en lugar honesto y seguro, o sea en casa de la generala Barbastro, condesa de Santurce, servidora de usted.

—¡Mujeres! ¡Qué diantre...! —tartamudeó el Capitán, entornando los ojos, como si volviese a su letargo.

Pero muy luego se notó que ya respiraba con la libertad y fuerza del que duerme tranquilo.

—¡Se ha salvado! —dijo Angustias muy quedamente—. Mi padre estará contento de nosotras.

—Rezando estaba por su alma... —contestó la madre—. ¡Aunque ya ves que el primer saludo de nuestro enfermo nos ha dejado mucho que desear!

—Me sé de memoria —profirió con lentitud el Capitán, sin abrir los ojos— el Escalafón del Estado Mayor General del Ejército español, inserto en la *Guía de Forasteros*, y en él no figura, ni ha figurado en este siglo, ningún general Barbastro.

—¡Le diré a usted!... —exclamó vivamente la viuda—. Mi difunto marido...

—No le contestes ahora, mamá... —interrumpió la joven, sonriéndose—. Está delirando, y hay que tener cuidado con su pobre cabeza. ¡Recuerda los encargos del doctor Sánchez!

El Capitán abrió sus hermosos ojos; miró a Angustias muy fijamente, y volvió a cerrarlos, diciendo con mayor lentitud:

—¡Yo no deliro nunca, señorita! ¡Lo que pasa es que digo siempre la verdad a todo el mundo, caiga el que caiga!

Y dicho esto, sílaba por sílaba, suspiró profundamente, como muy fatigado de haber hablado tanto, y comenzó a roncar de un modo sordo, cual si agonizase.

—¿Duerme usted, Capitán? —le preguntó, muy alarmada la viuda.

El herido no respondió.

IX

MÁS INCONVENIENTES DE LA "GUÍA DE FORASTEROS"

—Dejémosle que repose... —dijo Angustias en voz baja, sentándose al lado de su madre—. Y supuesto que ahora no puede oírnos, permíteme, mamá, que te advierta una cosa... Creo que no has hecho bien en contarle que eres Condesa y Generala...

—¿Por qué?

—Porque..., bien lo sabes, no tenemos recursos suficientes para cuidar y atender a una persona como ésta, del modo que lo harían Condesas y Generalas *de verdad*.

—¿Qué quiere decir *de verdad*? —exclamó vivamente la guipuzcoana—. ¿También tú vas a poner en duda mi categoría? ¡Yo soy tan condesa como la del Montijo, y tan generala como la de Espartero!

—Tienes razón; pero hasta que el Gobierno resuelva en este sentido el expediente de tu viudedad, seguiremos siendo muy pobres...

—¡No tan pobres! Todavía me quedan mil reales de los pendientes de esmeraldas, y tengo una gargantilla de perlas con broches de brillantes, regalo de mi abuelo, que vale más de quinientos duros, con los cuales nos sobra para vivir hasta que se resuelva mi expediente, que será antes de un mes, y para cuidar a este hombre como Dios manda, aunque la rotura de la pierna le obligue a estar acá dos o tres meses... Ya sabes que el Oficial del Consejo opina que me alcanzan los beneficios del artículo 10 del Convenio de Vergara; pues, aunque tu padre murió con anterioridad, consta que ya estaba de acuerdo con Maroto...

—Santurce... Santurce... ¡Tampoco figura este conñado en la *Guía de Forasteros*! —murmuró borrosamente el Capitán, sin abrir los ojos.

Y luego, sacudiendo de pronto su letargo, y llegando hasta incorporarse en la cama, dijo con voz entera y vibrante, como si ya estuviese bueno:

—¡Vamos claros, señora! Yo necesito saber dónde estoy y quiénes son ustedes... ¡A mí no me gobierna ni me engaña nadie! ¡Diablo, y cómo me duele esta pierna!

—Señor Capitán, ¡usted nos insulta! —exclamó la Generala destempladamente.

—¡Vaya, Capitán!... Estése usted quieto, y calle... —dijo al mismo tiempo Angustias con suavidad, aunque con enojo—. Su vida correrá mucho peligro si no guarda usted silencio o si no permanece inmóvil. Tiene usted rota la pierna derecha, y una herida en la frente que le ha privado a usted del sentido más de diez horas...

—¡Es verdad! —exclamó el raro personaje, llevándose las manos a la cabeza y tentando las vendas que le había puesto el médico—. ¡Esos pícaros me han herido! Pero ¿quién ha sido el imprudente que me ha traído a una casa ajena, teniendo yo la mía y habiendo hospitales militares y civiles? ¡A mí no me gusta incomodar a nadie, ni deber favores, que maldito si merezco ni quiero merecer! Yo estaba en la calle de Preciados...

—Y en la calle de Preciados está usted, número 14, cuarto bajo... —interrumpió la guipuzcoana, desentendiéndose de las señas que le hacía su hija para que ca-

llase—. ¡Nosotras no necesitamos que nos agradezca usted cosa alguna, pues no hemos hecho ni haremos más que lo que manda Dios y la caridad ordena! Por lo demás, está usted en una casa decente. Yo soy doña Teresa Carrillo de Albornoz y Azpeitia, viuda del general carlista don Luis Gonzaga de Barbastro, *convenido en Vergara*... (¿Entiende usted? *Convenido en Vergara*, aunque fuese de un modo *virtual, retrospectivo e implícito*, como en mis instancias se dice). El cual debió su título de Conde de Santurce a un Real nombramiento de don Carlos V, que tiene que revalidar doña Isabel II, al tenor del artículo 10 del Convenio de Vergara. ¡Yo no miento nunca, ni uso nombres supuestos, ni me propongo con usted otra cosa que cuidarlo y salvar su vida, ya que la Providencia me ha confiado este encargo!...

—Mamá, no le des cuerda... —observó Angustias—. Ya ves que, en lugar de aplacarse, se dispone a contestarte con mayor ímpetu... ¡Y es que el pobre está malo... y tiene la cabeza débil! ¡Vamos, señor Capitán! Tranquilícese usted, y mire por su vida...

Tal dijo la noble doncella con su gravedad acostumbrada. Pero el Capitán no se amansó por ello, sino que la miró de hito en hito con mayor furia, como acosado jabalí a quien arremete nuevo y más temible adversario, y exclamó valerosísimamente:

X

EL CAPITÁN SE DEFINE A SÍ PROPIO

—¡Señorita!... En primer lugar, yo no tengo la cabeza débil, ni la he tenido nunca, y prueba de ello es que no ha podido atravesármela una bala. En segundo lugar, siento muchísimo que me hable usted con tanta conmisericordia y blandura, pues yo no entiendo de suavidades, zalamerías ni melindres. Perdone usted la rudeza de mis

palabras, pero cada uno es como Dios lo ha criado, y a mí no me gusta engañar a nadie. ¡No sé por qué ley de mi naturaleza prefiero que me peguen un tiro a que me traten con bondad! Advierto a ustedes, por consiguiente, que no me cuiden con tanto mimo, pues me harán reventar en esta cama en que me ha atado mi mala ventura... Yo no he nacido para recibir favores, ni para agradecerlos o pagarlos; por lo cual he procurado siempre no tratar con mujeres, ni con niños, ni con santurrones, ni con ninguna otra gente pacífica y dulzona... Yo soy un hombre atroz, a quien nadie ha podido aguantar, ni de muchacho, ni de joven, ni de viejo, que principio a ser. ¡A mí me llaman en todo Madrid el *Capitán Veneno*! Conque pueden ustedes acostarse, y disponer, en cuanto sea de día, que me conduzcan en una camilla al Hospital General. He dicho.

—¡Jesús, qué hombre! —exclamó horrorizada doña Teresa.

—¡Así debían ser todos! —respondió el Capitán—. ¡Mejor andaría el mundo, o ya se habría parado hace mucho tiempo!

Angustias volvió a sonreírse.

—¡No se sonría usted, señorita; que eso es burlarse de un pobre enfermo, incapacitado de huir para librarla a usted de su presencia! —continuó diciendo el herido, con algún asomo de melancolía—. ¡Harto sé que les pareceré a ustedes muy malcriado; pero crean que no lo siento mucho! ¡Sentiría, por el contrario, que me estimasen ustedes digno de aprecio, y que luego me acusasen de haberlas tenido en un error! ¡Oh! Si yo cogiera al infame que me ha traído a esta casa, nada más que a fastidiar a ustedes y a deshonorarme...

—Trajámosle en peso yo y la señora y la señorita... —pronunció la gallega, a quien habían despertado y atraído las voces de aquel energúmeno—. El señor estaba desangrándose a la puerta de casa, y entonces la señorita se ha condolido de él. Yo también me condoli algo. Y como también se había condolido la señora, cargamos entre las tres con el señor, ¡que vaya si pesa, tan cenceño como parece!

El Capitán había vuelto a amostazarse al ver en escena a otra mujer; pero la relación de la gallega le impresionó tanto, que no pudo menos de exclamar:

—¡Lástima que no hayan ustedes hecho esa buena obra por un hombre mejor que yo! ¿Qué necesidad tenían de conocer al empecatado *Capitán Veneno*?

Doña Teresa miró a su hija, como para significarle que aquel hombre era mucho menos malo y feroz de lo que él creía, y se halló con que Angustias seguía sonriéndose con exquisita gracia, en señal de que opinaba lo mismo.

Entretanto, la elegíaca gallega decía lacrimosamente:

—¡Pues más lástima le daría al señor si supiese que la señorita fué en persona a llamar al médico para que curase esos dos balazos, y que, cuando la pobre iba por mitad del arroyo, tiráronla un tiro que..., mire usted..., le ha agujereado la basquiña!

—Yo no se lo hubiera contado a usted nunca, señor Capitán, por miedo de irritarlo... —expuso la joven, entre modesta y burlona, o sea bajando los ojos y sonriendo con mayor gracia que antes—. Pero como esta Rosa se lo habla todo, no puedo menos de suplicar a usted me perdone el susto que causé a mi querida madre, y que todavía tiene a la pobre con calentura.

El Capitán estaba espantado, con la boca abierta, mirando alternativamente a Angustias, a doña Teresa y a la criada, y cuando la joven dejó de hablar, cerró los ojos, dió una especie de rugido, y exclamó, levantando al cielo los puños:

—¡Ah, crueles! ¡Cómo siento el puñal en la herida! ¿Conque las tres os habéis propuesto que sea vuestro esclavo o vuestro hazmerreír? ¿Conque tenéis empeño en hacerme llorar o decir ternezas? ¿Conque estoy perdido si no logro escaparme? ¡Pues me escaparé! ¡No faltaba más sino que, al cabo de mis años, viniera yo a ser juguete de la tiranía de tres mujeres de bien! ¡Señora! —prosiguió con gran énfasis, dirigiéndose a la viuda—. Si ahora mismo no se acuesta usted, y no toma, después de acostada, una taza de tila con flor de azahar, me arranco todos estos vendajes y trapajos, y me muero en cinco minutos, aunque Dios no quiera! En cuanto a usted, señorita Angustias, hágame el favor de llamar al sereno y decirle que vaya en casa del Marqués de los Tomillares, Carrera de San Francisco, número..., y le participe que su primo don Jorge de Córdoba le espera en esta casa gravemente herido. En seguida se acostará

usted también, dejándome en poder de esta insoportable gallega, que me dará de vez en cuando agua con azúcar, único socorro que necesitaré hasta que venga mi primo Alvaro. Conque lo dicho, señora Condesa: principie usted por acostarse.

La madre y la hija se guiñaron, y la primera respondió apaciblemente:

—Voy a dar a usted el ejemplo de obediencia y de juicio. Buenas noches, señor Capitán; hasta mañana.

—También yo quiero ser obediente... —añadió Angustias, después de apuntar el verdadero nombre del *Capitán Veneno* y las señas de la casa de su primo—. Pero como tengo mucho sueño, me permitirá usted que deje para mañana el enviar ese atento recado al señor Marqués de los Tomillares. Buenos días, señor don Jorge: hasta luego. ¡Cuidadito con no moverse!

—¡Yo no me quedo sola con este señor! —gritó la gallega—. ¡Su genio de demonio póneme el cabello de punta, y háceme temblar como una cervata!

—Descuida, hermosa... —respondió el Capitán—; que contigo seré más dulce y amable que con tu señorita.

Doña Teresa y Angustias no pudieron menos de soltar la carcajada al oír esta primera salida de buen humor de su inaguantable huésped.

Y véase por qué arte y modo escenas tan lúgubres y trágicas como las de aquella tarde y aquella noche, vinieron a tener por remate y coronamiento un poco de júbilo y alegría. ¡Tan cierto resulta que en este mundo todo es fugaz y transitorio, así la felicidad como el dolor, o, por mejor decir, que de tejas abajo no hay bien ni mal que cien años dure!

PARTE SEGUNDA

VIDA DEL HOMBRE MALO

I

LA SEGUNDA CURA

A las ocho de la mañana siguiente, que, por la misericordia de Dios, no ofreció ya señales de barricadas ni de tumulto (misericordia que había de durar hasta el 7 de mayo de aquel mismo año, en que ocurrieron las terribles escenas de la Plaza Mayor), hallábase el doctor Sánchez en casa de la llamada Condesa de Santurce poniendo el aparato definitivo en la pierna rota del *Capitán Veneno*.

A éste le había dado aquella mañana por callar. Sólo había abierto hasta entonces la boca, antes de comenzarse la dolorosa operación, para dirigir dos breves y ásperas interpelaciones a doña Teresa y a Angustias, contestando a sus afectuosos *buenos días*.

Dijo a la madre:

—¡Por los clavos de Cristo, señora! ¿Para qué se ha levantado usted estando mala? ¿Para que sean mayores mi sofocación y mi vergüenza? ¿Se ha propuesto usted matarme a fuerza de cuidados?

Y dijo a Angustias:

—¿Qué importa que yo esté mejor o peor? ¡Vamos al grano! ¿Ha enviado usted a llamar a mi primo para que me saquen de aquí y nos veamos todos libres de impertinencias y ceremonias?

—¡Sí, señor *Capitán Veneno*! Hace media hora que la portera le llevó el recado... —contestó muy tranquilamente la joven, arreglándole las almohadas.

En cuanto a la inflamable condesa, excusado es decir que había vuelto a picarse con su huésped al oír aquellos nuevos ex abruptos. Resolvió, por tanto, no dirigirle más la palabra, y se limitó a hacer hilas y vendas y a preguntar una vez y otra, con vivo interés, al impasible doctor Sánchez, cómo encontraba al *herido* (sin dignarse nombrar a éste), y si llegaría a quedarse cojo, y si a las doce podría tomar el caldo de pollo y jamón, y si era cosa de enarenar la calle para que no le molestara el ruido de los coches, etc., etc.

El facultativo, con su ingenuidad acostumbrada, aseguró que del balazo de la frente nada había ya que temer, gracias a la enérgica y saludable naturaleza del enfermo, en quien no quedaba síntoma alguno de conmoción ni fiebre cerebral; pero su diagnóstico no fué tan favorable respecto a la fractura de la pierna. Calificóla nuevamente de grave y peligrosísima, por estar la tibia muy destrozada, y recomendó a don Jorge absoluta inmovilidad si quería librarse de una amputación y aun de la misma muerte...

Habló el doctor en términos tan claros y rudos, no sólo por falta de arte para disfrazar sus ideas, sino porque ya había formado juicio del carácter voluntarioso y turbulento de aquella especie de niño consentido. Pero a fe que no consiguió asustarlo: antes bien, le arrancó una sonrisa de incredulidad y de mofa.

Las asustadas fueron las tres buenas mujeres: doña Teresa, por pura humanidad; Angustias, por cierto empeño hidalgo y de amor propio que ya tenía en curar y domesticar a tan heroico y raro personaje, y la criada, por terror instintivo a todo lo que fuera sangre, mutilación y muerte.

Reparó el Capitán en la zozobra de sus enfermeras, y saliendo de la calma con que estaba soportando la curación, dijo furiosamente al doctor Sánchez:

—¡Hombre! ¡Podía usted haberme notificado a solas todas esas sentencias! ¡El ser buen médico no releva de tener buen corazón! ¡Dígame, porque ya ve usted qué cara tan larga y tan triste ha hecho poner a mis tres Marías!

Aquí tuvo que callar el paciente, dominado por el terrible dolor que le causó el médico al juntarle el hueso partido.

—¡Bah, bah! —continuó luego—. ¡Para que yo me quedase en esta casa!... ¡Precisamente no hay nada que me subleve tanto como ver llorar a las mujeres!

El pobre Capitán se calló otra vez y mordióse los labios algunos instantes, aunque sin lanzar ni un suspiro...

Era indudable que padecía mucho.

—Por lo demás, señora... —concluyó dirigiéndose a doña Teresa—, ¡figúraseme que no hay motivo para que me eche usted esas miradas de odio, pues ya no puede tardar en venir mi primo Alvaro, y las libraré a ustedes del *Capitán Veneno!*... Entonces verá este señor doctor... (¡cáspita, hombre, no apriete usted tanto!), qué bonitamente, sin pararse en eso de la *inmovilidad* (¡caracoles, qué mano tan dura tiene usted!), me llevan cuatro soldados a mi casa en una camilla y terminan todas estas escenas de convento de monjas. ¡Pues no faltaba más! ¡Calditos a mí! ¡A mí substancia de pollo! ¡A mí enarenarme la calle! ¿Soy yo acaso algún militar de alfeñique para que se me trate con tantos mimos y ridiculeces?

Iba a responder doña Teresa, apelando al ímpetu belicoso que consistía su única debilidad (y sin hacerse cargo, por supuesto, de que el pobre don Jorge estaba sufriendo horriblemente), cuando, por fortuna, llamaron a la puerta y Rosa anunció al Marqués de los Tomillares.

—¡Gracias a Dios! —exclamaron todos a un mismo tiempo, aunque con diverso tono y significado.

Y era que la llegada del Marqués había coincidido con la terminación de la cura.

Don Jorge sudaba de dolor.

Dióle Angustias un poco de agua y vinagre, y el herido respiró alegremente, diciendo:

—Gracias, prenda.

En esto llegó el marqués a la alcoba, conducido por la Generala.

II

IRIS DE PAZ

Era don Alvaro de Córdoba y Alvarez de Toledo un hombre sumamente distinguido, todo afeitado, y afeitado ya a aquella hora; como de sesenta años de edad; de cara redonda, pacífica y amable, que dejaba traslucir el sosiego y benignidad de su alma, y tan pulcro, simétrico y atildado en el vestir, que parecía la estatua del método y del orden.

Y cuenta que iba muy conmovido y atropellado por la desgracia de su pariente; pero ni aun así se mostró descompuesto ni faltó en un ápice a la más escrupulosa cortesía. Saludó correctísimamente a Angustias, al doctor y hasta un poco a la gallega, aunque ésta no le había sido presentada por la señora de Barbastro, y entonces, y sólo entonces, dirigió al Capitán una larga mirada de padre austero y cariñoso, como reconviniéndole y consolándole a la par, y aceptando, ya que no el origen, las consecuencias de aquella nueva calaverada.

Entretanto, doña Teresa, y sobre todo la locuacísima Rosa (que cuidó mucho de nombrar varias veces a su ama con los dos títulos en pleito), enteraron *velis nollis* al ceremonioso marqués de todo lo acontecido en la casa y sus cercanías desde que la tarde anterior sonó el primer tiro hasta aquel mismísimo instante, sin omitir la repugnancia de don Jorge a dejarse cuidar y compadecer por las personas que le habían salvado la vida.

Luego que dejaron de hablar la Generala y la gallega, interrogó el marqués al doctor Sánchez, el cual le in-

formó acerca de las heridas del Capitán en el sentido que ya conocemos, insistiendo en que no debía trasladársele a otro punto, so pena de comprometer su curación y hasta su vida.

Por último, el buen don Alvaro se volvió hacia Angustias en ademán interrogante, o sea explorando si quería añadir alguna cosa a la relación de los demás; y viendo que la joven se limitaba a hacer un leve saludo negativo, tomó su excelencia las precauciones nasales y laríngeas, así como la expedita y grave actitud de quien se dispusiese a hablar en un Senado (era senador), y dijo, entre serio y afable...

(Pero este discurso debe ir en pieza separada, por si alguna vez lo incluyen en las *Obras completas* del Marqués, quien también era literato... de los apellidos "de orden".)

III

PODER DE LA ELOCUENCIA

—Señores: en medio de la tribulación que nos aflige, y prescindiendo de consideraciones políticas acerca de los tristísimos acontecimientos de ayer, paréceme que en modo alguno podemos quejarnos...

—¡No te quejes tú, si es que nada te duele!... Pero, ¿cuándo me toca a mí hablar? —interrumpió el *Capitán Veneno*.

—¡A ti, nunca, mi querido Jorge! —le respondió el Marqués suavemente—. Te conozco demasiado para necesitar que me expliques tus actos positivos o negativos. ¡Bástame con el relato de estos señores!

El Capitán, en quien ya se había notado el profundo respeto... o desprecio con que sistemáticamente se abstenía de llevar la contraria a su ilustre primo, cruzó los brazos a lo filósofo, clavó la vista en el techo de la alcoba, y se puso a silbar el himno de Riego.

—Decía... —prosiguió el Marqués— que de lo peor ha sucedido lo mejor. La nueva desgracia que se ha buscado mi incorregible y muy amado pariente don Jorge de Córdoba, a quien nadie mandaba echar su cuarto a espadas en el jaleo de ayer tarde (pues que está de reemplazo, según costumbre, y ya podía haber escarmen-tado de meterse en libros de caballerías), es cosa que tiene facilísimo remedio, o que lo tuvo, felizmente, en el momento oportuno, gracias al heroísmo de esta gal-larda señorita, a los caritativos sentimientos de mi se-ñora la generala de Barbastro, Condesa de Santurce, a la pericia del digno doctor en Medicina y Cirugía señor Sánchez, cuya fama érame conocida hace muchos años, y al celo de esta diligente servidora...

Aquí la gallega se echó a llorar.

—Pasemos a la parte dispositiva... —continuó el Mar-qués, en quien, por lo visto, predominaba el órgano de la clasificación y el deslinde y que, de consiguiente, hu-biera podido ser un gran perito agrónomo—. Señoras y señores: supuesto que, a juicio de la ciencia, de acuerdo con el sentido común, fuera muy peligroso mover de ese hospitalario lecho a nuestro interesante enfermo y primo hermano mío don Jorge de Córdoba, me resigno a que continúe perturbando esta sosegada vivienda hasta tanto que pueda ser trasladado a la mía o a la suya. Pero entiéndase que todo ello es partiendo de la base, ¡oh querido pariente!, de que tu generoso corazón y el ilus-tre nombre que llevas sabrán hacerte prescindir de cier-tos resabios de colegio, cuartel o casino, y ahorrar des-contentos y sinsabores a la respetable dama y a la digna señorita que, eficazmente secundadas por su activa y robusta doméstica, te libraron de morir en mitad de la calle... ¡No me repliques! ¡Sabes que yo pienso mucho las cosas antes de proveer, y que nunca revoco mis propios autos! Por lo demás, la señora Generala y yo habla-remos a solas (cuando le sea cómodo, pues yo no tengo nunca prisa) acerca de insignificantes pormenores de conducta, que darán forma natural y admisible a lo que siempre será, en el fondo, una gran caridad de su parte... Y como quiera que ya he dilucidado por medio de este ligero discurso, para el cual no venía preparado, todos los aspectos y fases de la cuestión, ceso por ahora en el ejercicio de la palabra. He dicho.

El Capitán seguía silbando el himno de Riego, y aun creemos que el de Bilbao y el de Maella, con los iracundos ojos fijos en el techo de la alcoba, que no sabemos cómo no principió a arder o no se vino al suelo.

Angustias y su madre, al ver derrotado a su enemigo, habían procurado dos o tres veces llamarle la atención, a fin de calmarlo o consolarlo con su mansa y benévola actitud; pero él les había contestado por medio de rápidos y agrios gestos, muy parecidos a juramentos de venganza, tornando en seguida a su patriótica música, con expresión más viva y ardorosa.

Dijérase que era un loco en presencia de su *loquero*; pues no otro oficio que este último representaba el Marqués en aquel cuadro.

IV

PREAMBULOS INDISPENSABLES

Retiróse en esto el doctor Sánchez, quien, a fuer de experimentado fisiólogo y psicólogo, todo lo había comprendido y calificado, cual si se tratase de autómatas y no de personas, y entonces el Marqués pidió de nuevo a la viuda que le concediese unos minutos de audiencia particular.

Doña Teresa le condujo a su gabinete, situado al extremo opuesto de la sala, y una vez establecidos allí en sendas butacas los dos sexagenarios, comenzó el hombre de mundo por pedir agua templada con azúcar, alegando que le fatigaba hablar dos veces seguidas desde que pronunció en el Senado un discurso de tres días en contra de los ferrocarriles y telégrafos; pero, en realidad, lo que se propuso al pedir el agua fué dar tiempo a que la guipuzcoana le explicase qué generalato y qué condado eran aquellos de que el buen señor no tenía anterior noticia, y que hacían mucho al caso, dado que iban a tratar de dinero.

¡Pueden imaginarse los lectores con cuánto gusto se explayaría la pobre mujer en tal materia, a poco que le hurgó don Alvaro!... Refirió su expediente de pe a pa, sin olvidar aquello del derecho *virtual, retrospectivo e implícito*... a tener qué comer, que le asistía, con sujeción al artículo 10 del Convenio de Vergara; y cuando ya no le quedó más que decir y comenzó a abanicarse en señal de tregua, apoderóse de la palabra el Marqués de los Tomillares, y habló en los términos siguientes:

(Pero bueno será que vaya también por separado su interesante relación, modelo de análisis expositivo, que podrá figurar en la Sección vigésima de sus obras; titulada *Cosas de mis parientes, amigos y servidores*.)

V

HISTORIA DEL CAPITÁN

—Tiene usted, señora Condesa, la mala fortuna de albergar en su casa a uno de los hombres más enrevesados e inconvenientes que Dios ha echado en el mundo. No diré yo que me parezca enteramente un demonio; pero sí que se necesita ser de pasta de ángeles, o quererlo, como yo lo quiero, por ley natural y por lástima, para aguantar sus impertinencias, ferocidades y locuras. ¡Bástele a usted saber que las gentes disipadas y poco asustadizas con quienes se reúne en el Casino y en los cafés le han puesto por mote el *Capitán Veneno*, al ver que siempre está hecho un basilisco y dispuesto a romperse la crisma con todo bicho viviente por un quítame allá esas pajas. Úrgeme, sin embargo, advertir a usted, para su tranquilidad personal y la de su familia, que es casto y hombre de honor y vergüenza, no sólo incapaz de ofender el pudor de ninguna señora, sino excesivamente huraño y esquivo con el bello sexo. Digo más: en medio de su perpetua iracundia, todavía no ha hecho verdadero daño a nadie,

como no sea a sí propio, y por lo que a mí toca, ya habrá usted visto que me trata con un acatamiento y el cariño debidos a una especie de hermano mayor o segundo padre... Pero, aun así y todo, repito que es imposible vivir a su lado, según lo demuestra el hecho elocuentísimo de que, hallándonos él soltero y yo viudo, y careciendo el uno y el otro de más parientes, arrimos o presuntos y eventuales herederos, no habite en mi demasiado anchurosa casa, como habitaría el muy necio si lo deseare; pues yo, por naturaleza y educación, soy muy sufrido, tolerante y complaciente con las personas que respetan mis gustos, hábitos, ideas, horas, sitios y aficiones. Esta misma blandura de mi carácter es a todas luces lo que nos hace incompatible en la vida íntima, según han demostrado ya diferentes ensayos; pues a él le exasperan las formas suaves y corteses, las escenas tiernas y cariñosas, y todo lo que no sea rudo, áspero, fuerte y belicoso. ¡Ya se ve! Crióse sin madre y hasta sin nodriza... (Su madre murió al darlo a luz, y su padre, por no lidiar con amas de leche, le buscó una cabra..., por lo visto montés, que se encargase de amamantarlo.) Se educó en colegios, como interno, desde el punto y hora que le destetaron; pues su padre, mi pobre hermano Rodrigo, se suicidó al poco tiempo de enviudar. Apuntóle el bozo haciendo la guerra en América, entre salvajes, y de allí vino a tomar partido en nuestra discordia civil de los siete años. Ya sería General, si no hubiese reñido con todos sus superiores desde que le pusieron los cordones de cadete, y los pocos grados y empleos que ha obtenido hasta ahora, le han costado prodigios de valor y no sé cuántas heridas; sin lo cual no habría sido propuesto para recompensa por sus jefes, siempre enemistados con él a causa de las amargas verdades que acostumbra a decirles. Ha estado en arresto diez y seis veces, y cuatro en diferentes castillos; todas ellas por insubordinación. ¡Lo que nunca ha hecho ha sido pronunciarse! Desde que se acabó la guerra se halla constantemente de reemplazo; pues si bien he logrado, en mis épocas de favor político, proporcionarle tal o cual colocación en oficinas militares, regimientos, etc., a las veinticuatro horas ha vuelto a ser enviado a su casa. Dos Ministros de la Guerra han sido desafiados por él, y no le han fusilado todavía por respeto a mi nombre y a su indisputable valor. Sin embargo de todos esos horrores

y en vista de que había jugado al tute, en el pícaro Casino del Príncipe, su escaso caudal, y de que la paga de reemplazo no le bastaba para vivir con arreglo a su clase, ocurrióseme, hace siete años, la peregrina idea de nombrarle Contador de mi casa y hacienda, rápidamente desvinculadas por la muerte sucesiva de los tres últimos poseedores (mi padre y mis hermanos Alfonso y Enrique), y muy decaídas y arruinadas a consecuencia de estos mismos frecuentes cambios de dueño. ¡La Providencia me inspiró, sin duda alguna, pensamiento tan atrevido! Desde aquel día mis asuntos entraron en orden y prosperidad: antiguos e infieles administradores perdieron su puesto o se convirtieron en santos, y al año siguiente se habían duplicado mis rentas, casi cuadruplicadas en la actualidad, por el desarrollo que Jorge ha dado a la ganadería... ¡Puedo decir que hoy tengo los mejores carneros del Bajo Aragón, y todos están a la orden de usted! Para realizar tales prodigios, hale bastado a ese tronera con una visita que giró a caballo por todos mis estados (llevando en la mano el sable a guisa de bastón), y con una hora que va cada día a las oficinas de mi casa. Devenga allí un sueldo de treinta mil reales; y no le doy más porque todo lo que le sobra, después de comer y vestir, únicas necesidades que tiene (y esas con sobriedad y modestia), lo pierde al tute el último día de cada mes... De su paga de reemplazo no hablemos, dado que siempre está afecta a las costas de alguna sumaria por desacato a la autoridad... En fin: a pesar de todo, yo le amo y compadezco, como a un mal hijo... y no habiendo logrado tenerlos buenos ni malos en mis tres nupcias, y debiendo de ir a parar a él, por ministerio de la ley, mi título nobiliario, pienso dejarle todo mi saneado caudal; cosa que el muy necio no se imagina, y que Dios me libre de que llegue a saber, pues, de saberlo, dimitiría su cargo de Contador, o trataría de arruinarme, para que nunca le juzgara interesado personalmente en mis aumentos. ¡Creerá, sin duda, el desdichado, fundándose en apariencias y murmuraciones calumniosas, que pienso testar en favor de cierta sobrina de mi última consorte, y yo le dejo en su equivocación, por las razones antedichas!... ¡Figúrese usted, pues, su chasco el día que herede mis nueve milloncejos! ¡Y qué ruido meterá con ellos en el mundo! ¡Tengo la seguridad de que, a

los tres meses, o es Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, o lo ha pasado por las armas el general Narváez! Mi mayor gusto hubiera sido casarlo, a ver si el matrimonio lo amansaba y domesticaba y yo le debía, lateralmente, más dilatadas esperanzas de sucesión para un título de Marqués; pero ni Jorge puede enamorarse, ni lo confesaría aunque se enamorara, ni mujer ninguna podría vivir con semejante erizo... Tal es, imparcialmente retratado, nuestro famoso *Capitán Veneno*; por lo que suplico a usted tenga paciencia para aguantarlo algunas semanas, en la seguridad de que yo sabré agradecer todo lo que hagan ustedes por su salud y por su vida, como si lo hicieran por mí mismo.

El Marqués sacó y desdobló el pañuelo al terminar esta parte de su oración, y se lo pasó por la frente, aunque no sudaba... Volvió en seguida a doblarlo simétricamente, se lo metió en el bolsillo posterior izquierdo de la levita, aparentó beber un sorbo de agua, y dijo así, cambiando de actitud y de tono:

VI

LA VIUDA DEL CABECILLA

—Hablemos ahora de pequeñeces, impropias, hasta cierto punto, de personas de nuestra posición; pero en que hay que entrar forzosamente. La fatalidad, señora Condesa, ha traído a esta casa, e impide salir de ella en cuarenta o cincuenta días, a un extraño para ustedes, a un desconocido, a un don Jorge de Córdoba, de quien nunca habían oído hablar, y que tiene un pariente millonario... Usted no es rica, según acaba de contarme...

—¡Lo soy! —interrumpió valientemente la guipuzcoana.

—No lo es usted...; cosa que le honra mucho, puesto que su magnánimo esposo se arruinó defendiendo la

más noble causa... ¡Yo, señora, soy también algo carlista!

—¡Aunque fuera usted el mismísimo don Carlos! ¡Hábleme de otro asunto, o demos por terminada esta conversación! ¡Pues no faltaba más, sino que yo aceptara el dinero ajeno para cumplir con mis deberes de cristiana!

—Pero, señora, usted no es médico, ni boticario, ni...

—¡Mi bolsillo es todo eso para su primo de usted! Las muchas veces que mi esposo cayó herido defendiendo a don Carlos (menos la última, que, indudablemente en castigo de estar ya de acuerdo con el traidor Maroto, no halló quien le auxiliara, y murió desangrado en medio de un bosque), fué socorrido por campesinos de Navarra y Aragón, que no aceptaron reintegro ni regalo alguno... ¡Lo mismo haré yo con don Jorge de Córdoba, quiera o no quiera su millonaria familia!

—Sin embargo, Condesa, yo no puedo aceptar... —observó el Marqués, entre complacido y enojado.

—¡Lo que no podrá usted nunca es privarme de la alta honra que el cielo me deparó ayer! Contábame mi difunto esposo que, cuando un buque mercante o de guerra descubre en la soledad del mar y salva de la muerte a algún naufrago, se recibe a éste a bordo con honores reales, aunque sea el más humilde marinero. La tripulación sube a las vergas; tiéndese rica alfombra en la escala de estribor, y la música y los tambores batan la Marcha Real de España... ¿Sabe usted por qué? ¡Porque en aquel naufrago ve la tripulación a un enviado de la Providencia! ¡Pues lo mismo haré yo con su primo de usted! ¡Yo pondré a sus plantas toda mi pobreza por vía de alfombra como pondría miles de millones si los tuviese!

—¡Generala! —exclamó el Marqués llorando a lágrima viva—. ¡Permítame usted besarle la mano!

—¡Y permite, querida mamá, que yo te abrace llena de orgullo! —añadió Angustias, que había oído toda la conversación desde la puerta de la sala.

Doña Teresa se echó también a llorar, al verse tan aplaudida y celebrada. Y como la gallega, reparando en que otros gemían, no desperdiciaba tampoco la ocasión de

sollozar (sin saber por qué), armóse allí tal confusión de pucheros, suspiros y bendiciones, que más vale volver la hoja, no sea que los lectores salgan también llorando a moco tendido, y yo me quede sin público a quien seguir contando mi pobre historia...

VII

LOS PRETENDIENTES DE ANGUSTIAS

—¡Jorge! —dijo el Marqués al *Capitán Veneno*, penetrando en la alcoba con aire de despedida—. ¡Ahí te dejo! La señora Generala no ha consentido que corran a nuestro cargo ni tan siquiera el médico y la botica; de modo que vas a estar aquí como en casa de tu propia madre, si viviese. Nada te digo de la obligación en que te hallas de tratar a estas señoras con afabilidad y buenos modos, al tenor de tus buenos sentimientos, de que no dudo, y de los ejemplos de urbanidad y cortesía que te tengo dados; pues es lo menos que puedes y debes hacer en obsequio de personas tan principales y caritativas. A la tarde volveré yo por aquí, si mi señora la Condesa me da permiso para ello, y haré que te traigan ropa blanca, las cosas más urgentes que firmar y cigarrillos de papel. Dime si quieres algo más de tu casa o de la mía.

—¡Hombre! —respondió el Capitán—. Ya que eres tan bueno, tráeme un poco de algodón en rama y unos anteojos ahumados.

—¿Para qué?

—El algodón, para taparme las orejas y no oír palabras ociosas, y las gafas ahumadas, para que nadie lea en mis ojos las atrocidades que pienso.

—¡Vete al diantre! —respondió el Marqués, sin poder conservar su gravedad, como tampoco pudieron refrenar la risa doña Teresa ni Angustias.

Y, con esto, se despidió de ellas el potentado, dirigién-

dolas las frases más cariñosas y expresivas, cual si llevara ya mucho tiempo de conocerlas y tratarlas.

—¡Excelente persona! —exclamó la viuda, mirando de reojo al Capitán.

—¡Muy buen señor! —dijo la gallega, guardándose una moneda de oro que el Marqués le había regalado.

—¡Un zascandil! —gruñó el herido, encarándose con la silenciosa Angustias—. ¡Así es como las señoras mujeres quisieran que fuesen todos los hombres! ¡Ah, traidor! ¡Seráfico! ¡Cumplimentero! ¡Marica! ¡Tertuliano de monjas! ¡No me moriré yo sin que me pague esta mala partida que me ha jugado hoy, al dejarme en poder de mis enemigos! ¡En cuanto me ponga bueno, me despediré de él y de su oficina, y pretenderé una plaza de comandante de presidios, para vivir entre gentes que no me irriten con alardes de honradez y sensibilidad! Oiga usted, señorita Angustias: ¿quiere usted decirme por qué se está riendo de mí? ¿Tengo yo alguna danza de monos en la cara?

—¡Hombre! Me río pensando en lo muy feo que va usted a estar con los anteojos ahumados.

—¡Mejor que mejor! ¡Así se libraré usted del peligro de enamorarse de mí! —respondió furiosamente el Capitán.

Angustias soltó la carcajada; doña Teresa se puso verde, y la gallega rompió a decir, con la velocidad de diez palabras por segundo:

—¡Mi señorita no acostumbra a enamorarse de nadie! Desde que estoy acá ha dado calabazas a un boticario de la calle Mayor, que tiene coche; al abogado del pleito de la señora, que es millonario, aunque algo más viejo que usted, y a tres o cuatro paseantes del Buen Retiro...

—¡Cállate, Rosa! —dijo melancólicamente la madre—. ¿No conoces que esas son... flores que nos echa el caballero Capitán? ¡Por fortuna, ya me ha explicado su señor primo todo lo que me importaba saber respecto del carácter de nuestro amabilísimo huésped! Me alegro, pues, de verle de tan buen humor; y ¡así esta pícara fatiga me permitiese a mí bromear también!

El Capitán se había quedado bastante mohino, y como excogitando alguna disculpa o satisfacción que dar a madre e hija. Pero sólo se le ocurrió decir, con voz y cara de niño enfurruñado que se viene a razones:

—Angustias, cuando me duela menos esta condenada pierna, jugaremos al tute arrastrado... ¿Le parece a usted bien?

—Será para mí un señalado honor... —contestó la joven, dándole la medicina que le tocaba en aquel instante—. ¡Pero cuente usted desde ahora, señor *Capitán Veneno*, con que le acusaré las cuarenta!

Don Jorge la miró con ojos estúpidos y sonrió dulcemente por la primera vez de su vida.

P A R T E T E R C E R A

H E R I D A S E N E L A L M A

I

ESCARAMUZAS

Entre conversaciones y peticiones por este orden, pasaron quince o veinte días, y adelantó mucho la curación del Capitán. En la frente sólo le quedaba ya una breve cicatriz, y el hueso de la pierna se iba consolidando.

—¡Este hombre tiene carne de perro! —solía decir el facultativo.

—¡Gracias por el favor, matasanos de Lucifer! —respondía el Capitán en son de afectuosa franqueza—. ¡Cuando salga a la calle, he de llevarlo a usted a los toros y a las riñas de gallos, pues es usted todo un hombre!... ¡Cuidado si tiene hígados para remendar cuerpos rotos!

Doña Teresa y su huésped habían acabado también por tomarse mucho cariño, aunque siempre estaban peleándose. Negábale todos los días don Jorge que tuviese hechura la concesión de la viudedad, lo cual sacaba de sus casillas a la guipuzcoana; pero a renglón seguido la invitaba a sentarse en la alcoba, y le decía que, ya que no con los títulos de *General* ni de *Conde*, había oído citar varias veces en la guerra civil al *cabecilla Barbastro* como a uno de los jefes carlistas más valientes y distinguidos y de sentimientos más humanos y caballerosos... Pero cuando la veía triste y taciturna, por consecuencia de sus cuidados y achaques, se guardaba de dar-

le bromas sobre el expediente, y la llamaba con toda naturalidad *Generala* y *Condesa*, cosa que la restablecía y alegraba en el acto; si ya no era que, como nacido en Aragón, y para recordar a la pobre viuda sus amores con el difunto carlista, le tarareaba jotas de aquella tierra, que acababan por entusiasmarla y por hacerla llorar y reír juntamente.

Estas amabilidades del *Capitán Veneno*, y, sobre todo, el canto de la jota aragonesa, eran privilegio exclusivo en favor de la madre; pues tan luego como Angustias se acercaba a la alcoba, cesaban completamente, y el enfermo ponía cara de turco. Dijérase que odiaba de muerte a la hermosa joven, tal vez por lo mismo que nunca lograba disputar con ella, ni verla incomodada, ni que tomase por lo serio las atrocidades que él le decía, ni sacarla de aquella seriedad un poco burlona que el cuidado calificaba de *constante insulto*.

Era de notar, sin embargo, que cuando alguna mañana tardaba Angustias en entrar a darle los buenos días, el pícaro de don Jorge preguntaba cien veces en su estilo de hombre tremendo:

—¿Y ésa? ¿Y doña Náuseas? ¿Y esa remolona? ¿No ha despertado aún su señoría? ¿Por qué ha permitido que se levante usted tan temprano, y no ha venido ella a traerme el chocolate? Dígame usted, señora doña Teresa: ¿está mala acaso la joven princesa de Santurce?

Todo esto, si se dirigía a la madre; y, si era a la gallega, decíale con mayor furia:

—¡Oye y entiende, monstruo de Mondoñedo! Dile a tu insoportable señorita que son las ocho y tengo hambre. ¡Que no es menester que venga tan peinada y reluciente como de costumbre! ¡Que de todos modos la detestaré con mis cinco sentidos! ¡Y, en fin, que si no viene pronto, hoy no habrá tute!

El tute era una comedia, y hasta un drama diario. El Capitán lo jugaba mejor que Angustias; pero Angustias tenía más suerte, y los naipes acababan por salir volando hacia el techo o hacia la sala, desde las manos de aquel niño cuarentón, que no podía aguantar la graciosísima calma con que le decía la joven:

—¿Ve usted, señor *Capitán Veneno*, cómo soy yo la única persona que ha nacido en el mundo para acusarle a usted las cuarenta?

II

SE PLANTEA LA CUESTIÓN

Así las cosas, una mañana, sobre si debían abrirse o no los cristales de la reja de la alcoba, por hacer un magnífico día de primavera, mediaron entre don Jorge y su hermosa enemiga palabras tan graves como las siguientes:

EL CAPITÁN.—¡Me vuelve loco el que no me lleve usted nunca la contraria, ni se incomode al oírme decir disparates! ¡Usted me desprecia! ¡Si fuera usted hombre, juro que habíamos de andar a cuchilladas!

ANGUSTIAS.—Pero si yo fuese hombre me reiría de todo ese geniazo, lo mismo que me río siendo mujer. Y, sin embargo, seríamos buenos amigos.

EL CAPITÁN.—¡Amigos usted y yo! ¡Imposible! Usted tiene el don infernal de dominarme y exasperarme con su prudencia; yo no llegaría a ser nunca *amigo* de usted, sino su *esclavo*; y, por no serlo, le propondría a usted que nos batiéramos a muerte. Todo esto... siendo usted hombre. Siendo mujer como lo es...

ANGUSTIAS.—¡Continúe! ¡No me escatime galanterías!

EL CAPITÁN.—¡Sí, señora! ¡Voy a hablarle con toda franqueza! Yo he tenido siempre aversión instintiva a las mujeres, enemigas naturales de la fuerza y de la dignidad del hombre, como lo acreditan Eva, Armida, aquella otra bribona que peló a Sansón, y muchas otras que cita mi primo. Pero, si hay algo que me asuste más que una mujer, es una señora, y, sobre todo, una señorita inocente y sensible, con ojos de paloma y la-

bios de rosicler, con talle de serpiente del Paraíso y voz de sirena engañadora, con manecitas blancas como azucenas, que ocultan garras de tigre, y lágrimas de cocodrilo, capaces de engañar y perder a todos los santos de la corte celestial... Así es que mi sistema constante se ha reducido a huir de ustedes... Porque, dígame: ¿qué armas tiene un hombre de mi hechura para tratar con una tirana de veinte abriles, cuya fuerza consiste en su propia debilidad? ¿Es decorosamente posible pegarle a una mujer? ¡De ningún modo! Pues, entonces, ¿qué camino le queda a uno, cuando conozca que tal o cual mocosa, muy guapa y puesta en sus puntos, lo domina y gobierna, y lo lleva y lo trae como a un zarandillo?

ANGUSTIAS.—¡Lo que yo hago cuando usted me dice estas atrocidades tan graciosas! ¡Agradecerlas... y sonreír! Porque ya habrá usted observado que yo no soy llorona...; razón por la cual, en su retrato de *las Angustias* sobre aquello de las lágrimas de cocodrilo...

EL CAPITÁN.—¿Está usted viendo? ¡Esa respuesta no la daría Lucifer! ¡Sonreírse!... ¡Reírse de mí, es lo que hace usted continuamente! ¡Pues bien! Decía, cuando usted me ha clavado ese nuevo puñal, que de todas las damiselas que había temido encontrar en el mundo, la más terrible, la más odiosa para un hombre de mi temple... —perdóneme la franqueza—, ¡es usted! ¡Yo no recuerdo haber experimentado nunca la ira que siento cuando usted se sonríe al verme furioso! ¡Páreceme como que duda usted de mi valor, de la sinceridad de mis arrebatos, de la energía de mi carácter!

ANGUSTIAS.—Pues óigame usted a mí ahora, y crea que le hablo con entera verdad. Muchos hombres he conocido ya en el mundo; alguno que otro me ha solicitado; de ninguno me he prendado todavía... Pero si yo hubiera de enamorarme con el tiempo, sería de algún indio bravo por el estilo de usted. ¡Tiene usted un genio hecho de molde para el mío!

EL CAPITÁN.—¡Vaya usted a los mismísimos diablos! ¡Generala! ¡Condesa! ¡Llame usted a su hija, y dígame que no me queme la sangre! En fin; ¡mejor es que no juguemos al tute! Conozco que no puedo con usted... Llevo algunas noches de no dormir, pensando en nuestros altercados, en las cosas duras que me obliga usted a decirle, en las irritantes bromas que me contesta, y

en lo imposible que es el que usted y yo vivamos en paz, a pesar de lo muy agradecido que estoy a... la casa. ¡Ah! ¡Más me hubiera valido que me dejase usted morir en mitad de la calle!... ¡Es muy triste aborrecer, o no poder tratar como Dios manda, a la persona que nos ha salvado la vida exponiendo la suya! ¡Afortunadamente, pronto podré mover esta pícara pierna; me iré a mi cuartito de la calle de Tudescos, a la oficina de mi seráfico pariente y a mi Casino de mi alma, y cesará este martirio a que me ha condenado usted con su cara, su cuerpo y sus acciones de serafín, y con su frialdad, sus bromas y su sonrisa de demonio! ¡Pocos días nos quedan de vernos!... Ya discurriré yo alguna manera de seguir tratando a solas a su mamá de usted, ora sea en casa de mi primo, ora por cartas, ora citándonos para tal o cual iglesia... Pero lo que es a usted, gloria mía, ¡no volveré a acercarme hasta que sepa que se ha casado!... En resumen...: ¡déjeme usted en paz, o écheme mañana solimán en el chocolate!

El día que don Jorge de Córdoba pronunció estas palabras, Angustias no se sonrió, sino que se puso grave y triste...

Reparó en ello el Capitán, y dióse prisa a taparse el rostro con el embozo de la cama, murmurando para sí mismo:

—¡Me he fastidiado con decir que no quiero jugar al tute! Pero ¿cómo volverme atrás? ¡Sería deshonrarme! ¡Nada! ¡Trague usted quina, señor *Capitán Veneno*! ¡Los hombres deben ser hombres!

Angustias, que había salido ya de la alcoba, no se enteró del arrepentimiento y tristeza que se revolcaban bajo las ropas de aquel lecho.

III

LA CONVALECENCIA

Sin novedad alguna que de notar sea, transcurrieron otros quince días, y llegó aquel en que nuestro héroe debía de abandonar el lecho, bien que con orden terminante de no moverse de una silla y de tener extendida sobre otra la pierna mala.

Sabedor de ello el Marqués de los Tomillares, cuya visita no había faltado ninguna mañana a don Jorge, o, más bien dicho, a sus adorables enfermeras, con quienes se entendía mejor que con su áspero y rabioso primo, le envió a éste, al amanecer, un magnífico sillón-cama, de roble, acero y damasco, que había hecho construir con la anticipación debida.

Aquel lujoso mueble era toda una obra maestra, ex-cogitada y dirigida por el minucioso aristócrata; estaba provisto de grandes ruedas que facilitarían la conducción del enfermo de una parte a otra, y articulado por medio de muchos resortes, que permitían darle forma, ora de lecho militar, ora de butaca más o menos trepada, con apoyo, en este último caso, para extender la pierna derecha, y con su mesilla, su atril, su pupitre, su espejo y otros adminículos de quita y pon, admirablemente acondicionados.

A las señoras les mandó, como todos los días, delicadísimos ramos de flores, y además, por extraordinario, un gran ramillete de dulces y doce botellas de Champagne, para que celebrasen la mejoría de su huésped. Regaló un hermoso reloj al médico y veinticinco duros a la

criada, y con todo ello se pasó en aquella casa un verdadero día de fiesta, a pesar de que la respetable guipuzcoana estaba cada vez peor de salud.

Las tres mujeres se disputaron la dicha de pasear al *Capitán Veneno* en el sillón-cama; bebieron Champagne y comieron dulces, así los enfermos como los sanos, y aun el representante de la Medicina. El Marqués pronunció un largo discurso en favor de la institución del matrimonio, y el mismo don Jorge se dignó reír dos o tres veces, haciendo burla de su pacientísimo primo, y cantar *en público* (o sea delante de Angustias) algunas coplas de jota aragonesa.

IV

MIRADA RETROSPECTIVA

Verdad es que desde la célebre discusión sobre el bello sexo, el Capitán había cambiado algo, ya que no de estilo ni de modales, a lo menos de humor... ¡Y quién sabe si de ideas y sentimientos! Conociáse que las faldas le causaban menos horror que al principio, y todos habían observado que aquella confianza y benevolencia que ya le merecía la señora de Barbastro, iban trascendiendo a sus relaciones con Angustias.

Continuaba, eso sí, por terquedad aragonesa más que por otra cosa, diciéndose su mortal enemigo, y hablándole con aparente acritud y a voces, como si estuviera mandando soldados; pero sus ojos la seguían y se posaban en ella con respeto, y si por acaso se encontraba con la mirada (cada vez más grave y triste desde aquel día) de la impávida y misteriosa joven, parecían inquirir afanosamente qué gravedad y tristura eran aquéllas.

Angustias había dejado, por su parte, de provocar al Capitán y de sonreírse cuando le veía montar en cólera. Servíalo en silencio, y en silencio soportaba sus desvíos

más o menos amargos y sinceros, hasta que él se ponía también grave y triste, y le preguntaba con cierta llaneza de niño bueno:

—¿Qué tiene usted? ¿Se ha incomodado conmigo? ¿Principia ya a pagarme el aborrecimiento de que tanto le he hablado?

—¡Dejémonos de tonterías, Capitán! —contestaba ella—. ¡Demasiado hemos dispatado ya los dos... , hablando de cosas muy formales!

—¿Se declara usted, pues, en retirada?

—En retirada... ¿de qué?

—¡Toma! ¡Usted lo sabrá! ¿No me la echó de tan valiente y batalladora el día que me llamó *indio bravo*?

—Pues no me arrepiento de ello, amigo mío... Pero basta de despropósitos, y hasta mañana.

—¿Se va usted? ¡Eso no vale! ¡Eso es huir! —solía decirle entonces el muy taimado.

—¡Como usted quiera!... —respondía Angustias, encojiéndose de hombros—. El caso es que me retiro...

—¿Y qué voy a hacer ahora aquí solo toda la noche? ¡Repare usted en que son las siete!

—Esa no es cuenta mía. Puede usted rezar, o dormirse o hablar con mamá... Yo tengo que seguir arreglando el baúl de papeles de mi difunto padre... ¿Por qué no pide usted una baraja a Rosa, y hace *solitarios*?

—¡Sea usted franca! —exclamó un día el impertinente solterón, devorando con los ojos las blanquísimas y hoyosas manos de su enemiga—. ¿Me guarda usted rencor porque, desde *aquella mañana*, no hemos vuelto a jugar al tute?

—¡Muy al contrario! ¡Alégrome de que hayamos dejado también esa broma! —respondió Angustias, escondiendo las manos en los bolsillos de la bata.

—Pues entonces, alma de Dios, ¿qué quiere usted?

—Yo, señor don Jorge, no quiero nada.

—¿Por qué no me llama usted ya "*Señor Capitán Veneno*"?

—Porque he conocido que no merece usted ese nombre.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Volvemos a las suavidades y a los elogios? ¿Qué sabe usted cómo soy yo por dentro?

—Lo que sé es que no llegará usted nunca a envenenar a nadie.

—¿Por qué? ¿Por cobardía?

—No, señor, sino porque es usted un pobre hombre, con muy buen corazón, al cual le ha puesto cadenas y mordaza, no sé si por orgullo o por miedo a su propia sensibilidad... Y si no, que se lo pregunten a mi madre...

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Doblemos esa hoja! ¡Guárdese usted sus celebraciones como se guarda sus manecitas de marfil! ¡Esta chiquilla se ha propuesto volverme del revés!

—¡Mucho ganaría usted en que me lo propusiera y lo lograra, pues el *revés* de usted es el *derecho*! Pero no estamos en ese caso... ¿Qué tengo yo que ver en sus negocios?

—¡Trueno de Dios! ¡Pudo usted hacerse esa pregunta la tarde que se dejó fusilar por salvarme la vida! —exclamó don Jorge, con tanto ímpetu como si, en vez del agradecimiento, hubiese estallado en su corazón una bomba.

Angustias le miró muy contenta, y dijo con noble fofosidad:

—No estoy arrepentida de aquella acción; pues si mucho le admiré a usted al verlo batirse la tarde del 26 de marzo, más le he admirado al oírlo cantar, en medio de sus dolores, la jota aragonesa, para distraerse y alegrar a mi pobre madre.

—¡Eso es! ¡Búrlense usted ahora de mi mala voz!

—¡Jesús, qué diantre de hombre! ¡Yo no me burlo de usted, ni el caso lo merece! ¡Yo he estado a punto de llorar, y he bendecido a usted desde lejos, cada vez que le he oído cantar aquellas coplas!...

—¡Lagrimitas! ¡Peor que peor! ¡Ah, señora doña Angustias! ¡Con usted hay que tener mucho cuidado! ¡Usted se ha propuesto hacerme decir ridiculeces y majaderías impropias de un hombre de carácter, para reírse luego de mí, y declararse vencedora!... Afortunadamente, estoy sobre aviso, y tan luego como me vea próximo a caer en sus redes, echaré a correr, con la pierna rota y todo, y no pararé hasta Pekín! ¡Usted debe ser lo que llaman *una coqueta*!

—¡Y usted es un desventurado!

—¡Mejor para mí!

—Un hombre injusto, un salvaje, un necio...

—¡Apriete usted! ¡Apriete usted! ¡Así me gusta! ¡Al fin vamos a pelearnos una vez!

—¡Un desagradecido!

—¡Eso no, caramba! ¡Eso no!

—Pues bien: ¡guárdese usted su agradecimiento, que yo, gracias a Dios, para nada lo necesito! Y, sobre todo, hágame el obsequio de no volver a sacarme estas conversaciones...

Tal dijo Angustias, volviéndole la espalda con verdadero enojo.

Y así quedaba siempre, de obscuro y embrollado, el importantísimo punto que, sin saberlo, discutían aquellos dos seres desde que se vieron por primera vez..., y que muy pronto iba a ponerse más claro que el agua.

V

PERIPECIA

El tan celebrado y jubiloso día en que se levantó el *Capitán Veneno* había de tener un fin asaz lúgubre y lamentable, cosa muy frecuente en la humana vida, según que más atrás, y por razones inversas a las de ahora, dijimos filosóficamente.

Estaba anocheciendo; el médico y el Marqués acababan de retirarse, y Angustias y Rosa habían salido también, por consejo de la muy complacida guipuzcoana, a rezar una Salve a la Virgen del Buen Suceso, que aun tenía entonces su iglesia en la Puerta del Sol, cuando el Capitán, a quien ya habían acostado de nuevo, oyó sonar la campanilla de la calle, y que doña Teresa abrió el ventanillo y preguntaba: “¿Quién es?”; y que luego decía, abriendo la puerta: “¿Cómo había yo de figurarme que viniese usted a estas horas! ¡Pase usted por aquí!”; y que una voz de hombre exclamaba, alejándose hacia las habitaciones interiores: “Siento mucho, señora...”

El resto de la frase se perdió en la distancia, y así quedó todo por algunos minutos, hasta que sonaron otra vez pasos y oyóse al mismo hombre que decía, como despidiéndose: "*Celebraré que usted se mejore y tranquilice*"..., y a doña Teresa que contestaba: "*Pierda usted cuidado...*"; después de lo cual volvió a sentirse abrir y cerrar la puerta y reinó en la casa profundo silencio.

Conoció el Capitán que algún desagrado había ocurrido a la viuda, y hasta esperó que entrase a contárselo; pero al ver que no acontecía así, dedujo que el negocio sería del orden de los secretos domésticos, y abstúvose de interpellarla a voces, aunque le pareció oírla suspirar en el inmediato pasillo...

Volvieron a llamar en esto a la puerta de la calle e instantáneamente la abrió doña Teresa, lo cual demostraba que no había dado un paso desde que se marchó la visita, y entonces se oyeron estas exclamaciones de Angustias:

—¿Por qué nos aguardabas con el picaporte en la mano? ¡Mamá! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Por qué no me respondes? ¡Estás mala! ¡Jesús, Dios mío! ¡Rosa! ¡Ve corriendo y llama al doctor Sánchez! ¡Mi mamá se muere! ¡Ven! ¡Espera! Ayúdame a llevarla al sofá de la sala... ¿No ves que se está cayendo? ¡Pobre madre mía! ¡Madre de mi alma! ¿Qué tienes, que no puedes andar?

Efectivamente; don Jorge, desde la alcoba, vió entrar en la sala a doña Teresa casi arrastrando, colgada del cuello de su hija y de la criada, y con la cabeza caída sobre el pecho.

Acordóse entonces Angustias de que el Capitán estaba en el mundo y dió un grito furioso, encaróse con él, y le dijo:

—¿Qué le ha hecho usted a mi madre?

—¡No! ¡No!... ¡Pobrecito! ¡Él no sabe nada!... —se apresuró a decir la enferma con amoroso acento—. Me he puesto mala yo sola... Ya se me va pasando...

El Capitán estaba rojo de indignación y de vergüenza.

—¡Ya lo está usted oyendo, señorita Angustias! —exclamó al fin en son muy amargo y triste—. ¡Me ha ca-

lumniado usted inhumanamente! Pero, ¡ah!, no... ¡Yo soy quien me he calumniado a mí mismo desde que estoy acá! ¡Merecida tengo esa injusticia de usted! ¡Doña Teresa!... ¡No haga usted caso de esa ingrata y dígame que ya está buena del todo o reviento aquí, donde me veo atado por el dolor y crucificado por mi enemiga!

A todo esto, la viuda había sido colocada en el sofá, y Rosa atravesaba la calle en busca del doctor.

—Perdóneme usted, Capitán —dijo Angustias—. Considere que es mi madre y que me la he encontrado muriéndose lejos de usted, a cuyo lado la dejé hace quince minutos... ¿Es que ha venido alguien durante mi ausencia?

El Capitán iba a responder *que sí*, cuando doña Teresa había ya contestado apresuradamente:

—¡No! ¡Nadie!... ¿No es verdad que nadie, señor don Jorge? Estas son cosas de nervios..., vapores..., ¡vejeces, y nada más que vejeces! Ya estoy bien, hija mía.

Llegado que hubo el médico, y tan pronto como pulsó a la viuda (a quien media hora antes dejó tan contenta y en casi regular estado), dijo que había que acostarla inmediatamente y que tendría que guardar cama algún tiempo, hasta que cesase la gran conmoción nerviosa que acababa de experimentar... En seguida manifestó en secreto a Angustias y a don Jorge que el mal de doña Teresa radicaba en el corazón, de lo cual tenía completa evidencia desde que la pulsó por primera vez la tarde del 26 de marzo, y que semejantes afecciones, aunque no eran fáciles de curar enteramente, podían conllevarse largo tiempo a fuerza de reposo, bienestar, alegría moderada, buen trato y no sé cuántos otros prodigios..., cuya base principal era el *dinero*.

—¡El 26 de marzo! —murmuró el Capitán—. ¡Es decir, que yo tengo la culpa de todo lo que ocurre!

—¡La tengo yo! —dijo Angustias, como hablando consigo misma.

—¡No busquen ustedes la causa de las causas! —expuso melancólicamente el doctor Sánchez—. Para que haya culpa tiene que preceder intención, y ustedes son incapaces de haber querido perjudicar a doña Teresa.

Los dos amnistiados se miraron con angelical asom-

bro, al ver que la ciencia se devanaba los sesos para sacar deducciones tan obvias o tan impías; y, fijando luego su consideración en lo que verdaderamente les importaba entonces, dijéronse a un mismo tiempo:

—¡Hay que salvarla!

Aquello era principiar a entenderse.

VI

CATÁSTROFE

Así que se marchó el médico, y después de largo debate, se tomó el acuerdo de poner la cama de la viuda en el gabinete, que, como ya hemos dicho, estaba situado en un extremo de la sala, frente por frente de la alcoba ocupada por don Jorge.

—De esta manera —dijo la prudentísima Angustias— podréis veros y charlar los dos enfermicos, y nos será fácil a Rosa y a mí atender a ambos desde la sala, la noche que a cada una nos toque velaros.

Aquella noche se quedó Angustias y nada ocurrió de particular. Doña Teresa se sosegó mucho a la madrugada y dormitó cosa de una hora. El médico la encontró muy aliviada a la mañana siguiente; y, como pasó también el día cada vez más tranquila, la segunda noche se retiró Angustias a su cuarto después de las dos, cediendo a las tiernas súplicas de su madre y a las imperiosas órdenes del Capitán, y Rosa se quedó de enfermera... en la misma butaca, en la misma postura y con los mismos ronquidos que veló a don Jorge la noche que lo hirieron.

Serían las tres y media de la mañana cuando nuestro caviloso héroe, que no dormía, oyó que doña Teresa respiraba muy trabajosamente y lo nombraba con voz entrecortada y sorda.

—Vecina, ¿me llama usted? —preguntó don Jorge, disimulando su inquietud.

—Sí..., Capitán... —respondió la enferma—. Despierte usted con cuidado a Rosa, de modo que no lo oiga mi hija. Yo no puedo alzar más la voz...

—Pero, ¿qué es eso? ¿Se siente usted mal?

—¡Muy mal! Y quiero hablar con usted a solas antes de morirme... Haga usted que Rosa lo coloque en el sillón de ruedas y lo traiga aquí... Pero procure que no despierte mi pobre Angustias...

El Capitán ejecutó punto por punto lo que le decía doña Teresa, y al cabo de pocos instantes se hallaba a su lado.

La pobre viuda tenía una fiebre muy alta y se ahogaba de fatiga. En su lívido rostro se veía ya impresa la indeleble marca de la muerte.

El Capitán estaba aterrado por primera vez de su vida.

—¡Déjanos, Rosa...; pero no despiertes a la señorita Angustias!... ¡Dios querrá dejarme vivir hasta que amanezca, y entonces la llamaré para que nos despídamos!... Oiga usted, Capitán... ¡Me muero!

—¡Qué se ha de morir usted, señora! —respondió don Jorge, estrechando la ardiente mano de la enferma—. Esta es una congoja como la de ayer tarde... ¡Y, además, yo no quiero que se muera usted!

—Me muero, Capitán... Lo conozco... Inútil fuera llamar al médico... Llamaremos al confesor..., ¡eso sí!..., aunque se asuste mi pobre hija... Pero será cuando usted y yo acabemos de hablar... ¡Porque lo urgente ahora es que hablemos nosotros dos sin testigos!...

—¡Pues ya estamos hablando! —respondió el Capitán, atusándose los bigotes en señal de miedo—. ¡Pídame usted la poca y mala sangre con que entré en esta casa, y la mucha y muy rica que he criado en ella, y toda la derramaré con gusto!...

—Ya lo sé... Ya lo sé, amigo mío... Usted es muy honrado y nos quiere... Pues bien, mi querido Capitán; sépalo usted todo... Ayer tarde vino mi procurador y me dijo que el Gobierno había decretado en contra el expediente de mi viudedad.

—¡Demonio! ¿Y por esa friolera se apura usted? ¡Me ha denegado a mí el Gobierno tantas instancias!

—Ya no soy ni condesa ni generala... —continuó la viuda—. ¡Tenía usted mucha razón cuando me escatimaba esos títulos!

—¡Mejor que mejor! ¡Yo no soy tampoco general ni marqués, y mi abuelo era lo uno y lo otro! Estamos iguales.

—Bien; pero es el caso que yo..., yo... ¡estoy completamente arruinada! Mi padre y mi marido gastaron, defendiendo a don Carlos, todo lo que tenían... Hasta hoy he vivido con el producto de mis alhajas, y hace ocho días vendí la última... una gargantilla de perlas muy hermosa... ¡Rubor me causa hablar a usted de estas miserias!...

—¡Hable usted, señora! ¡Hable usted! ¡Todos hemos pasado apuros! ¡Si supiera usted los atranques en que a mí me ha metido el pícaro tute!

—¡Pero es que mi atranque no tiene remedio! Todos mis recursos y todo el porvenir de mi hija estaban cifrados en esa viudedad, que con el tiempo hubiera sido la orfandad de Angustias... Y hoy... la desgraciada no tiene porvenir, ni presente, ni dinero para enterrarme... Porque ha de saber usted que el abogado que me asesoraba, herido en su orgullo, de resultas de haberlo desdénado la chica, o deseoso de aumentar nuestra desgracia, a fin de rendir la voluntad de Angustias y obligarla a casarse con él..., me envió anteanoche la cuenta de sus honorarios, al mismo tiempo que la fatal noticia... El procurador traía también la relación de los suyos, y me habló un lenguaje tan cruel, de parte del abogado, mezclando las palabras "desconfianza...", "insolvencia", "ejecución", y yo no sé qué otras, que cegué y no vi, tiré de la gaveta y le entregué todo lo que me pedía; es decir, todo lo que me quedaba, lo que me habían dado por la gargantilla de perlas, mi último dinero, mi último pedazo de pan... Por consiguiente, desde anteanoche es Angustias tan pobre como las infelices que piden de puerta en puerta... ¡Y ella lo ignora! ¡Ella duerme tranquila en este instante!... ¿Cómo, pues, no he de estar muriéndome?... ¡Lo raro es que no me muriera anteanoche!

—¡Pues no se muera por tan poca cosa! —repuso el Capitán con sudores de muerte, pero con la más noble efusión—. Ha hecho usted muy bien en hablarme... ¡Yo

me sacrificaré viviendo entre faldas, como un despen-
sado de monjas! ¡Estaría escrito! Cuando me ponga bue-
no, en lugar de irme a mi casa traeré aquí mi ropa, mis
armas y mis perros, y viviremos todos juntos hasta la
consumación de los siglos...

—¡Juntos! —respondió lúgubrementemente la guipuzcoana.—
¿Pues no oye usted que me estoy muriendo? ¿No lo ve
usted? ¿Cree usted que yo le hubiera hablado de mis
apuros pecuniarios a no estar segura de que dentro de
pocas horas me habré muerto?

—Entonces, señora..., ¿qué es lo que quiere usted de
mí? —preguntó horrorizado don Jorge de Córdoba—.
Porque dicho se está que para dispensarme el honor y el
gusto de pedirme, o de encargarme que le pida a mi
primo ese pobre barro que se llama *dinero*, no estaría us-
ted pasando tanta fatiga, sabiendo lo mucho que esti-
mamos a ustedes y conociéndonos, como creo que nos
conoce... ¡Dinero no ha de faltarles a ustedes nunca
mientras yo viva! Por tanto, otra cosa es lo que usted
quiere de mí, y le suplico que, antes de decir una pala-
bra más, piense en la solemnidad de las circunstancias
y en otras consideraciones muy atendibles.

—No le comprendo a usted, ni yo misma sé lo que
quiero... —respondió doña Teresa con la sinceridad de
una santa—. Pero póngase usted en mi lugar. Soy ma-
dre...; adoro a mi hija: voy a dejarla sola en el mun-
do...; no veo a mi lado en la hora de la muerte, ni tengo
sobre el haz de la tierra, persona alguna a quien enco-
mendársela, como no sea a usted, que, en medio de todo,
le demuestra cariño... En verdad, yo no sé de qué modo
podrá usted favorecerla... ¡El dinero *solo* es muy frío,
muy repugnante, muy horrible!... ¡Pero más horrible
es todavía que mi pobre Angustias se vea obligada a ga-
narse con sus manos el sustento, a ponerse a servir, a
pedir limosna!... ¡Justifícase, por consiguiente, que, al
sentir que me muero, le haya llamado a usted para des-
pedirme, y que, con las manos cruzadas y llorando por
la última vez en mi vida, le diga a usted, desde el borde
del sepulcro: "¡Capitán: sea usted el tutor, sea usted el
padre, sea usted un hermano de mi pobre huérfana!...
¡Ampárela! ¡Ayúdela! ¡Defienda su vida y su honra!
¡Que no se muera de hambre ni de tristeza! ¡Que no esté

sola en el mundo!... ¡Figúrese usted que hoy le nace una hija!"

—¡Gracias a Dios! —exclamó don Jorge dando palmotadas en los brazos del sillón de ruedas—. ¡Haré por Angustias todo eso y mucho más! ¡Pero he pasado un rato cruel, creyendo iba usted a pedirme que me casara con la muchacha!

—¡Señor don Jorge de Córdoba! ¡Eso no lo pide ninguna madre! ¡Ni mi Angustias toleraría que yo dispusiese de su noble y valeroso corazón! —dijo doña Teresa con tal dignidad que el Capitán se quedó yerto de espanto.

Recobróse al cabo el pobre hombre, y expuso con la humildad del más cariñoso hijo, besando las manos de la moribunda:

—¡Perdón! ¡Perdón, señora! ¡Yo soy un insensato, un monstruo, un hombre sin educación que no sabe explicarse!... Mi ánimo no ha sido ofender a usted ni a Angustias... Lo que he querido advertir a usted lealmente es que yo haría muy desgraciada a esa hermosa joven, modelo de virtudes, si llegase a casarme con ella, que yo no he nacido para amar ni para que me amen, ni para vivir acompañado, ni para tener hijos, ni para nada que sea dulce, tierno y afectuoso... Yo soy independiente como un salvaje, como una fiera, y el yugo del matrimonio me humillaría, me desesperaría, me haría dar botes que llegaran al cielo. Por lo demás, ni ella me quiere, ni yo la merezco, ni hay para qué hablar de este asunto. En cambio, ¡hágame usted el favor de creer, por esta primera lágrima que derramo desde que soy hombre, y por estos primeros besos de mis labios, que todo lo que yo pueda agenciar en el mundo, y mis cuidados, y mi vigilancia, y mi sangre, serán para Angustias, a quien estimo, y quiero, y amo, y debo la vida... y hasta quizá el alma! Lo juro por esta santa medalla que mi madre llevó siempre al cuello... Lo juro por... Pero ¡usted no me oye!... ¡usted no me contesta!, ¡usted no me mira! ¡Señora! ¡Generala! ¡Doña Teresa!... ¿Se siente usted peor? ¡Ah, Dios mío! ¡Si me parece que se ha muerto! ¡Diablo y demonio! ¡Y yo sin poder moverme! ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Agua! ¡Vinagre! ¡Un confesor! ¡Una cruz y yo le recomendaré el alma como pueda!... Pero aquí tengo mi medalla... ¡Virgen Santísima! ¡Recibe en tu seno

a mi segunda madre! Pues señor, ¡estoy fresco! ¡Pobre Angustias! ¡Pobre de mí! ¡En buena me he metido por salir a cazar revolucionarios!

Todas aquellas exclamaciones estaban muy en su lugar. Doña Teresa había muerto al sentir en su mano los besos y las lágrimas del *Capitán Veneno*, y una sonrisa de suprema felicidad vagaba todavía por los entreabiertos labios del cadáver.

VII

MILAGROS DEL DOLOR

A los gritos del consternado huésped, seguidos de lastimeros ayes de la criada, despertó Angustias... Medio se vistió, llena de espanto, y corrió hacia la habitación de su madre... Pero en la puerta halló atravesada la silla de ruedas de don Jorge, el cual, con los brazos abiertos y los ojos casi fuera de las órbitas, le cerraba el paso, diciendo:

—¡No entre usted, Angustias! ¡No entre usted, o me levanto, aunque me muera!

—¡Mi pobre mamá! ¡Mi madre de mi alma! ¡Déjeme usted ver a mi madre!... —gimió la infeliz, pugnando por entrar.

—¡Angustias! ¡En nombre de Dios, no entre ahora! Ya entraremos luego juntos... ¡Deje usted descansar un momento a la que tanto ha padecido!

—¡Mi madre ha muerto! —exclamó Angustias, cayendo de rodillas junto al sillón del Capitán.

—¡Pobre hija mía! ¡Llora conmigo, cuanto quieras! —respondió don Jorge, atrayendo hacia su corazón la cabeza de la pobre huérfana y acariciándole el pelo con la otra mano—. ¡Llora con el que no había llorado nunca hasta hoy, que llora por ti... y por ella!...

Era tan extraordinaria y prodigiosa aquella emoción en un hombre como el *Capitán Veneno*, que Angustias, en medio de su horrible desgracia, no pudo menos de significarle aprecio y gratitud, poniéndole una mano sobre el corazón...

Y así estuvieron abrazados algunos instantes aquellos dos seres que la felicidad nunca hubiera hecho amigos.

P A R T E C U A R T A

D E P O T E N C I A A P O T E N C I A

I

D E C Ó M O E L C A P I T Á N L L E G Ó A H A B L A R S O L O

Quince días después del entierro de doña Teresa Carrillo de Albornoz, a eso de las once de una espléndida mañana del mes de las flores, víspera o antevíspera de San Isidro, nuestro amigo el *Capitán Veneno* se paseaba muy de prisa por la sala principal de la casa mortuoria, apoyado en dos hermosas y desiguales muletas de ébano y plata, regalo del Marqués de los Tomillares; y aunque el mimado convaleciente estaba allí solo, y no había nadie ni en el gabinete ni en la alcoba, hablaba de vez en cuando a media voz, con la rabia y desabrimiento de costumbre.

—¡Nada! ¡Nada!... ¡Está visto! —exclamó, por último, parándose en mitad de la habitación—. ¡La cosa no tiene remedio! ¡Ando perfectísimamente! ¡Y hasta creo que andaría mejor sin estos palitroques! Es decir, que ya puedo marcharme a mi casa...

Aquí lanzó un gran resoplido, como si suspirase a su manera, y murmuró, cambiando de tono:

—¡Puedo! ¡He dicho *puedo!*... ¿Qué es *poder?* Antes pensaba yo que el hombre podía hacer todo lo que quería, y ahora veo que ni tan siquiera *puede querer* lo que le acomoda... ¡Pícaras mujeres! ¡Bien me lo había yo temido desde que nació! ¡Y bien me lo figuré en cuanto me vi rodeado de faldas la noche del 26 de marzo! ¡Inútil fué tu precaución, padre mío, de hacerme ama-

mantar por una cabra! ¡Al cabo de los años mil, he venido a caer en manos de estas sayonas que te obligaron a suicidarte!... Pero ¡ah!, ¡yo me escaparé, aunque me deje el corazón en sus uñas!

En seguida miró el reloj, suspiró de nuevo, y dijo muy quedamente, como reservándose de sí propio:

—¡Las once y cuarto y todavía no la he visto, aunque estoy levantado desde las seis!... ¡Qué tiempos aquellos en que me traía el chocolate y jugábamos al tute! Ahora, siempre que llamo, entra la gallega... ¡Reventada sea "tan digna servidora", que diría el necio de mi primo! Pero, en cambio, luego darán las doce y me avisarán que está el almuerzo... Iré al comedor y me encontraré allí con una estatua vestida de luto que ni habla, ni ríe, ni llora, ni come, ni bebe, ni sabe nada de lo que ocurre, nada de lo que su madre me contó aquella noche, nada de lo que va a suceder, si Dios no lo remedia... ¡Cree la muy orgullosa que está en su casa, y todo su afán es que acabe de ponerme bueno y me marche para que mi compañía no la desdore de la opinión de las gentes! ¡Infeliz! ¿Cómo sacarla de su error? ¿Cómo decirle que la tengo engañada; que su madre no me entregó ningún dinero; que, desde hace quince días, todo lo que se gasta acá sale de mi propio bolsillo? ¡Ah! ¡Eso nunca! ¡Primero me dejo matar que decirle tal cosa! Pero ¿qué hago? ¿Cómo no darle, antes o después, cuentas verdaderas o fingidas? ¿Cómo seguir así indefinidamente? ¡Ella no lo consentirá! ¡Ella me llamará a capítulo cuando gradúe que debe haberseme acabado lo que suponga que poseía su madre, y entonces se armará en esta casa la de Dios es Cristo!

Por aquí iba en sus pensamientos don Jorge de Córdoba cuando sonaron unos golpecitos en la puerta principal de la sala, seguidos de estas palabras de Angustias:

—¿Se puede entrar?

—¡Entre usted con cinco mil de a caballo! —gritó el Capitán, loco de alegría, corriendo a abrir la puerta y olvidando todas sus alarmas y reflexiones—. ¡Ya era tiempo de que me hiciese usted una visita, como antiguamente! ¡Aquí tiene usted al oso enjaulado y aburrido, deseando tener con quien pelear! ¿Quiere usted que echemos una mano al tute? Pero... ¿qué pasa? ¿Por qué me mira usted con esos ojos?

—Sentémonos y hablemos, Capitán... —dijo gravemente Angustias, cuyo hechicero rostro, pálido como la cera, expresaba la más honda emoción.

Don Jorge se retorció los bigotes, según hacía siempre que barruntaba tempestad, y sentóse en el filo de una butaca, mirando a un lado y otro con aire y desasosiego de reo en capilla.

La joven tomó asiento muy cerca de él; reflexionó unos instantes, o bien reunió fuerzas para la ya presentida borrasca, y expuso al fin con imponderable dulzura:

II

BATALLA CAMPAL

—Señor de Córdoba: la mañana en que murió mi bendita madre, y cuando, cediendo a ruegos de usted, me retiraba a mi aposento, después de haberla amortajado, por haberse empeñado usted en quedarse solo a velarla, con una piedad y una veneración que no olvidaré jamás...

—¡Vamos, vamos, Angustias! ¿Quién dijo miedo? ¡Cara feroz al enemigo! ¡Tenga usted valor para sobreponerse a esas cosas!

—Sabe usted que no me ha faltado hasta hoy... —respondió la joven con mayor calma—. Pero no se trata ahora de esta pena, con la cual vivo y viviré perpetuamente en santa paz, y a cuyo dulce tormento no renunciaría por nada del mundo... Se trata de contrariedades de otra índole, en que, por fortuna, caben alteraciones, y que van a tener en seguida total remedio...

—¡Quiéralo Dios! —rezó el Capitán, viendo cada vez más cerca el nublado.

—Decía... —continuó Angustias— que aquella mañana me habló usted, sobre poco más o menos, así: “Hija mía...”

—¡Hombre! ¡Qué cosas dice uno! ¡Yo la llamé a usted "hija mía"!

—Déjeme proseguir, señor don Jorge. "Hija mía..."
—exclamó usted, con una voz que me llegó al alma—:
"en nada tiene usted que pensar por ahora más que en
"llorar y en pedir a Dios por su madre... Sabe usted
"que he asistido a tan santa mujer en sus últimos mo-
"mentos... Con este motivo, me ha enterado de todos
"sus asuntos y hecho entrega del dinero que poseía, para
"que yo corra con entierro, lutos y demás, como tutor
"de usted que me ha nombrado privadamente, y para
"librarla de cuidados en los primeros días de su dolor..."
"Cuando se tranquilice usted, ajustaremos cuentas..."

—¿Y qué? — interrumpió el Capitán, frunciendo mu-
chísimo el entrecejo, como si, a fuerza de parecer terri-
ble, quisiese cambiar la efectividad de las cosas—. ¿No
he cumplido bien tales encargos? ¿He hecho alguna lo-
cura? ¿Cree usted que he despilfarrado su herencia?...
¿No era justo costear entierro mayor a aquella ilustre
señora? O ¿acaso le ha referido a usted ya algún chis-
moso que le he puesto en la sepultura una gran lápida
con sus títulos de *Generala* y de *Condesa*? ¡Pues lo de
la lápida ha sido capricho mío personal, y tenía pensado
rogar a usted que me permitiera pagarla de mi dinero!
¡No he podido resistir a la tentación de proporcionar a
mi noble amiga el gusto y la gala de usar entre los muer-
tos los dictados que no le permitieron llevar los vivos!

—Ignoraba lo de la lápida... —profirió Angustias con
religiosa gratitud, cogiendo y estrechando una mano
de don Jorge, a pesar de los esfuerzos que hizo éste por
retirarla—. ¡Dios se lo pague a usted! ¡Acepto ese re-
galo, en nombre de mi madre y en el mío! Pero, aun así
y todo, ha hecho usted muy mal, sumamente mal, en
engañarme respecto de otros puntos; y, si antes me hu-
biera enterado de ello, antes habría venido a pedirle a
usted cuentas.

—¿Y podrá saberse, mi querida señorita, en qué la
he engañado a usted? —se atrevió todavía a preguntar
don Jorge, no concibiendo que Angustias supiese cosas
que sólo a él y momentos antes de expirar, había refe-
rido doña Teresa.

—Me engañó usted aquella triste mañana... —respondió severamente la joven—, al decirme que mi madre le había entregado no sé qué cantidad...

—¿Y en qué se funda vuestra señoría para desmentir con esa frescura a todo un Capitán de ejército, a un hombre honrado, a una persona mayor? —gritó con fingida vehemencia don Jorge, procurando meter la cosa a barato y armar camorra para salir de aquel mal negocio.

—Me fundo —respondió Angustias sosegadamente— en la seguridad, adquirida después, de que mi madre no tenía ningún dinero cuando cayó en cama.

—¿Cómo que no? ¡Estas chiquillas se lo quieren saber todo! ¿Pues ignora usted que doña Teresa acababa de enajenar una joya de muchísimo mérito?...

—Sí..., sí..., ¡ya sé!... Una gargantilla de perlas con broches de brillantes... por la cual le dieron quinientos duros...

—¡Justamente! ¡Una gargantilla de perlas... como nueces, de cuyo importe nos queda todavía mucho oro que ir gastando!... ¿Quiere usted que se lo entregue ahora mismo? ¿Desea usted encargarse ya de la administración de su hacienda? ¿Tan mal le va con mi tutoría?

—¡Qué bueno es usted, Capitán!... Pero ¡qué imprudente a la vez! —repuso la joven—. Lea usted esta carta, que acabo de recibir, y verá dónde estaban los quinientos duros desde la tarde en que mi madre cayó herida de muerte...

El Capitán se puso más colorado que una amapola; pero aun sacó fuerzas de flaqueza, y exclamó, echándola de muy furioso:

—¡Conque es decir que yo miento! ¡Conque un pape-lucho merece más crédito que yo! ¡Conque de nada me sirve toda una vida de formalidad, en que he tenido palabra de rey!

—Le sirve a usted, señor don Jorge, para que yo le agradezca más y más el que por mí, y sólo por mí, haya faltado esta vez a esa buena costumbre...

—¡Veamos qué dice la carta! —replicó el Capitán, por ver si hallaba en ella medio de cohonestar la situación—. ¡Probablemente será alguna pamplina!

La carta era del abogado o asesor de la difunta Generala, y decía así:

“Señorita D.^a Angustias Barbaastro.

”Muy señora mía y estimada amiga:

”Acabo de recibir extraoficialmente la triste noticia del óbito de su señora madre (Q. S. G. H.), y acompaño a usted en su legítimo sentimiento, deseándole fuerzas físicas y morales para sufrir tan inapelable y rudo golpe de la superioridad que regula los destinos humanos.

”Dicho esto, que no es fórmula oratoria de cortesía, sino expresión del antiguo y alegado afecto que le profesa mi alma, tengo que cumplir con usted otro deber sagrado, cuyo tenor es el siguiente:

”El procurador o agente de negocios de su difunta madre, al notificarme hoy la penosa nueva, me ha dicho que, cuando, hace dos semanas, fué a poner en su conocimiento la desfavorable resolución del expediente de la viudedad y a presentarle varias notas de nuestros honorarios, tuvo ocasión de comprender que la señora poseía apenas el dinero suficiente para satisfacerlos, como por desventura los satisfizo en el acto, con un apresuramiento en que creí ver nuevas señales del amargo desvío que ya me había usted demostrado con anterioridad...

”Ahora bien, mi querida Angustias: atórméntame mucho la idea de si estará usted pasando apuros y molestias en tan agravantes circunstancias por la exagerada presteza con que su mamá me hizo afectiva aquella suma (reducido precio de las seis solicitudes, cuyo borrador le escribí y hasta copié en limpio), y pido a usted su consentimiento previo para devolver el dinero, y aun para agregar todo lo demás que usted necesite y yo posea.

”No es culpa mía si no tengo personalidad suficiente ni otros títulos que un amor tan grande como sin correspondencia, al hacer a usted semejante ofrecimiento, que le suplico acepte, en debida forma, de su apasionado y buen amigo, atento y seguro servidor, que besa sus pies,

TADEO JACINTO DE PAJARES.”

—¡Mire usted aquí un abogado a quien yo le voy a cortar el pescuezo! —exclamó don Jorge levantando la carta sobre su cabeza—. ¡Habrás infame! ¡Habrás judío! ¡Habrás canalla!... Asesina a la buena señora hablándole de *insolvencia* y de *ejecución* al pedirle los honorarios, para ver si le obligaba a darle la mano de usted, y ahora quiere comprar esa misma mano con el dinero que le

sacó por haber perdido el asunto de la viudedad... ¡Nada, nada! ¡Corro en su busca! ¡A ver! ¡Alárgueme usted esas muletas! ¡Rosa! ¡Mi sombrero!... (Es decir: ve a mi casa y di que te lo den.) O si no, tráeme (que ahí estará en la alcoba) mi gorra de cuartel..., ¡y el sable! Pero no..., ¡no traigas el sable! ¡Con las muletas me basta y sobra para romperle la cabeza!

—Márchate, Rosa... y no hagas caso, que estas son chanzas del señor don Jorge... —expuso Angustias haciendo pedazos la carta—. Y usted, Capitán, siéntese y óigame..., se lo suplico. Yo desprecio al señor abogado con todos sus mal adquiridos millones, y ni le he contestado ni le contestaré. ¡Cobarde y avaro, imaginó desde luego que podría hacer suya a una mujer como yo, sólo con defender de balde, en las oficinas, nuestra mala causa!... No hablemos más, ni ahora ni nunca, del indigno viejo...

—¡Pues no hablemos tampoco de ninguna otra cosa! —añadió el ladino Capitán, logrando alcanzar las muletas y comenzando a pasearse aceleradamente, cual si huyera de la interrumpida discusión.

—Pero, amigo mío... —observó con sentido acento la joven—, las cosas no pueden quedar así...

—¡Bien! ¡Bien! Ya hablaremos de eso. Lo que ahora interesa es almorzar, pues yo tengo muchísima hambre... ¡Y qué fuerte me ha dejado la pierna ese zorro viejo doctor! ¡Ando como un gamo! Dígame usted, cara de cielo: ¿a cómo estamos hoy?

—¡Capitán! —exclamó Angustias con enojo—. ¡No me moveré de esta silla hasta que me oiga usted y resolvamos el asunto que aquí me ha traído!

—¿Qué asunto? ¡Vaya!... ¡Déjeme usted a mí de canciones!... Y a propósito de canciones... ¡Juro a usted no volver a cantar en toda mi vida la jota aragonesa! ¡Pobre Generala! ¡Cómo se reía al oírme!

—¡Señor de Córdoba!... —insistió Angustias con mayor acritud—. ¡Vuelvo a suplicar a usted que preste alguna atención a un caso en que están comprometidas mi honra y mi dignidad!...

—¡Para mí no tiene usted nada comprometido! —respondió don Jorge, tirando al florete con la más corta de las muletas—. ¡Para mí es usted la mujer más honrada y digna que Dios ha criado!

—¡No basta serlo para usted! ¡Es necesario que opine lo mismo todo el mundo! Siéntese usted, pues, y escúcheme, o envíe a llamar a su señor primo, el cual, a fuer de hombre de conciencia, pondrá término a la vergonzosa situación en que me hallo.

—¡Le digo a usted que no me siento! Estoy harto de camas, de butacas y de sillas... Sin embargo, puede usted hablar cuando guste... —replicó don Jorge, dejando de tirar al florete, pero quedándose en *primera guardia*.

—Poco será lo que le diga... —profirió Angustias volviendo a su grave entonación—, y ese poco... ya se le habrá ocurrido a usted desde el primer momento. Señor Capitán: hace quince días que sostiene usted esta casa; usted pagó el entierro de mi madre; usted me ha costado los lutos; usted me ha dado el pan que he comido... Hoy no puedo abonarle lo que lleva gastado, como se lo abonaré con el tiempo...; pero sepa usted que desde ahora mismo...

—¡Rayos y culebrinas! ¡Pagarme usted a mí! ¡Pagarme *ella!*... —gritó el Capitán con tanto dolor como furia, levantando en alto las muletas hasta llegar con la mayor al techo de la sala—. ¡Esta mujer se ha propuesto matarme! ¡Y para eso quiere que la oiga!... ¡Pues no la oigo a usted! ¡Se acabó la conferencia! ¡Rosa! ¡El almuerzo! Señorita, en el comedor la aguardo... Hágame el obsequio de no tardar mucho.

—¡Buen modo tiene usted de respetar la memoria de mi madre! ¡Bien cumple los encargos que le hizo en favor de esta pobre huérfana! ¡Vaya un interés que se toma por mi honor y por mi reposo!... —exclamó Angustias con tal majestad, que don Jorge se detuvo como el caballo a quien refrenan; contempló un momento a la joven; arrojó las muletas lejos de sí, volvió a sentarse en la butaca, y dijo, cruzándose de brazos:

—¡Hable usted hasta la consumación de los siglos!

—Decía... —continuó Angustias así que se hubo serenado— que desde hoy cesará la absurda situación creada por la imprudente generosidad de usted. Ya está usted bueno y puede trasladarse a su casa...

—¡Bonito arreglo! —interrumpió don Jorge tapándose luego la boca, como arrepentido de la interrupción.

—¡El único posible! —replicó Angustias.

—¿Y qué hará usted en seguida, alma de Dios? —gritó el Capitán—. ¿Vivir del aire, como los camaleones?

—Yo... ¡figúrese usted!... Venderé casi todos los muebles y ropas de la casa...

—¡Que valen cuatro cuartos! —volvió a interrumpir don Jorge, paseando una mirada despreciativa por las cuatro paredes de la habitación, no muy desmanteladas, a la verdad.

—¡Valga lo que valiere! —repuso la huérfana con mansedumbre—. Ello es que dejaré de vivir a costa de su bolsillo de usted, o de la caridad de su señor primo.

—¡Eso no! ¡Canastos! ¡Eso no! ¡Mi primo no ha pagado nada! —rugió el Capitán con suma nobleza—. ¡Pues no faltaba más, estando yo en el mundo! Cierto es que el pobre Alvaro..., yo no quiero quitarle su mérito, en cuanto supo la fatal ocurrencia, se brindó a todo...; es decir, ¡a muchísimo más de lo que usted puede figurarse!... Pero yo le contesté que la hija de la Condesa de Santurce sólo podía admitir favores (o sea hacerlos ella misma, en el mero hecho de admitirlos) de su tutor, don Jorge de Córdoba, a cuyos cuidados la confió la difunta. El hombre conoció la razón, y entonces me reduje a pedirle prestados, nada más que prestados, algunos maravedises, a cuenta del sueldo que ganó en su contaduría. Por consiguiente, señorita Angustias, puede usted tranquilizarse en ese particular, aunque tenga más orgullo que don Rodrigo en la horca.

—Me es lo mismo... —balbuceó la joven—, supuesto que yo he de pagar al uno o al otro cuando...

—¿Cuando qué? ¡Esa es toda la cuestión! Dígame usted cuándo.

—¡Hombre!... Cuando, a fuerza de trabajar, y con la ayuda de Dios misericordioso, me abra camino en esta vida...

—¡Caminos, canales y puertos! —voceó el Capitán—. ¡Vamos, señora! ¡No diga usted simplezas! ¡Usted trabajar! ¡Trabajar con esas manos tan bonitas, que no me cansaba de mirar cuando jugábamos al tute! Pues ¿a qué estoy yo en el mundo, si la hija de doña Teresa Carrillo, ¡de mi única amiga!, ha de coger una aguja, o una plancha, o un demonio, para ganarse un pedazo de pan?

—Bien; dejemos todo eso a mi cuidado y al tiempo...
—replicó Angustias, bajando los ojos—. Pero entretanto quedamos en que usted me dispensará el favor de marcharse hoy... ¿No es verdad que se marchará usted?

—¡Dale que dale! ¿Y por qué ha de ser verdad? ¿Por qué he de irme, si no me va mal aquí?

—Porque ya está usted bueno; ya puede andar por la calle, como anda por la casa, y no parece bien que sigamos viviendo juntos...

—¡Pues figúrese usted que esta casa fuera de huéspedes!... ¡Ea! ¡Ya lo tiene usted arreglado todo! ¡Así no hay que vender muebles ni nada! Yo le pago a usted mi pupilaje; ustedes me cuidan..., ¡y en paz! Con los dos sueldos que reúno hay de sobra para que todos lo pasemos muy bien, puesto que en adelante no me formarán causas por desacato, ni volveré a perder nada al tute, como no sea la paciencia... cuando me gane usted muchos juegos seguidos... ¿Quedamos conformes?

—¡No delire usted, Capitán! —profirió Angustias con voz melancólica—. Usted no ha entrado en esta casa como pupilo, ni nadie creería que estaba usted en ella en tal concepto, ni yo quiero que lo esté... ¡No tengo yo edad ni condiciones para ama de huéspedes!... Prefiero ganar un jornal cosiendo o bordando.

—¡Y yo prefiero que me ahorquen! —gritó el Capitán.

—Es usted muy compasivo... —prosiguió la huérfana—, y le agradezco con toda mi alma lo que padece al ver que en nada puede ayudarme... Pero esta es la vida, este es el mundo, esta es la ley de la sociedad.

—¿Qué me importa a mí la sociedad?

—¡A mí me importa mucho! Entre otras razones, porque sus leyes son un reflejo de la ley de Dios.

—¡Conque es ley de Dios que yo no pueda mantener a quien quiero!...

—Lo es, señor Capitán, en el mero hecho de estar la sociedad dividida en familias...

—¡Yo no tengo familia, y, por consiguiente, puedo disponer libremente de mi dinero!

—Pero yo no debo aceptarlo. La hija de un hombre de bien que se apellidaba *Barbastro*, y de una mujer de bien que se apellidaba *Carrillo*, no puede vivir a expensas de un cualquiera...

—¡Luego yo soy para usted un *cualquiera!*...

—Y un cualquiera de los peores... para el caso de que se trata, supuesto que es usted soltero, todavía joven, y nada santo... de reputación.

—¡Mire usted, señorita! —exclamó resueltamente el Capitán, después de breve pausa, como quien va a epilogar y resumir una intrincada controversia—. La noche que ayudé a bien morir a su madre de usted, le dije honradamente, y con mi franqueza habitual (para que aquella buena señora no se muriese en un error, sino a sabiendas de lo que pasaba), que yo, el *Capitán Veneno*, pasaría por todo en este mundo menos por tener mujer e hijos. ¿Lo quiere usted más claro?

—¿Y a mí qué me cuenta usted? —respondió Angustias con tanta dignidad como gracia—. ¿Cree usted, por ventura, que yo le estoy pidiendo indirectamente su blanca mano?

—¡No, señora! —se apresuró a contestar don Jorge, ruborizándose hasta lo blanco de los ojos—. ¡La conozco a usted demasiado para suponer tal majadería! Además, ya hemos visto que usted desprecia novios millonarios, como el abogado de la famosa carta... ¿Qué digo? ¡La propia doña Teresa me dió la misma contestación que usted, cuando la revelé mi inquebrantable propósito de no casarme nunca!... Pero yo le hablo a usted de esto para que no extrañe ni lleve a mal el que, estimándola a usted como la estimo, y queriéndola como la quiero... (¡porque yo la quiero a usted muchísimo más de lo que se figura!), no corte por lo sano y diga: “¡Basta de requilorios, hija del alma! ¡Casémonos, y aquí paz y después gloria!”

—¡Es que no bastaría que usted lo dijera!... —contestó la joven con heroica frialdad—. Sería menester que usted me gustara.

—¿Estamos ahí ahora? —bramó el Capitán, dando un brinco—. Pues ¿acaso no le gusto yo a usted?

—¿De dónde saca usted semejante probabilidad, caballero don Jorge? —repuso Angustias implacablemente.

—¡Déjeme usted a mí de probabilidades ni de latines! —tronó el pobre discípulo de Marte—. ¡Yo sé lo que me digo! ¡Lo que aquí pasa, hablando mal y pronto, es que no puedo casarme con usted, ni vivir de otro modo en

su compañía, ni abandonarla a su triste suerte!... Pero créame usted, Angustias; ni usted es una extraña para mí, ni yo lo soy para usted...; ¡y el día que yo supiera que usted ganaba ese jornal que dice; que usted servía en una casa ajena; que usted trabajaba con sus manecitas de nácar...; que usted tenía hambre... o frío, o... (¡Jesús! ¡No quiero pensarlo!), le pegaba fuego a Madrid o me saltaba la tapa de los sesos! Transija usted, pues; y ya que no acepte el que vivamos juntos como dos hermanos (porque el mundo lo mancha todo con sus ruines pensamientos), consienta que le señale una pensión anual, como la señalan los reyes o los ricos a las personas dignas de protección y ayuda...

—Es que usted, señor don Jorge, no tiene nada de rico ni de rey.

—¡Bueno! Pero usted es para mí una reina y debo y quiero pagarle el tributo voluntario con que suelen sostener los buenos súbditos a los reyes proscritos...

—Basta de reyes y de reinas, mi Capitán... —prosiguió Angustias con el triste reposo de la desesperación—. Usted no es ni puede ser para mí otra cosa que un excelente amigo de los buenos tiempos, a quien siempre recordaré con gusto. Digámonos adiós, y déjeme siquiera la dignidad en la desgracia.

—¡Eso es! ¡Y yo, entretanto, me bañaré en agua de rosas, con la idea de que la mujer que me salvó la vida exponiendo la suya está pasando las de Caín! ¡Yo tendré la satisfacción de pensar en que la única hija de Eva de quien he gustado, a quien he querido, a quien... adoro con toda mi alma, carece de lo más necesario, trabaja para alimentarse malamente, vive en una guardilla y no recibe de mí ningún socorro, ningún consuelo!...

—¡Señor Capitán! —interrumpió Angustias solemnemente—. Los hombres que no pueden casarse y que tienen la nobleza de reconocerlo y de proclamarlo, no deben hablar de adoración a las señoritas honradas. Conque lo dicho: mande usted por un carruaje, despedámonos como personas decentes, y ya sabrá usted de mí cuando me trate mejor la fortuna.

—¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Qué mujer ésta! —clamó el Capitán, tapándose el rostro con las manos—. ¡Bien me lo temí todo desde que le eché la vista encima! ¡Por

algo dejé de jugar al tute con ella! ¡Por algo he pasado tantas noches sin dormir! ¿Hase visto apuro semejante al mío? ¿Cómo la dejo desamparada y sola, si la quiero más que a mi vida? ¿Ni cómo me caso con ella, después de tanto como he declamado contra el matrimonio? ¿Qué dirían de mí en el Casino? ¿Qué dirían los que me encontrasen en la calle con una mujer de bracete, o en casa, dándole la papilla a un rorro? ¡Niños a mí! ¡Yo bregar con muñecos! ¡Yo oírlos llorar! ¡Yo temer a todas horas que estén malos, que se mueran, que se los lleve el aire! Angustias... ¡créame usted, por Jesucristo vivo! ¡Yo no he nacido para esas cosas! ¡Viviría tan desesperado que, por no verme y oírme, pediría usted a voces el divorcio o quedarse viuda!... ¡Ah! ¡Tome usted mi consejo! ¡No se case conmigo, aunque yo quiera!

—Pero, hombre... —expuso la joven, retrepándose en su butaca con admirable serenidad—. ¡Usted se lo dice todo! ¿De dónde saca usted que yo deseo que nos casemos; que yo aceptaría su mano; que yo no prefiero vivir sola, aunque para ello tenga que trabajar día y noche, como trabajan otras huérfanas?

—¡Que de dónde lo saco! —respondió el Capitán con la mayor ingenuidad del mundo—. ¡De la naturaleza de las cosas! ¡De que los dos nos queremos! ¡De que los dos nos necesitamos! ¡De que no hay otro arreglo para que un hombre como yo y una mujer como usted vivan juntos! ¿Cree usted que yo no lo conozco; que no lo había pensado ya, que a mí me son indiferentes su honra y su nombre? Pero he hablado por hablar, por huir de mi propia convicción, por ver si escapaba al terrible dilema que me quita el sueño, y hallaba un modo de no casarme con usted, como al cabo tendré que casarme, si se empeña en quedarse sola...

—¡Sola! ¡Sola!... —repitió donosamente Angustias—. ¿Y por qué no *mejor acompañada*? ¿Quién le dice a usted que no encontraré yo con el tiempo un hombre de mi gusto, que no tenga horror al matrimonio?

—¡Angustias! ¡Doblemos esa hoja! —gritó el Capitán, poniéndose de color de azufre.

—¿Por qué doblarla?

—¡Doblémosla, digo!... Y sepa usted desde ahora que me comeré el corazón del temerario que la pretenda...

Pero hago muy mal en incomodarme sin fundamento alguno... ¡No soy tan tonto que ignore lo que nos sucede!... ¿Quiere usted saberlo? Pues es muy sencillo. ¡Los dos nos queremos!... Y no me diga usted que me equivoco, ¡porque eso sería faltar a la verdad! Y allá va la prueba. ¡Si usted no me quisiera a mí, no la querría yo a usted!... ¡Lo que yo hago es pagar! ¡Y le debo a usted tanto!... ¡Usted, después de haberme salvado la vida, me ha asistido como una Hermana de la Caridad; usted ha sufrido con paciencia todas las barbaridades que, por librarme de su poder seductor, le he dicho durante cincuenta días; usted ha llorado en mis brazos cuando se murió su madre; usted me está aguantando hace una hora!... En fin... ¡Angustias!... Transijamos... Partamos la diferencia... ¡Diez años de plazo le pido a usted! Cuando yo cumpla el medio siglo, y sea ya otro hombre, enfermo, viejo y acostumbrado a la idea de la esclavitud, nos casaremos sin que nadie se entere, y nos iremos fuera de Madrid, al campo, donde no haya público, donde nadie pueda burlarse del antiguo *Capitán Veneno*... Pero, entretanto, acepte usted, con la mayor reserva, sin que lo sepa alma viviente, la mitad de mis recursos... Usted vivirá aquí, y yo en mi casa. Nos veremos... siempre delante de testigos, por ejemplo, en alguna tertulia formal. Todos los días nos escribiremos. Yo no pasaré jamás por esta calle, para que la maledicencia no murmure... y, únicamente el día de Finados, iremos juntos al cementerio, con Rosa, a visitar a doña Teresa...

Angustias no pudo menos de sonreírse al oír este supremo discurso del buen Capitán. Y no era burlona aquella sonrisa, sino gozosa, como un deseado albor de esperanza, como el primer reflejo del tardío astro de la felicidad, que ya iba acercándose a su horizonte... Pero mujer al cabo, aunque tan digna y sincera como la que más, supo reprimir su naciente alegría, y dijo con simulada confianza y con la entereza propia de un recato verdaderamente pudoroso:

—¡Hay que reírse de las extravagantes condiciones que pone usted a la concesión de su no solicitado anillo de boda! ¡Es usted cruel en regatear al menesteroso limosnas que tiene la altivez de no pedir, y que por nada de

este mundo aceptaría! Pues añada usted que, en la presente ocasión, se trata de una joven... no fea ni desvergonzada, a quien está usted dando calabazas hace una hora, como si ella le hubiese requerido de amores. Terminemos, por consiguiente, tan odiosa conversación, no sin que antes le perdone yo a usted, y hasta le dé las gracias por su buena, aunque mal expresada voluntad... ¿Llamo ya a Rosa para que vaya por el coche?

—¡Todavía no, cabeza de hierro! ¡Todavía no! —respondió el Capitán, levantándose con aire muy reflexivo, como si estuviese buscando forma a un pensamiento abstracto y delicado—. Ocúrreseme otro medio de transacción, que será el último...; ¿entiende usted, señora aragonesa? ¡El último que este otro aragonés se permitirá indicarle!... Mas para ello necesito que antes me responda usted con lealtad a una pregunta..., después de haberme alargado las muletas, a fin de marcharme sin hablar más palabra, en el caso de que se niegue usted a lo que pienso proponerle...

—Pregunte usted y proponga... —dijo Angustias, alargándole las muletas con indescriptible donaire.

Don Jorge se apoyó, o, mejor dicho, se irguió sobre ellas, y, clavando en la joven una mirada pesquisadora, rígida, imponente, la interrogó con voz de magistrado:

—¿Le gusto a usted? ¿Le parezco aceptable, prescindiendo de estos palitroques, que tiraré muy pronto? ¿Tenemos base sobre que tratar? ¿Se casaría usted conmigo inmediatamente, si yo me resolviera a pedirle su mano, bajo la anunciada condición que diré luego?

Angustias conoció que se jugaba el todo por el todo... Pero, aun así, púsose también de pie y dijo con su nunca desmentido valor:

—Señor don Jorge: esa pregunta es una indignidad, y ningún caballero la hace a las que considera señoras. ¡Basta ya de ridiculeces!... ¡Rosa! ¡Rosa! El señor de Córdoba te llama...

Y, hablando así, la magnánima joven se encaminó hacia la puerta principal de la habitación, después de hacer una fría reverencia al endiablado Capitán.

Éste la atajó en mitad de su camino, gracias a la más larga de sus muletas, que extendió horizontalmente hasta

la pared, como un gladiador que se va a fondo, y entonces exclamó con humildad inusitada:

—¡No se marche usted, por la memoria de aquella que nos ve desde el cielo! ¡Me resigno a que no conteste usted a mi pregunta y paso a proponerle la transacción!... ¡Estará escrito que no se haga más que lo que usted quiera! Pero tú, Rosita, ¡márchate con cinco mil demonios, que ninguna falta nos haces aquí!

Angustias, que pugnaba por apartar la valla impuesta a su paso, se detuvo al oír la sentida invocación del Capitán, y miróle fijamente a los ojos, sin volver hacia él más que la cabeza, y con un indefinible aire de imperio, de seducción y de impasibilidad. ¡Nunca la había visto don Jorge tan hermosa ni tan expresiva! ¡Entonces sí que parecía una reina!

—Angustias... —continuó diciendo, o más bien tartamudeando, aquel héroe de cien combates, de quien tanto se prendó la joven madrileña al verlo revolverse como un león entre cientos de balas—. ¡Bajo una condición precisa, inmutable, cardinal, tengo el honor de pedirle su mano, para que nos casemos, cuando usted diga; mañana..., hoy... en cuanto arreglemos los papeles..., lo más pronto posible; no puedo ya vivir sin usted!...

La joven dulcificó su mirada y comenzó a pagar a don Jorge aquel verdadero heroísmo con una sonrisa tierna y deliciosa.

—¡Pero repito que es bajo una condición!... —se apresuró a añadir el pobre hombre, conociendo que la mirada y la sonrisa de Angustias empezaban a trastornarlo y dretirlo.

—¿Bajo qué condición? —preguntó la joven con hechicera calma, volviéndose del todo hacia él y fascinándole con los torrentes de luz de sus negros ojos.

—¡Bajo la condición —balbuceó el catecúmeno— de que si tenemos hijos... los echaremos a la Inclusa! ¡Oh! ¡Lo que es en esto no cederé jamás! ¿Acepta usted? ¡Dígame que sí, por María Santísima!

—Pues ¿no he de aceptar, señor *Capitán Veneno*?—respondió Angustias, soltando la carcajada—. ¡Usted mismo irá a echarlos!... ¿Qué digo?... ¡Iremos los dos juntos! ¡Y los echaremos sin besarlos ni nada! ¡Jorge!... ¿Crees tú que los echaremos?

Tal dijo Angustias, mirando a don Jorge de Córdoba con angelical arrobamiento.

El pobre Capitán se sintió morir de ventura; un río de lágrimas brotó de sus ojos, y exclamó, estrechando entre sus brazos a la gallarda huérfana:

—¡Conque estoy perdido!

—¡Completísimamente perdido, señor *Capitán Veneno!* —replicó Angustias—. Así, pues, vamos a almorzar; luego jugaremos al tute; y, a la tarde, cuando venga el Marqués, le preguntaremos si quiere ser padrino de nuestra boda, cosa que el buen señor está deseando, en mi concepto, desde la primera vez que nos vió juntos.

III

ETIAMSI OMNES

Una mañana del mes de mayo de 1852, cuatro años después de la escena que acabamos de reseñar, cierto amigo nuestro (el mismo que nos ha referido la presente historia) paró su caballo a la puerta de una antigua casa con honores de palacio, situada en la Carrera de San Francisco de la villa y corte; entregó las bridas al lacayo que lo acompañaba, y preguntó al levitón animado que le salió al encuentro en el portal:

—¿Está en su oficina don Jorge de Córdoba?

—El caballero —dijo en asturiano la interrogada pieza de paño— pregunta, a lo que imagino, por el excelentísimo señor Marqués de los Tomillares...

—¿Cómo así? ¿Mi querido Jorge es ya Marqués? —replicó el apeado jinete—. ¿Murió al fin el bueno de don Alvaro? ¡No extrañe usted que lo ignorase, pues anoche llegué a Madrid, después de año y medio de ausencia!...

—El señor Marqués don Alvaro —dijo solemnemente el servidor, quitándose la galoneada tartera que llevaba

por gorra— falleció hace ocho meses, dejando por único y universal heredero a su señor primo y antiguo Contador de esta casa, don Jorge de Córdoba, actual Marqués de los Tomillares...

—Pues bien: hágame usted el favor de avisar que le pasen recado de que aquí está su amigo T...

—Suba el caballero... En la biblioteca lo encontrará. Su Excelencia no gusta de que le anunciemos las visitas, sino de que dejemos entrar a todo el mundo como a Pedro por su casa.

—Afortunadamente... —exclamó para sí el visitante, subiendo la escalera—, yo me sé de memoria la casa, aunque no me llamo Pedro... ¡Conque en la biblioteca!... ¿eh? ¡Quién había de decir que el *Capitán Veneno* se metiese a sabio!

Recorrido que hubo aquella persona varias habitaciones, encontrando al paso a nuevos sirvientes que se limitaban a repetirle: *El señor está en la biblioteca...*, llegó al fin a la historiada puerta de tal aposento, la abrió de pronto, y quedó estupefacto al ver el grupo que se ofreció ante su vista.

En medio de la estancia hallábase un hombre puesto a cuatro pies sobre la alfombra: encima de él estaba montado un niño como de tres años, espoleándole con los talones, y otro niño como de año y medio, colocado delante de su despeinada cabeza, le tiraba de la corbata, como de un ronzal, diciéndole borrosamente:

—¡Arre, mula!

FIN

EL SOMBRERO DE TRES PICOS

*HISTORIA VERDADERA
DE UN SUCEDIDO QUE ANDA EN ROMANCES
ESCRITA AHORA TAL Y COMO PASÓ*

P R E F A C I O D E L A U T O R

Pocos españoles, aun contando a los menos sabios y leídos, desconocerán la historieta vulgar que sirve de fundamento a la presente obrilla.

Un zafio pastor de cabras, que nunca había salido de la escondida Cortijada en que nació, fué el primero a quien nosotros se la oímos referir. Era el tal uno de aquellos rústicos sin ningunas letras, pero naturalmente ladinos y bufones, que tanto papel hacen en nuestra literatura nacional con el dictado de *pícaros*. Siempre que en la Cortijada había fiesta, con motivo de boda o bautizo, o de solemne visita de los amos, tocábale a él poner los juegos de chasco y pantomima, hacer las payasadas y recitar los Romances y Relaciones; y precisamente en una ocasión de éstas (hace ya casi toda una vida..., es decir, hace ya más de treinta y cinco años), tuvo a bien deslumbrar y embelesar cierta noche nuestra inocencia (relativa) con el cuento en verso de *EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA*, o sea de *EL MOLINERO Y LA CORREGIDORA*, que hoy ofrecemos nosotros al público bajo el nombre más trascendental y filosófico (pues así lo requiere la gravedad de estos tiempos) de *EL SOMBRERO DE TRES PICOS*.

Recordamos, por señas, que cuando el pastor nos dió tan buen rato, las muchachas casaderas allí reunidas se pusieron muy coloradas, de donde sus madres dedujeron que la historia era algo verde, por lo cual pusieron ellas al pastor de oro y azul; pero el pobre *Repela* (así se llamaba el pastor) no se mordió la lengua, y contestó diciendo: que no había por qué escandalizarse de aquel modo, pues nada resultaba de su Relación que no supiesen hasta las monjas y hasta las niñas de cuatro años...

—Y si no, vamos a ver —preguntó el cabrero—: ¿qué se saca en claro de la historia de *EL CORREGIDOR Y LA*

MOLINERA? ¡Que los casados duermen juntos, y que a ningún marido le acomoda que otro hombre duerma con su mujer!... ¡Me parece que la noticia...!

—¡Pues es verdad! —respondieron las madres, oyendo las carcajadas de sus hijas.

—La prueba de que el tío *Repela* tiene razón —observó en esto el padre del novio—, es que todos los chicos y grandes aquí presentes se han enterado ya de que esta noche, así que se acabe el baile, Juanete y Manolilla estrenarán esa hermosa cama de matrimonio que la tía Gabriela acaba de enseñar a nuestras hijas para que admiren los bordados de los almohadones...

—¡Hay más! —dijo el abuelo de la novia—. Hasta en el libro de la doctrina y en los mismos sermones se habla a los niños de todas estas cosas tan naturales, al ponerlos al corriente de la larga esterilidad de Nuestra Señora Santa Ana, de la virtud del casto José, de la estratagema de Judit, y de otros muchos milagros que no recuerdo ahora. Por consiguiente, señores...

—¡Nada, nada, tío *Repela*!—exclamaron valerosamente las muchachas—. ¡Diga usted otra vez su Relación, que es muy divertida!

—¡Y hasta muy decente! —continuó el abuelo—. Pues en ella no se aconseja a nadie que sea malo; ni se le enseña a serlo; ni queda sin castigo el que lo es...

—¡Vaya! ¡Repítala usted! —dijeron al fin consistorialmente las madres de familia.

El tío *Repela* volvió entonces a recitar el Romance; y, considerado ya su texto por todos a la luz de aquella crítica tan ingenua, hallaron que no había *pero* que ponerle; lo cual equivale a decir que le concedieron *las licencias necesarias*.



Andando los años, hemos oído muchas y muy diversas versiones de aquella misma aventura de EL MOLINERO Y LA CORREGIDORA, siempre de labios de *graciosos* de aldea y de cortijo, por el orden del ya difunto *Repela*, y además la hemos leído en letras de molde en diferentes *Romances de ciego* y hasta en el famoso *Romancero* del inolvidable don Agustín Durán.

El fondo del asunto resulta idéntico: tragicómico, zumbón y terriblemente epigramático, como todas las

lecciones dramáticas de moral de que se enamora nuestro pueblo; pero la forma, el mecanismo accidental, los procedimientos casuales, difieren mucho, muchísimo, del relato de nuestro pastor, tanto, que éste no hubiera podido recitar en la Cortijada ninguna de dichas versiones, ni aun aquellas que corren impresas, sin que antes se tapasen los oídos las muchachas en estado honesto, o sin exponerse a que sus madres les sacaran los ojos. ¡A tal punto han extremado y pervertido los groseros patanes de otras provincias el caso tradicional que tan sabroso, discreto y pulcro resultaba en la versión del clásico *Repela!*

Hace, pues, mucho tiempo que concebimos el propósito de restablecer la verdad de las cosas, devolviendo a la peregrina historia de que se trata su primitivo carácter, que nunca dudamos fuera aquel en que salía mejor librado el decoro. Ni ¿cómo dudarlo? Esta clase de Relaciones, al rodar por las manos del vulgo, nunca se desnaturalizan para hacerse más bellas, delicadas y decentes, sino para estropearse y percutirse al contacto de la ordinariedad y la chabacanería.

Tal es la historia del presente libro... Conque metámonos ya en harina; quiero decir, demos comienzo a la Relación de EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA, no sin esperar de tu sano juicio —¡oh, respetable público!— que “después de haberla leído y héchote más cruces que si hubieras visto al demonio —como dijo ESTEBANILLO GONZÁLEZ al principiar la suya—, la tendrás por digna y merecedora de haber salido a luz”.

Julio de 1874.

I

DE CUÁNDO SUCEDIÓ LA COSA

Comenzaba este largo siglo, que ya va de vencida. No se sabe fijamente el año: sólo consta que era después del de 4 y antes del de 8.

Reinaba, pues, todavía en España don Carlos IV de Borbón; *por la gracia de Dios*, según las monedas, y por olvido o gracia especial de Bonaparte, según los boletines franceses. Los demás soberanos europeos descendientes de Luis XIV habían perdido ya la corona (y el Jefe de ellos la cabeza) en la deshecha borrasca que corría esta envejecida parte del mundo desde 1789.

Ni paraba aquí la singularidad de nuestra patria en aquellos tiempos. El Soldado de la Revolución, el hijo de un oscuro abogado corso, el vencedor en Rívoli, en las Pirámides, en Marengo y en otras cien batallas, acababa de ceñirse la corona de Carlo Magno y de transfigurar completamente la Europa, creando y suprimiendo naciones, borrando fronteras, inventando dinastías y haciendo mudar de forma, de nombre, de sitio, de costumbres y hasta de traje a los pueblos por donde pasaba en su corcél de guerra como un terremoto animado, o como el *Antecristo*, que le llamaban las potencias del Norte... Sin embargo, nuestros padres —Dios los tenga en su santa Gloria—, lejos de odiarlo o de temerle, complacíanse aún en ponderar sus descomunales hazañas, como si se tratase del héroe de un libro de caballerías, o de cosas que sucedían en otro planeta, sin que ni por asomos recelasen que pensara nunca venir por acá a

intentar las atrocidades que había hecho en Francia, Italia, Alemania y otros países. Una vez por semana —y dos, a lo sumo— llegaba el correo de Madrid a la mayor parte de las poblaciones importantes de la Península, llevando algún número de la *Gaceta* —que tampoco era diaria—, y por ella sabían, las personas principales —suponiendo que la *Gaceta* hablase del particular—, si existía un Estado más o menos allende el Pirineo, si se había reñido otra batalla en que peleasen seis u ocho Reyes y Emperadores, y si *Napoleón* se hallaba en Milán, en Bruselas o en Varsovia... Por lo demás, nuestros mayores seguían viviendo a la antigua española, sumamente despacio, apegados a sus rancias costumbres, en paz y en gracia de Dios, con su Inquisición y sus Frailes, con su pintoresca desigualdad ante la ley, con sus privilegios, fueros y exenciones personales, con su carencia de toda libertad municipal o política, gobernados simultáneamente por insignes Obispos y poderosos Corregidores —cuyas respectivas potestades no era muy fácil deslindar, pues unos y otros se metían en lo temporal y en lo eterno—, y pagando diezmos, primicias, alcabalas, subsidios, mandas y limosnas forzosas, rentas, rentillas, capitaciones, tercias reales, gabelas, frutos civiles, y hasta cincuenta tributos más, cuya nomenclatura no viene a cuento ahora.

Y aquí termina todo lo que la presente historia tiene que ver con la militar y política de aquella época; pues nuestro único objeto, al referir lo que entonces sucedía en el mundo, ha sido venir a parar a que el año de que se trata —supongamos que el de 1805— imperaba todavía en España el *antiguo régimen* en todas las esferas de la vida pública y particular, como si, en medio de tantas novedades y trastornos, el Pirineo se hubiese convertido en otra muralla de la China.

II

DE CÓMO VIVÍA ENTONCES LA GENTE

En Andalucía, por ejemplo —pues precisamente aconteció en una ciudad de Andalucía lo que vais a oír—, las personas de *suposición* continuaban levantándose muy temprano; yendo a la Catedral a *Misa de prima*; aunque no fuese *día de precepto*; almorzando a las nueve un huevo frito y una jícara de chocolate con picatostes; comiendo, de una a dos de la tarde, puchero y principio, si había caza, y, si no, puchero sólo; durmiendo la siesta después de comer; paseando luego por el campo; yendo al Rosario, entre dos luces, a su respectiva parroquia; tomando otro chocolate a la Oración —éste con bizcochos—; asistiendo los muy encopetados a la tertulia del Corregidor, del Deán o del Título que residía en el pueblo; retirándose a casa a las Ánimas; cerrando el portón antes del toque de la *queda*; cenando ensalada y *guisado* por antonomasia, si no *habían entrado* boquerones frescos, y acostándose incontinenti con su señora —los que la tenían—, no sin antes hacerse calentar primero la cama durante nueve meses del año...

¡Dichosísimo tiempo aquel en que nuestra tierra seguía en quieta y pacífica posesión de todas las telarañas, de todo el polvo, de toda la polilla, de todos los respetos, de todas las creencias, de todas las tradiciones, de todos los usos y de todos los abusos santificados por los siglos! ¡Dichosísimo tiempo aquel en que había en la sociedad humana variedad de clases, de afectos y de costumbres! ¡Dichosísimo tiempo, digo..., para los poetas especial-

mente, que encontraban un entremés, un sainete, una comedia, un drama, un auto sacramental o una epopeya detrás de cada esquina, en vez de esta prosaica uniformidad y desabrido realismo que nos legó al cabo la Revolución Francesa! ¡Dichosísimo tiempo, sí!...

Pero esto es volver a las andadas. Basta ya de generalidades y de circunloquios, y entremos resueltamente en la historia del *Sombrero de tres picos*.

III

“DO UT DES”

En aquel tiempo, pues, había cerca de la ciudad de*** un famoso molino harinero —que ya no existe—, situado como a un cuarto de legua de la población, entre el pie de suave colina poblada de guindos y cerezos y una fertilísima huerta que servía de margen —y algunas veces de lecho— al titular intermitente y traicionero río.

Por varias y diversas razones, hacía ya algún tiempo que aquel molino era el predilecto punto de llegada y descanso de los paseantes más caracterizados de la mencionada Ciudad... Primeramente, conducía a él un camino carretero, menos intransitable que los restantes de aquellos contornos. En segundo lugar, delante del molino había una plazoletilla empedrada, cubierta por parral enorme, debajo del cual se tomaba muy bien el fresco en el verano y el sol en el invierno, merced a la alternada ida y venida de los pámpanos... En tercer lugar, el Molinero era un hombre muy respetuoso, muy discreto, muy fino, que tenía lo que se llama don de gentes, y que obsequiaba a los señorones que solían honrarlo con su tertulia vespertina, ofreciéndoles... lo que daba el tiempo, ora habas verdes, ora cerezas y guindas, ora lechugas en rama y sin sazonar —que es-

tán muy buenas cuando se las acompaña de macarros de pan y aceite; macarros que se encargaban de enviar por delante sus señorías—, ora melones, ora uvas de aquella misma parra que les servía de dosel, ora *rosetas* de maíz, si era invierno, y castañas asadas, y almendras, y nueces, y de vez en cuando, en las tardes muy frías, un trago de vino de pulso —dentro ya de la casa y al amor de la lumbre—, a lo que por Pascuas se solía añadir algún pestiño, algún mantecado, algún roscó o alguna lonja de jamón alpujarreño.

—¿Tan rico era el Molinero, o tan imprudentes sus tertulianos? —exclamaréis interrumpiéndome.

Ni lo uno ni lo otro. El Molinero sólo tenía un pasar, y aquellos caballeros eran la delicadeza y el orgullo personificados. Pero en unos tiempos en que se pagaban cincuenta y tantas contribuciones diferentes a la Iglesia y al Estado, poco arriesgaba un rústico de tan claras luces como aquél en tenerse ganada la voluntad de Regidores, Canónigos, Frailes, Escribanos y demás personajes de campanillas. Así es que no faltaba quien dijese que el tío Lucas —tal era el nombre del Molinero— se ahorra un dineral al año a fuerza de agasajar a todo el mundo.

“Vuestra Merced me va a dar una puertecilla vieja de la casa que ha derribado”, decíale a uno. “Vuestra Señoría —decíale a otro— va a mandar que me rebajen el subsidio, o la alcabala, o la contribución de frutos civiles”. “Vuestra Reverencia me va a dejar coger en la huerta del Convento una poca hoja para mis gusanos de seda”. “Vuestra Ilustrísima me va a dar permiso para traer una poca leña del monte X”. “Vuestra Paternidad me va a poner dos letras para que me permitan cortar una poca madera en el pinar H”. “Es menester que me haga Usarcé una escriturilla que no me cueste nada”. “Este año no puedo pagar el censo”. “Espero que el pleito se falle a mi favor”. “Hoy le he dado de bofetadas a uno, y creo que debe ir a la cárcel por haberme provocado”. “¿Tendría su Merced tal cosa de sobra?” “¿Le sirve a usted de algo tal otra?” “¿Me puede prestar la mula?” “¿Tiene ocupado mañana el carro?” “¿Le parece que envíe por el burro?...”

Y estas canciones se repetían a todas horas, obteniendo siempre por contestación un generoso y desinteresado... "Como se pide".

Conque ya veis que el tío Lucas no estaba en camino de arruinarse.

IV

UNA MUJER VISTA POR FUERA

La última y acaso la más poderosa razón que tenía el señorío de la Ciudad para frecuentar por las tardes el molino del tío Lucas, era... que, así los clérigos como los seglares, empezando por el señor Obispo y el señor Corregidor, podían contemplar allí a sus anchas una de las obras más bellas, graciosas y admirables que hayan salido jamás de las manos de Dios, llamado entonces el *Ser Supremo* por Jovellanos y toda la escuela afrancesada de nuestro país...

Esta obra... se denominaba "la señá Frasquita".

Empiezo por responderos de que la señá Frasquita, legítima esposa del tío Lucas, era una mujer de bien, y de que así lo sabían todos los ilustres visitantes del molino. Digo más: ninguno de éstos daba muestras de considerarla con ojos de varón ni con trastienda pecaminosa. Admirábanla, sí, y requebrábanla en ocasiones —delante de su marido, por supuesto—, lo mismo los frailes que los caballeros, los canónigos que los golillas, como un prodigio de belleza que honraba a su Criador, y como una diablesa de travesura y coquetería, que alegraba inocentemente los espíritus más melancólicos. "Es un *hermoso animal*", solía decir el virtuosísimo Prelado. "Es una estatua de la antigüedad helénica", observaba un Abogado muy erudito, Académico correspondiente de la Historia. "Es la propia estampa de Eva", prorrumplía el Prior de los Franciscanos. "Es una real mo-

za", exclamaba el Coronel de milicias. "Es una sierpe, una sirena, ¡un demonio!", añadía el Corregidor. "Pero es una buena mujer, es un ángel, es una criatura, es una chiquilla de cuatro años", acababan por decir todos, al regresar del molino atiborrados de uvas o de nueces, en busca de sus tétricos y metódicos hogares.

La chiquilla de cuatro años, esto es, la señá Frasquita, frisaría en los treinta. Tenía más de dos varas de estatura, y era recia a proporción, o quizás más gruesa todavía de lo correspondiente a su arrogante talla. Parecía una Niobe colosal, y eso que no había tenido hijos: parecía un Hércules... hembra; parecía una matrona romana de las que aún hay ejemplares en el Trastevere. Pero lo más notable en ella era la movilidad, la ligereza, la animación, la gracia de su respetable mole. Para ser una estatua, como pretendía el Académico, le faltaba el reposo monumental. Se cimbreaba como un junco, giraba como una veleta, bailaba como una peonza. Su rostro era más movable todavía, y, por tanto, menos escultural. Avivábanlo donosamente hasta cinco hoyuelos: dos en una mejilla; otro en otra; otro, muy chico, cerca de la comisura izquierda de sus rientes labios, y el último, muy grande, en medio de su redonda barba. Añadid a esto los picarescos mohines, los graciosos guiños y las varias posturas de cabeza que amenizaban su conversación, y formaréis una idea de aquella cara llena de sal y de hermosura, y radiante siempre de salud y alegría.

Ni la señá Frasquita ni el tío Lucas eran andaluces: ella era navarra y él murciano. Él había ido a la ciudad de***, a la edad de quince años, como medio paje, medio criado del Obispo anterior al que entonces gobernaba aquella Iglesia. Educábalo su protector para clérigo, y tal vez con esta mira y para que no careciese de *congrua*, dejóle en su testamento el molino; pero el tío Lucas, que a la muerte de Su Ilustrísima no estaba ordenado más que de *menores*, ahorcó los hábitos en aquel punto y hora, y sentó plaza de soldado, más ganoso de ver mundo y correr aventuras que de decir Misa o de moler trigo. En 1793 hizo la campaña de los Pirineos Occidentales, como Ordenanza del valiente General Don Ventura Caro; asistió al asalto de Castillo Piñón, y permaneció luego largo tiempo en las provincias del Norte, donde tomó la licencia absoluta. En Estella conoció a

la señá Frasquita, que entonces sólo se llamaba *Frasquita*; la enamoró; se casó con ella, y se la llevó a Andalucía, en busca de aquel molino que había de verlos tan pacíficos y dichosos durante el resto de su peregrinación por este valle de lágrimas y risas.

La señá Frasquita, pues, trasladada de Navarra a aquella soledad, no había adquirido ningún hábito andaluz, y se diferenciaba mucho de las mujeres campesinas de los contornos. Vestía con más sencillez, desenfado y elegancia que ellas; lavaba más sus carnes, y permitía al sol y al aire acariciar sus arremangados brazos y su descubierta garganta. Usaba, hasta cierto punto, el traje de las señoras de aquella época, el traje de las mujeres de Goya, el traje de la reina María Luisa: si no falda de medio paso, falda de un paso solo, sumamente corta, que dejaba ver sus menudos pies y el arranque de su soberana pierna; llevaba el escote redondo y abajo, al estilo de Madrid, donde se detuvo dos meses con su Lucas al trasladarse de Navarra a Andalucía; todo el pelo recogido en lo alto de la coronilla, lo cual dejaba campear la gallardía de su cabeza y de su cuello; sendas arracadas en las diminutas orejas, y muchas sortijas en los afilados dedos de sus duras, pero limpias manos. Por último: la voz de la señá Frasquita tenía todos los tonos del más extenso y melodioso instrumento, y su carcajada era tan alegre y argentina, que parecía un repique de sábado de gloria.

Retratemos ahora al tío Lucas.

V

UN HOMBRE VISTO POR FUERA Y POR DENTRO

El tío Lucas era más feo que Picio. Lo había sido toda su vida, y ya tenía cerca de cuarenta años. Sin embargo, pocos hombres tan simpáticos y agradables habrá echado Dios al mundo. Prendado de su viveza, de su in-

genio y de su gracia, el difunto Obispo se lo pidió a sus padres, que eran pastores, no de almas, sino de verdaderas ovejas. Muerto Su Ilustrísima, y dejado que hubo el mozo el Seminario por el Cuartel, distinguiólo entre todo su Ejército el General Caro, y lo hizo su Ordenanza más íntimo, su verdadero criado de campaña. Cumplido, en fin, el empeño militar, fuéle tan fácil al tío Lucas rendir el corazón de la señá Frasquita, como fácil le había sido captarse el aprecio del General y del Prelado. La navarra, que tenía a la sazón veinte abriles, y era el ojo derecho de todos los mozos de Estella, algunos de ellos bastante ricos, no pudo resistir a los continuos donaires, a las chistosas ocurrencias, a los ojillos de enamorado mono y a la bufona y constante sonrisa, llena de malicia, pero también de dulzura, de aquel murciano tan atrevido, tan locuaz, tan avisado, tan dispuesto, tan valiente y tan gracioso, que acabó por trastornar el juicio, no sólo a la codiciada beldad, sino también a su padre y a su madre.

Lucas era en aquel entonces, y seguía siendo en la fecha a que nos referimos, de pequeña estatura (a lo menos con relación a su mujer), un poco cargado de espaldas, muy moreno, barbilampiño, narigón, orejudo y picado de viruelas. En cambio, su boca era regular y su dentadura inmejorable. Dijérase que sólo la corteza de aquel hombre era tosca y fea; que tan pronto como empezaba a penetrarse dentro de él aparecían sus perfecciones, y que estas perfecciones principiaban en los dientes. Luego venía la voz, vibrante, elástica, atractiva; varonil y grave algunas veces, dulce y melosa cuando pedía algo, y siempre difícil de resistir. Llegaba después lo que aquella voz decía: todo oportuno, discreto, ingenioso, persuasivo... Y, por último, en el alma del tío Lucas había valor, lealtad, honradez, sentido común, deseo de saber y conocimientos instintivos o empíricos de muchas cosas, profundo desdén a los necios, cualquiera que fuese su categoría social, y cierto espíritu de ironía, de burla y de sarcasmo, que le hacían pasar, a los ojos del Académico, por un D. Francisco de Quevedo en bruto.

Tal era por dentro y por fuera el tío Lucas.

VI

HABILIDADES DE LOS DOS CÓNYUGES

Amaba, pues, locamente la señá Frasquita al tío Lucas, y considerábase la mujer más feliz del mundo al verse adorada por él. No tenían hijos, según que ya sabemos, y habíase consagrado cada uno a cuidar y mimar al otro con esmero indecible, pero sin que aquella tierna solicitud ostentase el carácter sentimental y empalagoso, por lo zalamero, de casi todos los matrimonios sin sucesión. Al contrario: tratábanse con una llaneza, una alegría, una broma y una confianza semejantes a las de aquellos niños, camaradas de juegos y de diversiones, que se quieren con toda el alma sin decírselo jamás, ni darse a sí mismos cuenta de lo que sienten.

¡Imposible que haya habido sobre la tierra molinero mejor peinado, mejor vestido, más regalado en la mesa, rodeado de más comodidades en su casa, que el tío Lucas! ¡Imposible que ninguna molinera ni ninguna reina haya sido objeto de tantas atenciones, de tantos agasajos, de tantas finezas como la señá Frasquita! ¡Imposible también que ningún molino haya encerrado tantas cosas necesarias, útiles, agradables, recreativas y hasta superfluas, como el que va a servir de teatro a casi toda la presente historia!

Contribuía mucho a ello que la señá Frasquita, la pulcra, hacendosa, fuerte y saludable navarra, sabía, quería y podía guisar, coser, bordar, barrer, hacer dulces, lavar, planchar, blanquear la casa, fregar el cobre, amasar, tejer, hacer media, cantar, bailar, tocar la guitarra

y los palillos, jugar a la brisca y al tute, y otras muchísimas cosas cuya relación fuera interminable. Y contribuía no menos al mismo resultado el que el tío Lucas sabía, quería y podía dirigir la molienda, cultivar el campo, cazar, pescar, trabajar de carpintero, de herrero y de albañil, ayudar a su mujer en todos los quehaceres de la casa, leer, escribir, contar, etc., etc.

Y esto sin hacer mención de los ramos de lujo, o sea de sus habilidades extraordinarias...

Por ejemplo: el tío Lucas adoraba las flores (lo mismo que su mujer), y era floricultor tan consumado, que había conseguido producir *ejemplares* nuevos, por medio de laboriosas combinaciones. Tenía algo de Ingeniero natural, y lo había demostrado construyendo una presa, un sifón y un acueducto que triplicaron el agua del molino. Había enseñado a bailar a un perro, domesticado una culebra, y hecho que un loro diese la hora por medio de gritos, según las iba marcando un reloj de sol que el Molinero había trazado en una pared; de cuyas resultas el loro daba ya la hora con toda precisión, hasta en los días nublados y durante la noche.

Finalmente: en el molino había una huerta, que producía toda clase de frutas y legumbres; un estanque encerrado en una especie de kiosko de jazmines, donde se bañaban en verano el tío Lucas y la señá Frasquita; un jardín; una estufa o invernadero para las plantas exóticas; una fuente de agua potable; dos burras, en que el matrimonio iba a la Ciudad o a los pueblos de las cercanías; gallinero, palomar, pajarera, criadero de peces; criadero de gusanos de seda; colmenas, cuyas abejas libaban en los jazmines; jaraiz o lagar, con su bodega correspondiente, ambas cosas en miniatura; horno, telar, fragua, taller de carpintería, etc., etc.; todo ello reducido a una casa de ocho habitaciones y a dos fanegas de tierra, y tasado en la cantidad de diez mil reales.

VII

EL FONDO DE LA FELICIDAD

Adorábanse, sí, locamente el Molinero y la Molinera, y aun se hubiera creído que ella lo quería más a él que él a ella, no obstante ser él tan feo y ella tan hermosa. Dígolo porque la señá Frasquita solía tener celos y pedirle cuentas al tío Lucas cuando éste tardaba mucho en regresar de la Ciudad o de los pueblos adonde iba por grano, mientras que el tío Lucas veía hasta con gusto las atenciones de que era objeto la señá Frasquita por parte de los Señores que frecuentaban el molino; se ufanaba y regocijaba de que a todos les agradase tanto como a él; y, aunque comprendía que en el fondo del corazón se la envidiaban algunos de ellos, la codiciaban como simples mortales y hubieran dado cualquier cosa porque fuese menos mujer de bien, la dejaba sola días enteros sin el menor cuidado, y nunca le preguntaba luego qué había hecho ni quién había estado allí durante su ausencia...

No consistía aquello, sin embargo, en que el amor del tío Lucas fuese menos vivo que el de la señá Frasquita. Consistía en que él tenía más confianza en la virtud de ella que ella en la de él; consistía en que él la aventajaba en penetración, y sabía hasta qué punto era amado y cuánto se respetaba su mujer a sí misma; y consistía principalmente en que el tío Lucas era todo un hombre: un hombre como el de Shakespeare, de pocos e indivisibles sentimientos; incapaz de dudas; que creía o moría; que amaba o mataba; que no admitía gradación ni trán-

sito entre la suprema felicidad y el exterminio de su dicha.

Era, en fin, un *Otelo* de Murcia, con alpargatas y montera, en el primer acto de una tragedia posible...

Pero ¿a qué estas notas lúgubres en una tonadilla tan alegre? ¿A qué estos relámpagos fatídicos en una atmósfera tan serena? ¿A qué estas actitudes melodramáticas en un cuadro de *género*?

Vais a saberlo inmediatamente.

VIII

EL HOMBRE DEL SOMBRERO DE TRES PICOS

Eran las dos de una tarde de Octubre.

El esquilón de la Catedral tocaba a vísperas, —lo cual equivale a decir que ya habían comido todas las personas principales de la Ciudad.

Los Canónigos se dirigían al Coro, y los seglares a sus alcobas a dormir la siesta, sobre todo aquellos que, por razón de oficio, v. gr., las Autoridades, habían pasado la mañana entera trabajando.

Era, pues, muy de extrañar que a aquella hora, impropia además para dar un paseo, pues todavía hacía demasiado calor, saliese de la Ciudad, a pie, y seguido de un solo alguacil, el ilustre señor Corregidor de la misma—, a quien no podía confundirse con ninguna otra persona ni de día ni de noche, así por la enormidad de su sombrero de tres picos y por lo vistoso de su capa de grana, como por lo particularísimo de su grotesco donaire...

De la capa de grana y del sombrero de tres picos son muchas todavía las personas que pudieran hablar con pleno conocimiento de causa. Nosotros, entre ellas, lo mismo que todos los nacidos en aquella Ciudad en las postrimerías del reinado del Señor Don Fernando VII,

recordamos haber visto colgados de un clavo, único adorno de desmantelada pared, en la ruinoso torre de la casa que habitó Su Señoría (torre destinada a la sazón a los infantiles juegos de sus nietos), aquellas dos anticuadas prendas, aquella capa y aquel sombrero —el negro sombrero encima, y la roja capa debajo—, formando una especie de espectro del Absolutismo, una especie de sudario del Corregidor, una especie de caricatura retrospectiva de su poder, pintada con carbón y almagre, como tantas otras, por los párvulos *constitucionales de la de 1837* que allí nos reuníamos; una especie, en fin, de *espanta-pájaros*, que en otro tiempo había sido *espanta-hombres*, y que hoy me da miedo de haber contribuído a escarnecer, paseándolo por aquella histórica Ciudad, en días de Carnestolendas, en lo alto de un des-hollinador, o sirviendo de disfraz irrisorio al idiota que más hacía reír a la plebe... ¡Pobre *principio de autoridad!* ¡Así te hemos puesto los mismos que hoy te invocamos tanto!

En cuanto al indicado grotesco donaire del señor Corregidor, consistía (dicen) en que era cargado de espaldas... , todavía más cargado de espaldas que el tío Lucas... , casi jorobado, por decirlo de una vez; de estatura menos que mediana; endebllillo; de mala salud; con las piernas arqueadas y una manera de andar *sui generis* (balanceándose de un lado a otro y de atrás hacia adelante), que sólo se puede describir con la absurda fórmula de que parecía cojo de los dos pies. En cambio (añade la tradición), su rostro era regular, aunque ya bastante arrugado por la falta absoluta de dientes y muelas; moreno verdense, como el de casi todos los hijos de las Castillas; con grandes ojos oscuros, en que relampagueaban la cólera, el despotismo y la lujuria, con finas y traviesas facciones, que no tenían la expresión del valor personal, pero sí la de una malicia artera capaz de todo, y con cierto aire de satisfacción; medio aristocrático, medio libertino, que revelaba que aquel hombre habría sido en su remota juventud, muy agradable y acepto a las mujeres, no obstante sus piernas y su joroba.

D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de León (que así se llamaba Su Señoría) había nacido en Madrid, de familia ilustre; frisaría a la sazón en los cincuenta y cinco

años, y llevaba cuatro de Corregidor en la Ciudad de que tratamos, donde se casó, a poco de llegar, con la principalísima Señora que diremos más adelante.

Las medias de don Eugenio (única parte que, además de los zapatos, dejaba ver de su vestido la extensísima capa de grana) eran blancas, y los zapatos negros, con hebilla de oro. Pero luego que el calor del campo lo obligó a desembozarse, vídose que llevaba gran corbata de batista; chupa de sarga de color de tórtola, muy festoneada de ramillos verdes, bordados de realce; calzón corto, negro, de seda; una enorme casaca de la misma estofa que la chupa; espadín con guarnición de acero; bastón con borlas, y un respetable par de guantes (o quirotecas) de gamuza pajiza, que no se ponía nunca y que empuñaba a guisa de cetro.

El Alguacil, que seguía veinte pasos de distancia al señor Corregidor, se llamaba *Garduña*, y era la propia estampa de su nombre. Flaco, agilísimo; mirando adelante y atrás y a derecha e izquierda al propio tiempo que andaba; de largo cuello; de diminuto y repugnante rostro, y con dos manos como dos manojos de disciplinas, parecía juntamente un hurón en busca de criminales, la cuerda que había de atarlos, y el instrumento destinado a su castigo.

El primer Corregidor que le echó la vista encima, le dijo sin más informes: "*Tú serás mi verdadero alguacil...*" Y ya lo había sido de cuatro Corregidores.

Tenía cuarenta y ocho años, y llevaba sombrero de tres picos, mucho más pequeño que el de su Señor (pues repetimos que el de éste era descomunal), capa negra como las medias y todo el traje, bastón sin borlas, y una especie de asador por espada.

Aquel espantajo negro parecía la sombra de su vistoso amo.

IX

¡ARRE, BURRA!

Por dondequiera que pasaban el personaje y su apéndice, los labradores dejaban sus faenas y se descubrían hasta los pies, con más miedo que respeto; después de lo cual se decían en voz baja:

—¡Temprano va esta tarde el señor Corregidor a ver a la señá Frasquita!

—¡Temprano... y solo! —añadían algunos, acostumbrados a verlo siempre dar aquel paseo en compañía de otras varias personas.

—Oye tú, Manuel: ¿por qué irá solo esta tarde el señor Corregidor a ver a la navarra? —le preguntó una lugareña a su marido, el cual la llevaba a grupas en la bestia.

Y, al mismo tiempo que la pregunta, le hizo cosquillas, por vía de retintín.

—¡No seas mal pensada, Josefa! —exclamó el buen hombre—. La señá Frasquita es incapaz...

—No digo lo contrario... Pero el Corregidor no es por eso incapaz de estar enamorado de ella... Yo he oído decir que, de todos los que van a las francachelas del molino, el único que lleva mal fin es ese madrileño tan aficionado a faldas...

—¿Y qué sabes tú si es o no aficionado a faldas? —preguntó a su vez el marido.

—No lo digo por mí... ¡Ya se hubiera guardado, por más Corregidor que sea, de decirme los ojos tienes negros!

La que así hablaba era fea en grado superlativo.

—Pues mira, hija, ¡allá ellos! —replicó el llamado Manuel—. Yo no creo al tío Lucas hombre de consentir... ¡Bonito genio tiene el tío Lucas cuando se enfada!...

—Pero, en fin, ¡si ve que le conviene!... —añadió la tía Josefa, retorciendo el hocico.

—El tío Lucas es hombre de bien... —repuso el lugareño—; y a un hombre de bien nunca pueden convenirle ciertas cosas...

—Pues entonces, tienes razón... ¡Allá ellos! ¡Si yo fuera la señá Frasquita!...

—¡Arre, burra! —gritó el marido, para mudar la conversación.

Y la burra salió al trote; con lo que no pudo oírse el resto del diálogo.

X

DESDE LA PARRA

Mientras así discurrían los labriegos que saludaban al señor Corregidor, la señá Frasquita regaba y barría cuidadosamente la plazoletilla empedrada que servía de atrio o compás al molino, y colocaba media docena de sillas debajo de lo más espeso del emparrado, en el cual estaba subido el tío Lucas, cortando los mejores racimos y arreglándolos artísticamente en una cesta.

—¡Pues sí, Frasquita! —decía el tío Lucas desde lo alto de la parra—: el señor Corregidor está enamorado de ti de muy mala manera...

—Ya te lo dije yo hace tiempo —contestó la mujer del Norte—. Pero ¡déjalo que pene! ¡Cuidado, Lucas, no te vayas a caer!

—Descuida: estoy bien agarrado... También le gustas mucho al señor...

—¡Mira! ¡No me des más noticias! —interrumpió ella. —¡Demasiado sé yo a quién le gusto y a quién no le

gusto! ¡Ojalá supiera del mismo modo por qué no te gusto a ti!

—¡Toma! Porque eres muy fea... —contestó el tío Lucas.

—Pues, oye..., ¡fea y todo, soy capaz de subir a la parra y echarte de cabeza al suelo!...

—Más fácil sería que yo no te dejase bajar de la parra sin comerte viva...

—¡Eso es!... ¡Y cuando vinieran mis galanes y nos viesan ahí, dirían que éramos un mono y una mona!...

—Y acertarían; porque tú eres muy mona y muy rebonita, y yo parezco un mono con esta joroba...

—Que a mí me gusta muchísimo...

—Entonces te gustará más la del Corregidor, que es mayor que la mía...

—¡Vamos! ¡Vamos! Señor Don Lucas... ¡No tenga usted tantos celos!...

—¿Celos yo de ese viejo petate? ¡Al contrario; me alegro muchísimo de que te quiera!...

—¿Por qué?

—Porque en el pecado lleva la penitencia. ¡Tú no has de quererlo nunca, y yo soy entretanto el verdadero Corregidor de la Ciudad!

—¡Miren el vanidoso! Pues figúrate que llegase a quererlo... ¡Cosas más raras se ven en el mundo!

—Tampoco me daría gran cuidado...

—¿Por qué?

—¡Porque entonces tú no serías ya tú; y, no siendo tú quien eres, o como yo creo que eres, maldito lo que me importaría que te llevasen los demonios!

—Pero bien; ¿qué harías en semejante caso?

—¿Yo? ¡Mira lo que no sé!... Porque, como entonces yo sería otro y no el que soy ahora, no puedo figurarme lo que pensaría...

—¿Y por qué serías entonces otro?— insistió valientemente la señá Frasquita, dejando de barrer y poniéndose en jarras para mirar hacia arriba.

El tío Lucas se rascó la cabeza, como si escarbara para sacar de ella alguna idea muy profunda, hasta que al fin dijo con más seriedad y palidez que de costumbre:

—Sería otro, porque yo soy ahora un hombre que cree en ti como en sí mismo, y que no tiene más vida que es-

ta fe. De consiguiente, al dejar de creer en ti, me moriría o me convertiría en un nuevo hombre; viviría de otro modo; me parecería que acababa de nacer; tendría otras entrañas. Ignoro, pues, lo que haría entonces contigo... Puede que me echara a reír y te volviera la espalda... Puede que ni siquiera te conociese... Puede que... Pero ¡vaya un gusto que tenemos en ponernos de mal humor sin necesidad! ¿Qué nos importa a nosotros que te quieran todos los Corregidores del mundo? ¿No eres tú mi Frasquita?

—Sí, pedazo de bárbaro —contestó la navarra, riendo a más no poder—. Yo soy tu Frasquita y tú eres mi Lucas de mi alma, más feo que el bú, con más talento que todos los hombres, más bueno que el pan, y más querido... ¡Ah! ¡Lo que es eso de *querido*, cuando bajas de la parra lo verás! ¡Prepárate a llevar más bofetadas y pellizcos que pelos tienes en la cabeza! Pero, ¡calla! ¿Qué es lo que veo? El señor Corregidor viene por allí completamente solo... ¡Y tan tempranito!... Ese trae plan... ¡Por lo visto, tú tenías razón!...

—Pues aguántate, y no le digas que estoy subido en la parra. ¡Ése viene a declararse a solas contigo, creyendo pillarme durmiendo la siesta!... Quiero divertirme oyendo su explicación.

Así dijo el tío Lucas, alargando la cesta a su mujer.

—¡No está mal pensado! —exclamó ella, lanzando nuevas carcajadas—. ¡El demonio del madrileño! ¿Qué se habrá creído que es un Corregidor para mí? Pero aquí llega... Por cierto que *Garduña*, que lo seguía a alguna distancia, se ha sentado en la ramblilla a la sombra... ¡Qué majadería! Ocúltate tú bien entre los pámpanos, que nos vamos a reír más de lo que te figuras...

Y, dicho esto, la hermosa navarra rompió a cantar el fandango, que ya le era tan familiar como las canciones de su tierra.

XI

EL BOMBARDEO DE PAMPLONA

—Dios te guarde, Frasquita... —dijo el Corregidor a media voz, apareciendo bajo el emparrado y andando de puntillas.

—¡Tanto bueno, señor Corregidor! —respondió ella en voz natural, haciéndole mil reverencias—. ¡Usía por aquí a estas horas! ¡Y con el calor que hace! ¡Vaya, siéntese Su Señoría!... Esto está fresquito. ¿Cómo no ha aguardado Su Señoría a los demás señores? Aquí tienen ya preparados sus asientos... Esta tarde esperamos al señor Obispo en persona, que le ha prometido a mi Lucas venir a probar las primeras uvas de la parra. ¿Y cómo lo pasa Su Señoría? ¿Cómo está la Señora?

El Corregidor se había turbado. La ansiada soledad en que encontraba a la señá Frasquita le parecía un sueño, o un lazo que le tendía la enemiga suerte para hacerle caer en el abismo de un desengaño.

Limitóse, pues, a contestar:

—No es tan temprano como dices... Serán las tres y media...

El loro dió en aquel momento un chillido.

—Son las dos y cuarto —dijo la navarra, mirando de hito en hito al madrileño.

Éste calló, como reo convicto que renuncia a la defensa.

—¿Y Lucas? ¿Duerme? —preguntó al cabo de un rato.

Debemos advertir aquí que el Corregidor, lo mismo que todos los que no tienen dientes, hablaba con una pronunciación floja y silbante, como si se estuviese comiendo sus propios labios.

—¡De seguro! —contestó la señá Frasquita—. En llegando estas horas se queda dormido donde primero le toma, aunque sea en el borde de un precipicio...

—Pues mira... ¡déjalo dormir!... —exclamó el viejo Corregidor, poniéndose más pálido que lo que ya era—. Y tú, mi querida Frasquita, escúchame..., oye... ven acá... ¡Siéntate aquí; a mi lado!... Tengo muchas cosas que decirte...

—Ya estoy sentada —respondió la Molinera, agarrando una silla baja y plantándola delante del Corregidor, a cortísima distancia de la suya.

Sentado que se hubo, Frasquita echó una pierna sobre la otra, inclinó el cuerpo hacia delante, apoyó un codo sobre la rodilla cabalgadora, y la fresca y hermosa cara en una de sus manos; y así, con la cabeza un poco ladeada, la sonrisa en los labios, los cinco hoyos en actividad, y las serenas pupilas clavadas en el Corregidor, aguardó la declaración de Su Señoría. Hubiera podido comparársela con Pamplona esperando un bombardeo.

El pobre hombre fué a hablar, y se quedó con la boca abierta, embelesado ante aquella grandiosa hermosura, ante aquella esplendidez de gracias, ante aquella formidable mujer, de alabastrino color, de lujosas carnes, de limpia y riente boca, de azules e insondables ojos, que parecía creada por el pincel de Rubens.

—¡Frasquita!... —murmuró al fin el delegado del Rey, con acento desfallecido mientras que su marchito rostro, cubierto de sudor, destacándose sobre su joroba, expresaba una inmensa angustia—. ¡Frasquita!...

—¡Me llamo! —contestó la hija de los Pirineos—. ¿Y qué?

—Lo que tú quieras... —repuso el viejo con una ternura sin límites.

—Pues lo que yo quiero... —dijo la Molinera—, ya lo sabe Usía. Lo que yo quiero es que Usía nombre Secretario del Ayuntamiento de la Ciudad a un sobrino mío que tengo en Estella..., y que así podrá venirse

de aquellas montañas, donde está pasando muchos apuros...

—Te he dicho, Frasquita, que eso es imposible. El Secretario actual...

—¡Es un ladrón, un borracho y un bestia!

—Ya lo sé... Pero tiene buenas aldabas entre los Regidores Perpetuos, y yo no puedo nombrar otro sin acuerdo del Cabildo. De lo contrario, me expongo...

—¡Me expongo!... ¡Me expongo!... ¿A qué no nos expondríamos por Vuestra Señoría hasta los gatos de esta casa?

—¿Me querrías a ese precio? —tartamudeó el Corregidor.

—No, señor; que lo quiero a Usía de balde.

—¡Mujer, no me des tratamiento! Háblame de V. o como se te antoje... ¿Conque vas a quererme? Di.

—¿No le digo a V. que lo quiero ya?

—Pero...

—No hay pero que valga. ¡Verá V. qué guapo y qué hombre de bien es mi sobrino!

—¡Tú sí que eres guapa. Frascuela!...

—¿Le gusto a V.?

—¡Que si me gustas!... ¡No hay mujer como tú!

—Pues mire V... Aquí no hay nada postizo... —contestó la señá Frasquita, acabando de arrollar la manga de su jubón, y mostrando al Corregidor el resto de su brazo, digno de una cariátide y más blanco que una azucena.

—¡Que si me gustas!... —prosiguió el Corregidor—. ¡De día, de noche, a todas horas, en todas partes, sólo pienso en ti!...

—¡Pues qué! ¿No le gusta a V. la señora Corregidora? —preguntó la señá Frasquita con tan mal fingida compasión, que hubiera hecho reír a un hipocondriaco—. ¡Qué lástima! Mi Lucas me ha dicho que tuvo el gusto de verla y de hablarle cuando fué a componerle a V. el reloj de la alcoba, y que es muy guapa, muy buena y de un trato muy cariñoso.

—¡No tanto! ¡No tanto! —murmuró el Corregidor con cierta amargura.

—En cambio, otros me han dicho —prosiguió la Molinera— que tiene muy mal genio, que es muy celosa, y que V. le tiembla más que a una vara verde...

—¡No tanto, mujer!... —repitió don Eugenio de Zúñiga y Ponce de León, poniéndose colorado—. ¡Ni tanto ni tan poco! La Señora tiene sus manías, es cierto...; mas de ello a hacerme temblar, hay mucha diferencia. ¡Yo soy el Corregidor!...

—Pero, en fin, ¿la quiere V., o no la quiere?

—Te diré... Yo la quiero mucho... o, por mejor decir, la quería antes de conocerte. Pero desde que te vi, no sé lo que me pasa, y ella misma conoce que me pasa algo... Bástete saber que hoy... tomarle, por ejemplo, la cara a mi mujer me hace la misma operación que si me la tomara a mí propio... ¡Ya ves que no puedo quererla más ni sentir menos!... ¡Mientras que por tomar esa mano, ese brazo, esa cara, esa cintura, daría lo que no tengo!

Y, hablando así, el Corregidor trató de apoderarse del brazo desnudo que la señá Frasquita le estaba refregando materialmente por los ojos; pero ésta, sin descomponerse, extendió la mano, tocó el pecho de Su Señoría con la pacífica violencia e incontrastable rigidez de la trompa de un elefante, y lo tiró de espaldas con silla y todo.

—¡Ave María Purísima! —exclamó entonces la navarra, riéndose a más no poder—. Por lo visto, esa silla estaba rota...

—¿Qué pasa ahí? —exclamó en esto el tío Lucas, asomando su feo rostro entre los pámpanos de la parra.

El Corregidor estaba todavía en el suelo boca arriba, y miraba con un terror indecible a aquel hombre que aparecía en los aires boca abajo.

Hubiérase dicho que Su Señoría era el Diabolo, vencido, no por San Miguel, sino por otro demonio del infierno.

—¿Qué ha de pasar? —se apresuró a responder la señá Frasquita—. ¡Que el señor Corregidor puso la silla en vago, fué a mecerse, y se ha caído!...

—¡Jesús, María y José! —exclamó a su vez el Molinero—. ¿Y se ha hecho daño Su Señoría? ¿Quiere un poco de agua y vinagre?

—¡No me he hecho nada! —dijo el Corregidor, levantándose como pudo.

Y luego añadió por lo bajo, pero de modo que pudiera oírlo la señá Frasquita:

—¡Me la pagaréis!

—Pues, en cambio, Su Señoría me ha salvado a mí la vida —repuso el tío Lucas sin moverse de lo alto de la parra—. Figúrate, mujer, que estaba yo aquí sentado contemplando las uvas, cuando me quedé dormido sobre una red de sarmientos y palos que dejaban claros suficientes para que pasase mi cuerpo... Por consiguiente, si la caída de Su Señoría no me hubiese despertado tan a tiempo, esta tarde me habría yo roto la cabeza contra esas piedras.

—Conque sí..., ¿eh?... —replicó el Corregidor—. Pues, ¡vaya, hombre!, me alegro... ¡Te digo que me alegro mucho de haberme caído!

—¡Me la pagarás! —agregó en seguida, dirigiéndose a la Molinera.

Y pronunció estas palabras con tal expresión de reconcentrada furia, que la señá Frasquita se puso triste.

Veía claramente que el Corregidor se asustó al principio, creyendo que el Molinero lo había oído todo; pero que, persuadido ya de que no había oído nada (pues la calma y el disimulo del tío Lucas hubieran engañado al más lince), empezaba a abandonarse a toda su iracundia y a concebir planes de venganza.

—¡Vamos! ¡Bájate ya de ahí, y ayúdame a limpiar a Su Señoría, que se ha puesto perdido de polvo! —exclamó entonces la Molinera.

Y, mientras el tío Lucas bajaba, díjole ella al Corregidor, dándole golpes con el delantal en la chupa y alguno que otro en las orejas:

—El pobre no ha oído nada... Estaba dormido como un tronco...

Más que estas frases, la circunstancia de haber sido dichas en voz baja, afectando complicidad y secreto, produjo un efecto maravilloso.

—¡Pícara! ¡Proterva! —balbuceó don Eugenio de Zúñiga con la boca hecha un agua, pero gruñendo todavía...

—¡Me guardará Usía rencor? —replicó la navarra zalameramente.

Viendo el Corregidor que la severidad le daba buenos resultados, intentó mirar a la señá Frasquita con mucha rabia; pero se encontró con su tentadora risa y sus divinos ojos, en los cuales brillaba la caricia de una

súplica y, derritiéndosele la gacha en el acto, le dijo con un acento baboso y silbante, en que se descubría más que nunca la ausencia total de dientes y muelas.

—¡De ti depende, amor mío!

En aquel momento se descolgó de la parra el tío Lucas.

XII

DIEZMOS Y PRIMICIAS

Repuesto el Corregidor en su silla, la Molinera dirigió una rápida mirada a su esposo, y vióle, no sólo tan sosegado como siempre, sino reventando de ganas de reír por resultas de aquella ocurrencia: cambió con él desde lejos un beso tirado, aprovechando el primer descuido de don Eugenio, y díjole, en fin a éste con una voz de sirena que le hubiera envidiado Cleopatra:

—¡Ahora va Su Señoría a probar mis uvas!

Entonces fué de ver a la hermosa navarra (y así la pintaría yo, si tuviese el pincel de Ticiano), plantada enfrente del embelesado Corregidor, fresca, magnífica, incitante, con sus nobles formas, con su angosto vestido, con su elevada estatura, con sus desnudos brazos levantados sobre la cabeza, y con un transparente racimo en cada mano, diciéndole, entre una sonrisa irresistible y una mirada suplicante en que titubeaba el miedo:

—Todavía no las ha probado el señor Obispo... Son las primeras que se agarran este año...

Parecía una gigantesca Pomona, brindando frutos a un dios campestre; a un Sátiro, v. gr.

En esto apareció al extremo de la plazoleta empedrada el venerable Obispo de la diócesis, acompañado del Abogado Académico y de dos Canónigos de avanzada edad, y seguido de su Secretario, de dos familiares y de dos pajes.

Detúvose un rato Su Ilustrísima a contemplar aquel cuadro tan cómico y tan bello, hasta que, por último, dijo, con el reposado acento propio de los Prelados de entonces:

—*El Quinto... pagar diezmos y primicias a la Iglesia de Dios, nos enseña la doctrina cristiana; pero V., señor Corregidor, no se contenta con administrar el diezmo, sino que también trata de comerse las primicias.*

—¡El señor Obispo! —exclamaron los molineros, dejando al Corregidor y corriendo a besar el anillo al Prelado.

—¡Dios se lo pague a Su Ilustrísima, por venir a honrar esta pobre choza! —dijo el tío Lucas, besando el primero, y con acento de muy sincera veneración.

—¡Qué señor Obispo tengo tan hermoso! —exclamó la señá Frasquita, besando después—. ¡Dios lo bendiga y me lo conserve más años que le conservó el suyo a mi Lucas!

—¡No sé qué falta puedo hacerte, cuando tú me echas las bendiciones, en vez de pedírmelas! —contestó riéndose el bondadoso Pastor.

Y, extendiendo dos dedos, bendijo a la señá Frasquita y después a los demás circunstantes.

—¡Aquí tiene Usía Ilustrísima las *primicias!* —dijo el Corregidor, tomando un racimo de manos de la Molinera y presentándoselo cortésmente al Obispo—. Todavía no había yo probado las uvas...

El Corregidor pronunció estas palabras, dirigiendo de paso una rápida y cínica mirada a la espléndida hermosura de la Molinera.

—¡Pues no será porque estén verdes, como las de la fábula! —observó el Académico.

—Las de la fábula —expuso el Obispo— no estaban verdes, señor Licenciado; sino fuera del alcance de la zorra.

Ni el uno ni el otro habían querido acaso aludir al Corregidor; pero ambas frases fueron casualmente tan adecuadas a lo que acababa de suceder allí, que don Eugenio de Zúñiga se puso lívido de cólera, y dijo, besando el anillo del Prelado:

—¡Eso es llamarme zorro, señor ilustrísimo!

—*Tu dixisti!* —replicó éste, con la afable severidad de un Santo, como diz que lo era en efecto—. *Excusatio*

non petita, accusatio manifesta. Qualis vir, talis oratio. Pero *satis jam dictum, nullus ultra sit sermo.* O, lo que es lo mismo, dejémonos de latines, y veamos estas famosas uvas.

Y picó... una sola vez... en el racimo que le presentaba el Corregidor.

—¡Están muy buenas! —exclamó, mirando aquella uva al trasluz y alargándosela en seguida a su Secretario—. ¡Lástima que a mí me sienten mal!

El Secretario contempló también la uva; hizo un gesto de cortesana admiración, y la entregó a uno de los familiares.

El familiar repitió la acción del Obispo y el gesto del Secretario, propasándose hasta oler la uva, y luego... la colocó en la cesta con escrupuloso cuidado, no sin decir en voz baja a la concurrencia:

—Su Ilustrísima ayuna...

El tío Lucas, que había seguido la uva con la vista, la agarró entonces disimuladamente, y se la comió sin que nadie lo viera.

Después de esto, sentáronse todos: hablóse de la otoñada (que seguía siendo muy seca, no obstante haber pasado el cordonazo de San Francisco); discurrióse algo sobre la probabilidad de una nueva guerra entre Napoleón y el Austria; insistióse en la creencia de que las tropas imperiales no invadirían nunca el territorio español; quejóse el Abogado de lo revuelto y calamitoso de aquella época, envidiando los tranquilos tiempos de sus padres (como sus padres habrían envidiado los de sus abuelos); dió las cinco el loro..., y, a una señal del Reverendo Obispo, el menor de los pajes fué al coche episcopal (que se había quedado en la misma ramblilla que el Alguacil), y volvió con una magnífica torta sobada, de pan de aceite, polvoreada de sal, que apenas haría una hora había salido del horno: colocóse una mesilla en medio del concurso; descuartizóse la torta; se dió su parte correspondiente, sin embargo de que se resistieron mucho, al tío Lucas y a la señá Frasquita..., y una igualdad verdaderamente democrática reinó durante media hora bajo aquellos pámpanos que filtraban los últimos resplandores del sol poniente...

XIII

LE DIJO EL GRAJO AL CUERVO

Hora y media después todos los ilustres compañeros de merienda estaban de vuelta en la Ciudad.

El señor Obispo y su *familia* habían llegado con bastante anticipación, gracias al coche, y hallábanse ya *en palacio*, donde los dejaremos rezando sus devociones.

El insigne Abogado (que era muy seco) y los dos Canónigos (a cual más grueso y respetable) acompañaron al Corregidor hasta la puerta del Ayuntamiento (donde Su Señoría dijo tener que trabajar), y tomaron luego el camino de sus respectivas casas, guiándose por las estrellas como los navegantes, o sorteando a tientas las esquinas como los ciegos; pues ya había cerrado la noche; aún no había salido la luna, y el alumbrado público (lo mismo que las demás luces de este siglo) todavía estaba allí en la mente divina.

En cambio, no era raro ver discurrir por algunas calles tal o cual linterna o farolillo con que respetuoso servidor alumbraba a sus magníficos amos, quienes se dirigían a la habitual tertulia o de visita a casa de sus parientes...

Cerca de casi todas las rejas bajas se veía (o se olfateaba, por mejor decir) un silencioso bulto negro. Eran galanes que, al sentir pasos, habían dejado por un momento de pelar la pava...

—¡Somos unos calaveras! —iban diciéndose el Abogado y los dos Canónigos—. ¿Qué pensarán en nuestras casas al vernos llegar a estas horas?

—Pues, ¿qué dirán los que nos encuentren en la calle, de este modo, a las siete y pico de la noche, como unos bandoleros amparados de las tinieblas?

—Hay que mejorar de conducta...

—¡Ah! Sí... ¡Pero ese dichoso molino!...

—Mi mujer lo tiene sentado en la boca del estómago... —dijo el Académico, con un tono en que se traslucía mucho miedo a próxima pelotera conyugal.

—Pues, ¿y mi sobrina? —exclamó uno de los Cañónigos, que por cierto era Penitenciario—. Mi sobrina dice que los sacerdotes no deben visitar comadres...

—Y, sin embargo —interrumpió su compañero, que era Magistral—, lo que allí pasa no puede ser más inocente...

—¡Toma! ¡Como que va el mismísimo señor Obispo!

—Y luego, señores, ¡a nuestra edad!... —repuso el Penitenciario—. Yo he cumplido ayer los setenta y cinco.

—¡Es claro! —replicó el Magistral—. Pero hablemos de otra cosa: ¡qué guapa estaba esta tarde la señá Frasquita!

—¡Oh, lo que es eso...; como guapa, es guapa! —dijo el Abogado, afectando imparcialidad.

—Muy guapa... —repitió el Penitenciario dentro del embozo.

—Y si no —añadió el Predicador de Oficio—, que se lo pregunten al Corregidor...

—¡El pobre hombre está enamorado de ella!...

—¡Ya lo creo! —exclamó el Confesor de la Catedral.

—¡De seguro! —agregó el Académico... Corresponsiente—. Conque, señores, yo tomo por aquí para llegar antes a casa... ¡Muy buenas noches!

—Buenas noches... —le contestaron los Capitulares. Y anduvieron algunos pasos en silencio.

—¡También le gusta a ése la Molinera! —murmuró entonces el Magistral, dándole con el codo al Penitenciario.

—¡Como si lo viera! —respondió éste, parándose a la puerta de su casa—. ¡Y qué bruto es! Conque hasta mañana, compañero. Que le sienten a V. muy bien las uvas.

—Hasta mañana, si Dios quiere... Que pase V. muy buena noche.

—¡Buenas noches nos dé Dios! —rezó el Penitenciario, ya desde el portal, que por más señas tenía farol y Virgen.

Y llamó a la aldaba.

Una vez solo en la calle, el otro Canónigo (que era más ancho que alto, y que parecía que rodaba al andar) siguió avanzando lentamente hacia su casa; pero, antes de llegar a ella, cometió contra una pared cierta falta que en el porvenir había de ser objeto de un bando de policía, y dijo al mismo tiempo, pensando sin duda en su cofrade de Coro:

—¡También te gusta a ti la señá Frasquita!... ¡Y la verdad es —añadió al cabo de un momento— que, como guapa, es guapa!

XIV

LOS CONSEJOS DE GARDUÑA

Entretanto, el Corregidor había subido al Ayuntamiento, acompañado de *Garduña*, con quien mantenía hacía rato, en el salón de sesiones, una conversación más familiar de lo correspondiente a personas de su calidad y oficio.

—¡Crea Usía a un perro perdiguero que conoce la caza! —decía el innoble Alguacil—. La señá Frasquita está perdidamente enamorada de Usía, y todo lo que Usía acaba de contarme contribuye a hacérmelo ver más claro que esa luz...

Y señalaba a un velón de Lucena, que apenas si esclarecía la octava parte del salón.

—¡No estoy yo tan seguro como tú, *Garduña*! —contestó D. Eugenio, suspirando lánguidamente.

—¡Pues no sé por qué! Y, si no, hablemos con franqueza. Usía... —dicho sea con perdón— tiene una tacha en su cuerpo... ¿No es verdad?

—¡Bien, sí! —repuso el Corregidor—. Pero esa tacha la tiene también el tío Lucas. ¡Él es más jorobado que yo!

—¡Mucho más!, ¡muchísimo más!, ¡sin comparación de ninguna especie! Pero en cambio (y es a lo que iba), Usía tiene una cara de muy buen ver..., lo que se llama una bella cara..., mientras que el tío Lucas se parece al sargento Utrera, que reventó de feo.

El Corregidor sonrió con cierta ufanía.

—Además —prosiguió el Alguacil—, la señá Frasquita es capaz de tirarse por una ventana con tal de agarrar el nombramiento de su sobrino...

—Hasta ahí estamos de acuerdo. ¡Ese nombramiento es mi única esperanza!

—¡Pues manos a la obra, señor! Ya le he explicado a Usía mi plan... ¡No hay más que ponerlo en ejecución esta misma noche!

—¡Te he dicho muchas veces que no necesito consejos! —gritó don Eugenio, acordándose de pronto de que hablaba con un inferior.

—Creí que Usía me los había pedido... —balbuceó *Garduña*.

—¡No me repliques!

Garduña saludó.

—¿Conque decías —prosiguió el de Zúñiga, volviendo a amansarse— que esta misma noche puede arreglarse todo eso? Pues, ¡mira, hijo!, me parece bien. ¡Qué diablos! ¡Así saldré pronto de esta cruel incertidumbre!

Garduña guardó silencio.

El Corregidor se dirigió al bufete y escribió algunas líneas en un pliego de papel sellado, que selló también por su parte, guardandoselo luego en la faltriquera.

—¡Ya está hecho el nombramiento del sobrino! —dijo entonces, tomando un polvo de rapé—. ¡Mañana me las compondré yo con los Regidores..., y, o lo ratifican con un acuerdo, o habrá la de San Quintín! ¿No te parece que hago bien?

—¡Eso!, ¡eso! —exclamó *Garduña* entusiasmado, metiendo la zarpa en la caja del Corregidor y arrebatándole un polvo—. ¡Eso!, ¡eso! El antecesor de Usía no se paraba tampoco en barras. Cierta vez...

—¡Déjate de bachillerías! —repuso el Corregidor, sacudiéndole una guantada en la ratera mano—. Mi an-

tecesor era un bestia, cuando te tuvo de alguacil. Pero vamos a lo que importa. Acabas de decirme que el molino del tío Lucas pertenece al término del lugarcillo inmediato, y no al de esta población... ¿Estás seguro de ello?

—¡Segurísimo! La jurisdicción de la Ciudad acaba en la ramblilla donde yo me senté esta tarde a esperar que Vuestra Señoría... ¡Voto a Lucifer! ¡Si yo hubiera estado en su caso!

—¡Basta! —gritó Don Eugenio—. ¡Eres un insolente!

Y, agarrando media cuartilla de papel, escribió una esquila, cerróla, doblándole un pico, y se la entregó a *Garduña*.

—Ahí tienes —le dijo al mismo tiempo— la carta que me has pedido para el Alcalde del Lugar. Tú le explicarás de palabra todo lo que tiene que hacer. ¡Ya ves que sigo tu plan al pie de la letra! ¡Desgraciado de ti si me metes en un callejón sin salida!

—¡No hay cuidado! —contestó *Garduña*—. El señor Juan López tiene mucho que temer, y en cuanto vea la firma de Usía, hará todo lo que yo le mande. ¡Lo menos le debe mil fanegas de grano al Pósito Real, y otro tanto al Pósito Pío!... Esto último contra toda ley, pues no es ninguna viuda ni ningún labrador pobre para recibir el trigo sin abonar creces ni recargo, sino un jugador, un borracho y un sinvergüenza, muy amigo de faldas, que trae escandalizado el pueblecillo... ¡Y aquel hombre ejerce autoridad!... ¡Así anda el mundo!

—¡Te he dicho que calles! ¡Me estás distraiendo! —bramó el Corregidor—. Conque vamos al asunto —añadió luego, mudando de tono—. Son las siete y cuarto... Lo primero que tienes que hacer es ir a casa y advertirle a la Señora que no me espere a cenar ni a dormir. Dile que esta noche me estaré trabajando aquí hasta la hora de la *quedada*, y que después saldré de ronda secreta contigo, a ver si atrapamos a ciertos malhechores... En fin, engaña la bien para que se acueste descuidada. De camino, dile a otro alguacil que me traiga la cena... ¡Yo no me atrevo a parecer esta noche delante de la Señora, pues me conoce tanto, que es capaz de leer en mis pensamientos! Encárgale a la cocinera que ponga unos pestiños de los que se hicieron hoy, y dile a Juanete que, sin que lo vea nadie,

me alargue de la taberna medio cuartillo de vino blanco. En seguida te marchas al Lugar, donde puedes hallarte muy bien a las ocho y media.

—¡A las ocho en punto estoy allí! —exclamó *Garduña*.

—¡No me contradigas! —rugió el Corregidor, acordándose otra vez de lo que era.

Garduña saludó.

—Hemos dicho —continuó aquél; humanizándose de nuevo— que a las ocho en punto estás en el Lugar. Del Lugar al molino habrá... Yo creo que habrá una media legua...

—Corta.

—¡No me interrumpas!

El Alguacil volvió a saludar.

—Corta... —prosiguió el Corregidor—. Por consiguiente... ¿Crees tú que a las diez?...

—¡Antes de las diez! ¡A las nueve y media puede Usía llamar descuidado a la puerta del molino!

—¡Hombre! ¡No me digas a mí lo que tengo que hacer!... Por supuesto que tú estarás...

—Yo estaré en todas partes... Pero mi cuartel general será la ramblilla. ¡Ah, se me olvidaba!... Vaya Usía a pie, y no lleve linterna...

—¡Maldita la falta que me hacían tampoco esos consejos! ¿Si crearás tú que es la primera vez que salgo a campaña?

—Perdone Usía... ¡Ah! Otra cosa. No llame Usía a la puerta grande que da a la plazoleta del emparrado, sino a la puertecilla que hay encima del caz...

—¿Encima del caz hay otra puerta? ¡Mira tú una cosa que nunca se me hubiera ocurrido!

—Sí, señor, la puertecilla del caz da al mismísimo dormitorio de los Molineros..., y el tío Lucas no entra ni sale nunca por ella. De forma que, aunque volviese de pronto...

—Comprendo, comprendo... ¡No me aturdas más los oídos!

—Por último: procure Usía escurrir el bulto antes del amanecer. Ahora amanece a las seis...

—¡Mira otro consejo inútil! A las cinco estaré de vuelta en mi casa... Pero bastante hemos hablado ya... ¡Quítate de mi presencia!

—Pues entonces, señor..., ¡buena suerte! —exclamó el Alguacil, alargando lateralmente una mano al Corregidor y mirando al techo al mismo tiempo.

El Corregidor puso en aquella mano una peseta, y *Garduña* desapareció como por ensalmo.

—¡Por vida de!... —murmuró el viejo al cabo de un instante—. Se me ha olvidado decirle a ese bachillero que me trajesen también una baraja! ¡Con ella me hubiera entretenido hasta las nueve y media, viendo si me salía aquel *solitario!*...

XV

DESPEDIDA EN PROSA

Serían las nueve de aquella misma noche, cuando el tío Lucas y la señá Frasquita, terminadas todas las haciendas del molino y de la casa se cenaron una fuente de ensalada de escarola, una libreja de carne guisada con tomates, y algunas uvas de las que quedaban en la consabida cesta; todo ello rociado con un poco de vino y con grandes risotadas a costa del Corregidor: después de lo cual miráronse afablemente los dos esposos, como muy contentos de Dios y de sí mismos, y se dijeron, entre un par de bostezos que revelaban toda la paz y tranquilidad de sus corazones:

—Pues, señor, vamos a acostarnos, y mañana será otro día.

En aquel momento sonaron dos fuertes y ejecutivos golpes aplicados a la puerta grande del molino.

El marido y la mujer se miraron sobresaltados.

Era la primera vez que oían llamar a su puerta a semejante hora.

—Voy a ver... —dijo la intrépida navarra, encaminándose hacia la plazoletilla.

—¡Quita! ¡Eso me toca a mí! —exclamó el tío Lucas con tal dignidad, que la señá Frasquita le cedió el pa-

so—. ¡Te he dicho que no salgas! —añadió luego con dureza, viendo que la obstinada Molinera quería seguirle.

Ésta obedeció, y se quedó dentro de la casa.

—¿Quién es? —preguntó el tío Lucas desde en medio de la plazoleta.

—¡La Justicia! —contestó una voz al otro lado del portón.

—¿Qué Justicia?

—La del Lugar. ¡Abra V. al señor Alcalde!

El tío Lucas había aplicado entretando un ojo a cierta mirilla muy disimulada que tenía el portón, y reconocido a la luz de la luna al rústico Alguacil del Lugar inmediato.

—¡Dirás que le abra al borrachón del Alguacil! —repuso el Molinero, retirando la tranca.

—¡Es lo mismo... —contestó el de afuera—; pues que traigo una orden escrita de su Merced! Tenga V. muy buenas noches, tío Lucas... —agregó luego entrando, con voz menos oficial, más baja y más gorda, como si ya fuera otro hombre.

—¡Dios te guarde, Toñuelo! —respondió el murciano—. Veamos qué orden es esa... ¡Y bien podía el señor Juan López escoger otra hora más oportuna de dirigirse a los hombres de bien! Por supuesto, que la culpa será tuya. ¡Como si lo viera, te has estado emborrachando en las huertas del camino! ¿Quieres un trago?

—No, señor; no hay tiempo para nada. Tiene usted que seguirme inmediatamente. Lea usted la orden.

—¿Cómo seguirte? —exclamó el tío Lucas, penetrando en el molino, después de tomar el papel—. ¡A ver, Frasquita! ¡Alumbra!

La señá Frasquita soltó una cosa que tenía en la mano, y descolgó el candil.

El tío Lucas miró rápidamente el objeto que había soltado su mujer, y reconoció su bocacha, o sea un enorme trabuco que calzaba balas de a media libra.

El Molinero dirigió entonces a la navarra una mirada llena de gratitud y ternura, y le dijo, tomándole la cara:

—¡Cuánto vales!

La señá Frasquita, pálida y serena como una estatua de mármol, levantó el candil, tomado con dos dedos, sin que el más leve temblor agitase su pulso, y contestó secamente:

—¡Vaya, lee!

La orden decía así:

“Para el mejor servicio de S. M. el Rey Nuestro Señor (Q. D. G.), prevengo a Lucas Fernández, molinero, de estos vecinos, que tan luego como reciba la presente orden comparezca ante mi autoridad sin excusa ni pretexto alguno; advirtiéndole que, por ser asunto reservado, no lo pondrá en conocimiento de nadie: todo ello bajo las penas correspondientes, caso de desobediencia. El Alcalde:

JUAN LÓPEZ”.

Y había una cruz en vez de rúbrica.

—Oye, tú. ¿Y qué es esto? —le preguntó el tío Lucas al Alguacil—. ¿A qué viene esta orden?

—No lo sé... —contestó el rústico, hombre de unos treinta años, cuyo rostro esquinado y avieso, propio de ladrón o de asesino, daba muy triste idea de su sinceridad—. Creo que se trata de averiguar algo de brujería o de moneda falsa... Pero la cosa no va con usted... Lo llaman como testigo o como perito. En fin, yo no me he enterado bien del particular... El señor Juan López se lo explicará a usted con más pelos y señales.

—¡Corriente! —exclamó el Molinero—. Dile que irá mañana.

—¡Ca! ¡No, señor!... Tiene usted que venir ahora mismo, sin perder un minuto. Tal es la orden que me ha dado el señor Alcalde.

Hubo un instante de silencio.

Los ojos de la señá Frasquita echaban llamas.

El tío Lucas no separaba los suyos del suelo, como si buscara alguna cosa.

—Me concederás cuando menos —exclamó al fin, levantando la cabeza— el tiempo preciso para ir a la cuadra y aparejar una burra...

—¡Qué burra ni qué demontre! —replicó el Alguacil—. ¡Cualquiera se anda a pie media legua! La noche está muy hermosa, y hace luna...

—Ya he visto que ha salido... Pero yo tengo los pies muy hinchados...

—Pues entonces no perdamos tiempo. Yo le ayudaré a usted a aparejar la bestia.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Temes que me escape?

—Yo no temo nada, tío Lucas —respondió Toñuelo con la frialdad de un desalmado—. Yo soy la Justicia.

Y, hablando así, *descansó armas*; con lo que dejó ver el retaco que llevaba debajo del capote.

—Pues mira, Toñuelo... —dijo la Molinera—. Ya que vas a la cuadra... a ejercer tu verdadero oficio..., hazme el favor de aparejar también la otra burra.

—¿Para qué? —interrogó el Molinero.

—¿Para mí! Yo voy con vosotros.

—¡No puede ser, señá Frasquita! —objetó el Alguacil—. Tengo orden de llevarme a su marido de usted nada más, y de impedir que usted lo siga. En ello me van "el destino y el pescuezo". Así me lo advirtió el señor Juan López. Conque... vamos, tío Lucas...

Y se dirigió hacia la puerta.

—¡Cosa más rara! —dijo a media voz el murciano sin moverse.

—¡Muy rara! —contestó la señá Frasquita.

—Esto es algo... que yo me sé... —continuó murmurando el tío Lucas, de modo que no pudiese oírlo Toñuelo.

—¿Quieres que vaya yo a la ciudad —cuchicheó la navarra—, y le dé aviso al Corregidor de lo que nos sucede?...

—¡No! —respondió en alta voz el tío Lucas—. ¡Eso no!

—¿Pues qué quieres que haga? —dijo la Molinera con gran ímpetu.

—Que me mires... —respondió el antiguo soldado.

Los dos esposos se miraron en silencio, y quedaron tan satisfechos ambos de la tranquilidad, la resolución y la energía que se comunicaron sus almas, que acabaron por encogerse de hombros y reírse.

Después de esto, el tío Lucas encendió otro candil y se dirigió a la cuadra, diciendo al paso a Toñuelo con socarronería:

—¡Vaya, hombre! ¡Ven y ayúdame... supuesto que eres tan amable!

Toñuelo lo siguió, canturriando una copla entre dientes.

Pocos minutos después, el tío Lucas salía del molino, caballero en una hermosa jumenta y seguido del Alguacil.

La despedida de los esposos se había reducido a lo siguiente:

—Cierra bien... —dijo el tío Lucas.

—Embózate, que hace fresco... —dijo la señá Frasquita, cerrando con llave, tranca y cerrojo.

Y no hubo más adiós, ni más beso, ni más abrazo, ni más mirada.

¿Para qué?

XVI

UN AVE DE MAL AGÜERO

Sigamos por nuestra parte al tío Lucas.

Ya habían andado un cuarto de legua sin hablar palabra, el Molinero subido en la borrica, y el Alguacil arreándola con su bastón de autoridad, cuando divisaron delante de sí, en lo alto de un repecho que hacía el camino, la sombra de un enorme pajarraco que se dirigía hacia ellos.

Aquella sombra se destacó enérgicamente sobre el cielo, esclarecido por la luna, dibujándose en él con tanta precisión, que el Molinero exclamó en el acto:

—Toñuelo, ¡aquel es *Garduña*, con su sombrero de tres picos y sus patas de alambre!

Mas, antes de que contestara el interpelado, la sombra, deseosa sin duda de eludir aquel encuentro, había dejado el camino y echado a correr a campo traviesa con la velocidad de una verdadera *garduña*.

—No veo a nadie... —respondió entonces Toñuelo con la mayor naturalidad.

—Ni yo tampoco —replicó el tío Lucas, comiéndose la partida.

Y la sospecha que ya se le ocurrió en el molino principió a adquirir cuerpo y consistencia en el espíritu receloso del jorobado.

—Este viaje mío —díjose interiormente— es una estratagemata amorosa del Corregidor. La declaración que le oí esta tarde desde lo alto del emparrado me demues-

tra que el vejete madrileño no puede esperar más. Indudablemente, esta noche va a volver de visita al molino, y por eso ha principiado quitándome de en medio... Pero ¿qué importa? ¡Frasquita es Frasquita, y no abrirá la puerta aunque le peguen fuego a la casa!... Digo más: aunque la abriese; aunque el Corregidor lograse, por medio de cualquier ardid, sorprender a mi excelente navarra, el pícaro viejo saldría con las manos en la cabeza. ¡Frasquita es Frasquita! Sin embargo —añadió al cabo de un momento—, ¡bueno será volverme esta noche a casa lo más temprano que pueda!

Llegaron con esto al Lugar el tío Lucas y el Alguacil, y dirigiéronse a casa del señor Alcalde.

XVII

UN ALCALDE DE MONTERILLA

El señor Juan López, que como particular y como Alcalde era la tiranía, la ferocidad y el orgullo personificados —cuando trataba con sus inferiores—, dignábase, sin embargo, a aquellas horas, después de despachar los asuntos oficiales y los de su labranza y de pegarle a su mujer la cotidiana paliza, beberse un cántaro de vino en compañía del Secretario y del Sacristán, operación que iba más de mediada aquella noche, cuando el Molinero compareció en su presencia.

—¡Hola, tío Lucas! —le dijo, rascándose la cabeza para excitar en ella la vena de los embustes—. ¿Cómo va de salud? ¡A ver, Secretario; échele usted un vaso de vino al tío Lucas! ¿Y la señá Frasquita? ¿Se conserva tan guapa? ¡Ya hace mucho tiempo que no la he visto! Pero, hombre..., ¡qué bien sale ahora la molienda! ¡El pan de centeno parece de trigo candeal! Conque..., vaya... Siéntese usted, y descanse; que, gracias a Dios, no tenemos prisa.

—¡Por mi parte, maldita aquella! —contestó el tío Lucas, que hasta entonces no había despegado los labios, pero cuyas sospechas eran cada vez mayores al ver el amistoso recibimiento que se le hacía, después de una orden tan terrible y apremiante.

—Pues entonces, tío Lucas —continuó el Alcalde—, supuesto que no tiene usted gran prisa, dormirá usted acá esta noche, y mañana temprano despacharemos nuestro asunto...

—Me parece bien... —respondió el tío Lucas con una ironía y un disimulo que nada tenían que envidiar a la diplomacia del señor Juan López—. Supuesto que la cosa no es urgente..., pasaré la noche fuera de mi casa.

—Ni urgente, ni de peligro para usted —añadió el Alcalde, engañado por aquel a quien creía engañar—. Puede usted estar completamente tranquilo. Oye tú, Toñuelo... Alarga esa media fanega, para que se siente el tío Lucas.

—Entonces... ¡venga otro trago! —exclamó el Molinero, sentándose.

—¡Venga de ahí! —repuso el Alcalde, alargándole el vaso lleno.

—Está en buena mano... Médielo usted.

—¡Pues, por su salud! —dijo el señor Juan López, bebiéndose la mitad del vino.

—Por la de usted..., señor Alcalde —replicó el tío Lucas, apurando la otra mitad.

—¡A ver, Manuela! —gritó entonces el Alcalde de monterilla—. Dile a tu ama que el tío Lucas se queda a dormir aquí. Que le ponga una cabecera en el granero...

—¡Ca! no... ¡De ningún modo! Yo duermo en el pajar como un rey.

—Mire usted que tenemos cabeceras...

—¡Ya lo creo! Pero ¿a qué quiere usted incomodar a la familia? Yo traigo mi capote...

—Pues, señor, como usted guste. ¡Manuela!: dile a tu ama que no la ponga...

—Lo que sí va usted a permitirme —continuó el tío Lucas, bostezando de un modo atroz— es que me acueste en seguida. Anoche he tenido mucha molienda, y no he pegado todavía los ojos...

—¡Concedido! —respondió majestuosamente el Alcalde—. Puede usted recogerse cuando quiera.

—Creo que también es hora de que nos recojamos nosotros —dijo el Sacristán, asomándose al cántaro de vino para graduar lo que quedaba—. Ya deben de ser las diez... o poco menos.

—Las diez menos cuartillo... —notificó el Secretario, después de repartir en los vasos el resto del vino correspondiente a aquella noche.

—¡Pues a dormir, caballeros! —exclamó el anfitrión, apurando su parte.

—Hasta mañana, señores —añadió el Molinero, bebiéndose la suya.

—Espere usted que le alumbren... ¡Toñuelo! Lleva al tío Lucas al pajar.

—¡Por aquí, tío Lucas!... —dijo Toñuelo, llevándose también el cántaro, por si le quedaban algunas gotas.

—Hasta mañana, si Dios quiere —agregó el Sacristán, después de escurrir todos los vasos.

Y se marchó, tambaleándose y cantando alegremente el *De profundis*.

.....
—Pues, señor... —díjole el Alcalde al Secretario cuando se quedaron solos—. El tío Lucas no ha sospechado nada. Nos podemos acostar descansadamente, y... ¡buena pro le haga al Corregidor!

XVIII

DONDE SE VERA QUE EL TÍO LUCAS TENÍA EL SUEÑO MUY LIGERO

Cinco minutos después, un hombre se descolgaba por la ventana del pajar del señor Alcalde; ventana que daba a un corralón y que no distaría cuatro varas del suelo.

En el corralón había un cobertizo sobre una gran pesebrera, a la cual hallábanse atadas seis u ocho caballerías de diversa alcurnia, bien que todas ellas del se-

xo débil. Los caballos, mulos y burros del sexo fuerte formaban rancho aparte en otro local contiguo.

El hombre desató una borrica, que por cierto estaba aparejada, y se encaminó, llevándola del diestro, hacia la puerta del corral; retiró la tranca y desechó el cerrojo que la aseguraban; abrióla con mucho tiento, y se encontró en medio del campo.

Una vez allí, montó en la borrica, metiéndole los talones, y salió como una flecha con dirección a la ciudad; mas no por el carril ordinario, sino atravesando siembras y cañadas, como quien se precave contra algún mal encuentro.

Era el tío Lucas, que se dirigía a su molino.

XIX

VOCES CLAMANTES EN DESIERTO

—¡Alcaldes a mí, que soy de Archena! —iba diciéndose el murciano—. ¡Mañana por la mañana pasaré a ver al señor Obispo, como medida preventiva, y le contaré todo lo que me ha ocurrido esta noche! ¡Llámame con tanta prisa y reserva, a hora tan desusada; decirme que venga sólo; hablarme del servicio del Rey, y de moneda falsa, y de brujas, y de duendes, para echarme luego dos vasos de vino y mandarme a dormir!... ¡La cosa no puede ser más clara! *Garduña* trajo al lugar esas instrucciones de parte del Corregidor, y esta es la hora en que el Corregidor estará ya en campaña contra mi mujer... ¡Quién sabe si me lo encontraré llamando a la puerta del molino! ¡Quién sabe si me lo encontraré ya dentro!... ¡Quién sabe!... Pero ¿qué voy a decir? ¡Dudar de mi navarra!... ¡Oh, esto es ofender a Dios! ¡Imposible que ella!... ¡Imposible que mi Frascuita!... ¡Imposible!... Mas ¿qué estoy diciendo? ¿Aca-

so hay algo imposible en el mundo? ¿No se casó conmigo, siendo ella tan hermosa y yo tan feo?

Y, al hacer esta última reflexión, el pobre jorobado se echó a llorar...

Entonces paró la burra para serenarse; se enjugó las lágrimas; suspiró hondamente; sacó los avíos de fumar; picó y lió un cigarro de tabaco negro; empuñó luego pedernal, yesca y eslabón, y, al cabo de algunos golpes, consiguió encender candela.

En aquel mismo momento sintió rumor de pasos hacia el camino —que distaría de allí unas trescientas varas.

—¡Qué imprudente soy! —dijo—. ¡Si me andará ya buscando la Justicia, y yo me habré vendido al echar estas yescas!

Escondió, pues, la lumbre, y se apeó, ocultándose detrás de la borrica.

Pero la borrica entendió las cosas de diferente modo, y lanzó un rebuzno de satisfacción.

—¡Maldita seas! —exclamó el tío Lucas, tratando de cerrarle la boca con las manos.

Al propio tiempo resonó otro rebuzno en el camino, por vía de galante respuesta.

—¡Estamos aviados! —prosiguió pensando el Molineiro—. ¡Bien dice el refrán: el mayor mal de los males es tratar con animales!

Y, así discurrendo, volvió a montar, arreó la bestia, y salió disparado en dirección contraria al sitio en que había sonado el segundo rebuzno.

Y lo más particular fué que la persona que iba en el jumento interlocutor debió de asustarse del tío Lucas tanto como el tío Lucas se había asustado de ella. Lo digo, porque apartóse también del camino, recelando sin duda que fuese un alguacil o un malhechor pagado por Don Eugenio, y salió a escape por los sembrados de la otra banda.

El murciano, entretanto, continuó cavilando de este modo:

—¡Qué noche! ¡Qué mundo! ¡Qué vida la mía desde hace una hora! ¡Alguaciles metidos a alcahuetes; Alcaldes que conspiran contra mi honra; burros que rebuznan cuando no es menester; y aquí, en mi pecho, un miserable corazón que se ha atrevido a dudar de la mu-

jer más noble que Dios ha criado! ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Haz que llegue pronto a mi casa y que encuentre allí a mi Frasquita!

Siguió caminando el tío Lucas, atravesando siembras y matorrales, hasta que al fin, a eso de las once de la noche, llegó sin novedad a la puerta grande del molino...

¡Condenación! ¡La puerta del molino estaba abierta!

XX

LA DUDA Y LA REALIDAD

Estaba abierta... ¡y él, al marcharse, había oído a su mujer cerrarla con llave, tranca y cerrojo!

Por consiguiente, nadie más que su propia mujer había podido abrirla.

Pero ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué? ¿De resultas de un engaño? ¿A consecuencia de una orden? ¿O bien deliberada y voluntariamente, en virtud de previo acuerdo con el Corregidor?

¿Qué iba a ver? ¿Qué iba a saber? ¿Qué le aguardaba dentro de su casa? ¿Se habría fugado la señá Frasquita? ¿Se la habrían robado? ¿Estaría muerta? ¿O estaría en brazos de su rival?

—El Corregidor contaba con que yo no podría venir en toda la noche... —se dijo lúgubrementes el tío Lucas—. El Alcalde del lugar tendría orden hasta de encadenarme, antes que permitirme volver... ¿Sabía todo esto Frasquita? ¿Estaba en el complot? ¿O ha sido víctima de un engaño, de una violencia, de una infamia?

No empleó más tiempo el sin ventura en hacer todas estas crueles reflexiones que el que tardó en atravesar la plazoletilla del emparrado.

También estaba abierta la puerta de la casa, cuyo primer aposento —como en todas las viviendas rústicas— era la cocina...

Dentro de la cocina no había nadie.

Sin embargo, una enorme fogata ardía en la chimenea...; ¡chimenea que él dejó apagada, y que no se encendía nunca hasta muy entrado el mes de diciembre!

Por último, de uno de los ganchos de la espetera pendía un candil encendido...

¿Qué significaba todo aquello? ¿Y cómo se compadecía semejante aparato de vigilia y de sociedad con el silencio de muerte que reinaba en la casa?

¿Qué había sido de su mujer?

Entonces, y sólo entonces, reparó el tío Lucas en unas ropas que había colgadas en los espaldares de dos o tres sillas puestas alrededor de la chimenea...

Fijó la vista en aquellas ropas, y lanzó un rugido tan inmenso, que se le quedó atravesado en la garganta, convertido en sollozo mudo y sofocante.

Creyó el infortunado que se ahogaba, y se llevó las manos al cuello, mientras que, lívido, convulso, con los ojos desencajados, contemplaba aquella vestimenta, poseído de tanto horror como el reo en capilla a quien le presentan la hopa.

Porque lo que allí veía era la capa de grana, el sombrero de tres picos, la casaca y la chupa de color de tórtola, el calzón de seda negra, las medias blancas, los zapatos con hebilla y hasta el bastón, el espadín y los guantes del execrable Corregidor... ¡Lo que allí veía era la hopa de su ignominia, la mortaja de su honra, el sudario de su ventura!

El terrible trabuco seguía en el mismo rincón en que dos horas antes lo dejó la navarra...

El tío Lucas dió un salto de tigre y se apoderó de él. Sondeó el cañón con la baqueta, y vió que estaba cargado. Miró la piedra, y halló que estaba en su lugar.

Volvióse entonces hacia la escalera que conducía a la cámara en que había dormido tantos años con la señá Frasquita, y murmuró sordamente:

—¡Allí están!

Avanzó, pues, un paso en aquella dirección; pero en seguida se detuvo para mirar en torno de sí y ver si alguien lo estaba observando...

—¡Nadie! —dijo mentalmente—. ¡Sólo Dios..., y Ése... ha querido esto!

Confirmada así la sentencia, fué a dar otro paso, cuando su errante mirada distinguió un pliego que había sobre la mesa...

Verlo, y haber caído sobre él, y tenerlo entre sus garras, fué todo cosa de un segundo.

¡Aquel papel era el nombramiento del sobrino de la señá Frasquita, firmado por Don Eugenio de Zúñiga y Ponce de León.

—¡Éste ha sido el precio de la venta! —pensó el tío Lucas, metiéndose el papel en la boca para sofocar sus gritos y dar alimento a su rabia—. ¡Siempre re- celé que quisiera a su familia más que a mí! ¡Ah! ¡No hemos tenido hijos!... ¡He aquí la causa de todo!

Y el infortunado estuvo a punto de volver a llorar.

Pero luego se enfureció nuevamente, y dijo con un ademán terrible, ya que no con la voz:

—¡Arriba! ¡Arriba!

Y empezó a subir la escalera, andando a gatas con una mano, llevando el trabuco en la otra, y con el papel infame entre los dientes.

En corroboración de sus lógicas sospechas, al llegar a la puerta del dormitorio —que estaba cerrada—, vió que salían algunos rayos de luz por las juntas de las tablas y por el ojo de la llave.

—¡Aquí están! —volvió a decir.

Y se paró un instante, como para pasar aquel nuevo trago de amargura.

Luego continuó subiendo... hasta llegar a la puerta misma del dormitorio.

Dentro de él no se oía ningún ruido.

—¡Si no hubiera nadie! —le dijo tímidamente la esperanza.

Pero en aquel mismo instante el infeliz oyó toser dentro del cuarto...

¡Era la tos medio asmática del Corregidor!

¡No cabía duda! ¡No había tabla de salvación en aquel naufragio!

El Molinero sonrió en las tinieblas de un modo horroroso. ¿Cómo no brillan en la obscuridad semejantes relámpagos? ¿Qué es todo el fuego de las tormentas comparado con el que arde a veces en el corazón del hombre?

Sin embargo, el tío Lucas —tal era su alma, como ya dijimos en otro lugar— principió a tranquilizarse, no bien oyó la tos de su enemigo...

La realidad le hacía menos daño que la duda. Según le anunció él mismo aquella tarde a la señá Frasquita, desde el punto y hora en que perdía la única fe que era vida de su alma, empezaba a convertirse en un hombre nuevo.

Semejante al moro de Venecia —con quien ya lo comparamos al describir su carácter—, el desengaño mataba en él de un solo golpe todo el amor, transfigurando de paso la índole de su espíritu y haciéndole ver el mundo como una región extraña a que acabara de llegar. La única diferencia consistía en que el tío Lucas era por idiosincrasia menos trágico, menos austero y más egoísta que el insensato sacrificador de Desdémona.

¡Cosa rara, pero propia de tales situaciones! La duda, o sea la esperanza —que para el caso es lo mismo—, volvió todavía a mortificarle un momento...

—¡Si me hubiera equivocado! —pensó—. ¡Si la tos hubiese sido de Frasquita!

En la tribulación de su infortunio, olvidábasele que había visto las ropas del Corregidor cerca de la chimenea; que había encontrado abierta la puerta del molino; que había leído la credencial de su infamia...

Agachóse, pues, y miró por el ojo de la llave, temblando de incertidumbre y de zozobra.

El rayo visual no alcanzaba a descubrir más que un pequeño triángulo de cama, por la parte del cabece-ro... ¡Pero precisamente en aquel pequeño triángulo se veía un extremo de las almohadas, y sobre las almohadas la cabeza del Corregidor!

Otra risa diabólica contrajo el rostro del Molinero. Dijérase que volvía a ser feliz...

—¡Soy dueño de la verdad!... ¡Meditemos! —murmuró, irguiéndose tranquilamente.

Y volvió a bajar la escalera con el mismo tiento que empleó para subirla...

—El asunto es delicado... Necesito reflexionar. Tengo tiempo de sobra para *todo*... —iba pensando mientras bajaba.

Llegado que hubo a la cocina, sentóse en medio de ella, y ocultó la frente entre las manos.

Así permaneció mucho tiempo, hasta que lo despertó de su meditación un leve golpe que sintió en un pie...

Era el trabuco que se había deslizado de sus rodillas, y que le hacía aquella especie de seña...

—¡No! ¡Te digo que no! —murmuró el tío Lucas, encarándose con el arma—. ¡No me convienes!, todo el mundo tendría lástima de ellos..., ¡y a mí me ahorcarían! ¡Se trata de un Corregidor..., y matar a un Corregidor es todavía en España cosa indisculpable! Dirían que lo maté por infundados celos, y que luego lo desnudé y lo metí en mi cama... Dirían, además, que maté a mi mujer por simples sospechas... ¡Y me ahorcarían! ¡Vaya si me ahorcarían! Además yo habría dado muestras de tener muy poca alma, muy poco talento, si al remate de mi vida fuera digno de compasión! ¡Todos se reirían de mí! ¡Dirían que mi desventura era muy natural, siendo yo jorobado y Frasquita tan hermosa! ¡Nada!, ¡no! ¡Lo que yo necesito es vengarme, y, después de vengarme, triunfar, despreciar, reír, reírme mucho, reírme de todos, evitando por tal medio que nadie pueda burlarse nunca de esta jiba que yo he llegado a hacer hasta envidiable, y que tan grotesca sería en una horca!

Así discurrió el tío Lucas, tal vez sin darse cuenta de ello puntualmente, y, en virtud de semejante discurso, colocó el arma en su sitio, y principió a pasearse con los brazos atrás y la cabeza baja, como buscando su venganza en el suelo, en la tierra, en las ruindades de la vida, en alguna bufonada ignominiosa y ridícula para su mujer y para el Corregidor, lejos de buscar aquella misma venganza en la justicia, en el desafío, en el perdón, en el cielo..., como hubiera hecho en su lugar cualquier otro hombre de condición menos rebelde que la suya a toda imposición de la naturaleza, de la sociedad o de sus propios sentimientos.

De repente, paráronse sus ojos en la vestimenta del Corregidor...

Luego se paró él mismo...

Después fué demostrando poco a poco en su semblante una alegría, un gozo, un triunfo indefini-

bles...; hasta que, por último, se echó a reír de una manera formidable..., esto es, a grandes carcajadas, pero sin hacer ningún ruido —a fin de que no lo oyesen desde arriba—, metiéndose los puños por los ijares para no reventar, estremeciéndose todo como un epiléptico, y teniendo que concluir por dejarse caer en una silla hasta que le pasó aquella convulsión de sarcástico regocijo.

Era la propia risa de Mefistófeles.

No bien se sosegó, principió a desnudarse con una celeridad febril; colocó toda su ropa en las mismas sillas que ocupaba la del Corregidor; púsose cuantas prendas pertenecían a éste, desde los zapatos de hebilla hasta el sombrero de tres picos; ciñóse el espadín; embozóse en la capa de grana; tomó el bastón y los guantes, y salió del molino y se encaminó a la ciudad, balanceándose de la propia manera que solía don Eugenio de Zúñiga, y diciéndose de vez en cuando esta frase que compendia su pensamiento:

—¡También la Corregidora es guapa!

XXI

¡EN GUARDIA, CABALLERO!

Abandonemos por ahora al tío Lucas, y enterémosnos de lo que había ocurrido en el molino desde que dejamos allí sola a la señá Frasquita hasta que su esposo volvió a él y se encontró con tan estupendas novedades.

Una hora habría pasado después que el tío Lucas se marchó con Toñuelo, cuando la afligida navarra, que se había propuesto no acostarse hasta que regresara su marido, y que estaba haciendo calceta en su dormitorio, situado en el piso de arriba, oyó lasti-

meros gritos fuera de la casa, hacia el paraje, allí muy próximo, por donde corría el agua del caz.

—¡Socorro, que me ahogo! ¡Frasquita! ¡Frasquita!... —exclamaba una voz de hombre, con el lúgubre acento de la desesperación.

—¿Si será Lucas? —pensó la navarra, llena de un terror que no necesitamos describir.

En el mismo dormitorio había una puertecilla, de que ya nos habló *Garduña*, y que daba efectivamente sobre la parte alta del caz. Abrióla sin vacilación la señá Frasquita, por más que no hubiera reconocido la voz que pedía auxilio, y encontróse de manos a boca con el Corregidor, que en aquel momento salía todo chorreando de la impetuosísima acequia...

—¡Dios me perdone! ¡Dios me perdone! —balbuceaba el infame viejo—. ¡Creí que me ahogaba!

—¡Cómo! ¿Es V.? ¿Qué significa? ¿Cómo se atreve? ¿A qué viene V. a estas horas?... —gritó la Molinera con más indignación que espanto, pero retrocediendo maquinalmente.

—¡Calla! ¡Calla, mujer! —tartamudeó el Corregidor, colándose en el aposento detrás de ella—. Yo te lo diré todo... ¡He estado para ahogarme! ¡El agua me llevaba ya como a una pluma! ¡Mira, mira cómo me he puesto!

—¡Fuera, fuera de aquí —replicó la señá Frasquita con mayor violencia—. ¡No tiene V. nada que explicarme!... ¡Demasiado lo comprendo todo! ¿Qué me importa a mí que V. se ahogue? ¿Lo he llamado yo a V.? ¡Ah! ¡Qué infamia! ¡Para esto ha mandado V. prender a mi marido!

—Mujer, escucha...

—¡No escucho! ¡Márchese V. inmediatamente, señor Corregidor!... ¡Márchese V., o no respondo de su vida!...

—¿Qué dices?

—¡Lo que V. oye! Mi marido no está en casa; pero yo me basto para hacerla respetar. ¡Márchese V. por donde ha venido, si no quiere que yo le arroje otra vez al agua con mis propias manos!

—¡Chica, chica! ¡No grites tanto, que no soy sordo! —exclamó el viejo libertino—. ¡Cuando yo estoy aquí, por algo será!... Vengo a libertar al tío Lu-

cas, a quien ha preso por equivocación un Alcalde de monterilla... Pero, ante todo, necesito que me seques estas ropas... ¡Estoy calado hasta los huesos!

—¡Le digo a V. que se marche!

—¡Calla, tonta!... ¿Qué sabes tú? Mira..., aquí te traigo un nombramiento de tu sobrino... Enciende la lumbre, y hablaremos... Por lo demás, mientras se seca la ropa, yo me acostaré en esta cama...

—¡Ah, ya! ¿Conque declara V. que venía por mí? ¿Conque declara V. que para eso ha mandado arrestar a mi Lucas? ¿Conque traía V. su nombramiento y todo? ¡Santos y Santas del cielo! ¿Qué se habrá figurado de mí este mamarracho?

—¡Frasquita! ¡Soy el Corregidor!

—¡Aunque fuera V. el Rey! A mí, ¿qué? ¡Yo soy la mujer de mi marido, y el ama de mi casa! ¿Cree V. que yo me asusto de los Corregidores? ¡Yo sé ir a Madrid, y al fin del mundo, a pedir justicia contra el viejo insolente que así arrastra su autoridad por los suelos! Y, sobre todo, yo sabré mañana ponerme la mantilla, e ir a ver a la señora Corregidora...

—¡No harás nada de eso! —repuso el Corregidor, perdiendo la paciencia, o mudando de táctica—. No harás nada de eso; porque yo te pegaré un tiro, si veo que no entiendes de razones...

—¡Un tiro! —exclamó la señá Frasquita con voz sorda.

—Un tiro, sí... Y de ello no me resultará perjuicio alguno. Casualmente he dejado dicho en la ciudad que salía esta noche a caza de criminales... ¡Conque no seas necia..., y quiéreme..., como yo te adoro!

—Señor Corregidor; ¿un tiro? —volvió a decir la navarra, echando los brazos atrás y el cuerpo hacia adelante, como para lanzarse sobre su adversario.

—Si te empeñas, te lo pegaré, y así me veré libre de tus amenazas y de tu hermosura... —respondió el Corregidor, lleno de miedo y sacando un par de cachorrillos.

—¿Conque pistolas también? ¡Y en la otra faltriquera el nombramiento de mi sobrino! —dijo la señá Frasquita, moviendo la cabeza de arriba abajo—. Pues, señor, la elección no es dudosa. Espere Usía un momento; que voy a encender la lumbre.

Y, así hablando, se dirigió rápidamente a la escalera y la bajó en tres brincos.

El Corregidor cogió la luz, y salió detrás de la Molinera, temiendo que se escapara; pero tuvo que bajar mucho más despacio, de cuyas resultas, cuando llegó a la cocina, tropezó con la navarra, que volvía ya en su busca.

—¿Conque decía V. que me iba a pegar un tiro? —exclamó aquella indomable mujer dando un paso atrás—. Pues, ¡en guardia, caballero; que yo ya lo estoy!

Dijo, y se echó a la cara el formidable trabuco que tanto papel representa en esta historia.

—¡Detente, desgraciada! ¿Qué vas a hacer? —gritó el Corregidor, muerto de susto—. Lo de mi tiro era una broma... Mira... Los cachorrillos están descargados. En cambio, es verdad lo del nombramiento... Aquí lo tienes... Tómalo... Te lo regalo... Tuyo es... de balde, enteramente de balde...

Y lo colocó temblando sobre la mesa.

—¡Ahí está bien! —repuso la navarra—. Mañana me servirá para encender la lumbre, cuando le guise el almuerzo a mi marido. ¡De usted no quiero ya ni la gloria; y, si mi sobrino viniese alguna vez de Estella, sería para pisotearle a usted la fea mano con que ha escrito su nombre en ese papel indecente! ¡Ea, lo dicho! ¡Márchese V. de mi casa! ¡Aire! ¡Aire! ¡Pronto!... ¡Que ya se me sube la pólvora a la cabeza!

El Corregidor no contestó a este discurso. Habíase puesto lívido, casi azul; tenía los ojos torcidos, y un temblor como de terciana agitaba todo su cuerpo. Por último, principió a castañetear los dientes, y cayó al suelo, presa de una convulsión espantosa.

El susto del caz, lo muy mojadas que seguían todas sus ropas, la violenta escena del dormitorio, y el miedo al trabuco con que le apuntaba la navarra, habían agotado las fuerzas del enfermizo anciano.

—¡Me muero! —balbuceó—. ¡Llama a *Garduña*!... Llama a *Garduña*, que estará ahí... en la ramblilla... ¡Yo no debo morir en esta casa!...

No pudo continuar. Cerró los ojos, y se quedó como muerto.

—¡Y se morirá como lo dice! —prorrumpió la señá Frasquita—. Pues, señor, ¡ésta es la más negra! ¿Qué hago yo ahora con este hombre en mi casa? ¿Qué dirían de mí, si se muriese? ¿Qué diría Lucas?... ¿Cómo podría justificarme, cuando yo misma le he abierto la puerta? ¡Oh, no!... Yo no debo quedarme aquí con él. ¡Yo debo buscar a mi marido; yo debo escandalizar el mundo antes de comprometer mi honra!

Tomada esta resolución, soltó el trabuco, fuese al corral, cogió la burra que quedaba en él, la aparejó de cualquier modo, abrió la puerta grande de la cerca, montó de un salto, a pesar de sus carnes, y se dirigió a la ramblilla.

—¡Garduña! ¡Garduña! —iba gritando la navarra, conforme se acercaba a aquel sitio.

—¡Presente! —respondió al cabo el Alguacil, apareciendo detrás de un seto—. ¿Es usted, señá Frasquita?

—Sí, soy yo. ¡Ve al molino y socorre a tu amo, que se está muriendo!...

—¿Qué dice usted? ¡Vaya un maula!

—Lo que oyes, *Garduña*...

—¿Y usted, alma mía? ¿Adónde va a estas horas?

—¿Yo?... ¡Quita allá, badulaque! ¡Yo voy a la Ciudad por un médico!—contestó la señá Frasquita, arreando la burra con un talonazo y a *Garduña* con un puntapié.

Y tomó..., no el camino de la Ciudad, como acababa de decir, sino el del lugar inmediato.

Garduña no reparó en esta última circunstancia, pues iba ya dando zancajadas hacia el molino y discurriendo al par de esta manera:

—¡Va por un médico!... ¡La infeliz no puede hacer más! ¡Pero él es un pobre hombre! ¡Famosa ocasión de ponerse malo!... ¡Dios le da confites a quien no puede roerlos!

XXII

“GARDUÑA” SE MULTIPLICA

Cuando *Garduña* llegó al molino el Corregidor principiaba a volver en sí, procurando levantarse del suelo. En el suelo también, y a su lado, estaba el velón encendido que bajó Su Señoría del dormitorio.

—¿Se ha marchado ya? —fué la primera frase de Don Eugenio.

—¿Quién?

—¡El demonio!... Quiero decir, la Molinera...

—Sí, señor... Ya se ha marchado...; y no creo que iba de muy buen humor...

—¡Ay, *Garduña*! Me estoy muriendo...

—Pero, ¿qué dice Usía? ¡Por vida de los hombres!...

—Me he caído en el caz, y estoy hecho una sopa...
¡Los huesos se me parten de frío!

—¡Toma, toma! ¡Ahora salimos con eso!

—¡*Garduña*!... ¡Ve lo que te dices!...

—Yo no digo nada, señor...

—Pues bien: sácame de este apuro...

—Voy volando... ¡Verá Usía qué pronto lo arreglo todo!

Así dijo el Alguacil, y, en un periquete, cogió la luz con una mano, y con la otra se metió al Corregidor debajo del brazo; subiolo al dormitorio; púsolo en cueros; acostólo en la cama; corrió el jaraiz; reunió un brazado de leña; fué a la cocina; hizo una gran lumbre; bajó todas las ropas de su amo; colocólas en los espaldares de dos o tres sillas; encendió un candil; lo colgó de la espetera, y tornó a subir a la cámara.

—¿Qué tal vamos? —preguntóle entonces a Don Eugenio, levantando en alto el velón para verle mejor el rostro.

—¡Admirablemente! ¡Conozco que voy a sudar! ¡Mañana te ahorco, *Garduña*!

—¿Por qué, señor?

—¿Y te atreves a preguntármelo? ¿Crees tú que, al seguir el plan que me trazaste, esperaba yo acostarme solo en esta cama, después de recibir por segunda vez el sacramento del bautismo? ¡Mañana mismo te ahorco!

—Pero cuénteme Usía algo... ¿La señá Frasquita?...

—La señá Frasquita ha querido asesinarme. ¡Es todo lo que he logrado con tus consejos! Te digo que te ahorco mañana por la mañana.

—¡Algo menos será, señor Corregidor! —repuso el Alguacil.

—¿Por qué lo dices, insolente? ¿Porque me ves aquí postrado?

—No, señor. Lo digo porque la señá Frasquita no ha debido mostrarse tan inhumana como Usía cuenta, cuando ha ido a la Ciudad a buscarle un médico...

—¡Dios santo! ¿Estás seguro de que ha ido a la Ciudad? —exclamó Don Eugenio más aterrado que nunca.

—A lo menos, eso me ha dicho ella...

—¡Corre, corre, *Garduña*! ¡Ah! ¡Estoy perdido sin remedio! ¿Sabes a qué va la señá Frasquita a la Ciudad? ¡A contárselo todo a mi mujer!... ¡A decirle que estoy aquí! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Cómo había yo de figurarme esto? ¡Yo creí que se habría ido al Lugar en busca de su marido; y, como lo tengo allí a buen recaudo, nada me importaba su viaje. Pero ¡irse a la Ciudad!... ¡*Garduña*, corre, corre..., tú que eres andarín, y evita mi perdición! ¡Evita que la terrible Molinera entre en mi casa!

—¿Y no me ahorcará Usía si lo consigo? —preguntó irónicamente el Alguacil.

—¡Al contrario! ¡Te regalaré unos zapatos en buen uso, que me están grandes! ¡Te regalaré todo lo que quieras!

—Pues voy volando. Duérmase Usía tranquilo. Dentro de media hora estoy aquí de vuelta, después de dejar en la cárcel a la navarra. ¡Para algo soy más ligero que una borrica!

Dijo *Garduña*, y desapareció por la escalera abajo.

Se cae de su peso que durante aquella ausencia del Alguacil, fué cuando el Molinero estuvo en el molino y vió visiones por el ojo de la llave.

Dejemos, pues, al Corregidor sudando en el lecho ajeno, y a *Garduña* corriendo hacia la Ciudad (adonde tan pronto había de seguirle el tío Lucas con sombrero de tres picos y capa de grana), y, convertidos también nosotros en andarines, volemós con dirección al Lugar, en seguimiento de la valerosa señá Frasquita.

XXIII

OTRA VEZ EL DESIERTO Y LAS CONSABIDAS VOCES

La única aventura que le ocurrió a la navarra en su viaje desde el molino al pueblo, fué asustarse un poco al notar que alguien echaba yescas en medio de un sembrado.

—¿Si será un esbirro del Corregidor? ¿Si irá a detenerme? —pensó la Molinera.

En esto se oyó un rebuzno hacia aquel mismo lado.

—¡Burros en el campo a estas horas! —siguió pensando la señá Frasquita—. Pues lo que es por aquí no hay ninguna huerta ni cortijo... —¡Vive Dios que los duendes se están despachando esta noche a su gusto! Porque la borrica de mi marido no puede ser... ¿Qué haría mi Lucas, a medianoche, parado fuera del camino? —¡Nada! ¡nada! ¡Indudablemente es un espía!

La burra que montaba la señá Frasquita creyó oportuno rebuznar también en aquel instante.

—¡Calla, demonio! —le dijo la navarra, clavándole un alfiler de a ochavo en mitad de *la cruz*.

Y, temiendo algún encuentro que no le conviniese, sacó también su bestia fuera del camino y la hizo trotar por otros sembrados.

XXIV

UN REY DE ENTONCES

Hallábase ya durmiente la mona el señor Alcalde, vuelta la espalda a la espalda de su mujer (y formando así con ésta la figura de *águila austríaca de dos cabezas* que dice nuestro inmortal Quevedo), cuando Toñuelo llamó a la puerta de la cámara nupcial, y avisó al señor Juan López que la señá Frasquita, *la del molino*, quería hablarle.

No tenemos para qué referir todos los gruñidos y juramentos inherentes al acto de despertar y vestirse el Alcalde de monterilla, y nos trasladamos desde luego al instante en que la Molinera lo vió llegar, desperezándose como un gimnasta que ejercita la musculatura, y exclamando en medio de un bostezo interminable:

—¡Téngalas V. muy buenas, señá Frasquita! ¿Qué le trae a V. por aquí? ¿No le dijo a V. Toñuelo que se quedase en el molino? ¿Así desobedece V. a la Autoridad?

—¡Necesito ver a mi Lucas! —respondió la navarra—. ¡Necesito verlo al instante! ¡Que le digan que está aquí su mujer!

—¡Necesito!, ¡necesito! Señora, ¡a usted se le olvida que está hablando con el Rey!...

—¡Déjeme usted a mi de reyes, señor Juan, que no estoy para bromas! ¡Demasiado sabe usted lo que me sucede! ¡Demasiado sabe para qué ha preso a mi marido!

—Yo no sé nada, señá Frasquita... Y en cuanto a su

marido de usted, no está preso, sino durmiendo tranquilamente en esta su casa, y tratado como yo trato a las personas. ¡A ver, Toñuelo! ¡Toñuelo! Anda al pajar, y dile al tío Lucas que se despierte y venga corriendo... Conque vamos... ¡Cuénteme usted lo que pasa!... ¿Ha tenido usted miedo de dormir sola?

—¡No sea usted desvergonzado, señor Juan! ¡Demasiado sabe usted que a mí no me gustan sus bromas ni sus veras! Lo que me pasa es una cosa muy sencilla: que usted y el Corregidor han querido perderme; ¡pero que se han llevado un solemne chasco! ¡Yo estoy aquí sin tener de qué abochornarme, y el señor Corregidor se queda en el molino muriéndose!...

—¡Muriéndose el Corregidor! —exclamó su subordinado—. Señora, ¿sabe usted lo que se dice?

—¡Lo que usted oye! Se ha caído en el caz, y casi se ha ahogado, o ha cogido una pulmonía, o yo no sé... ¡Eso es cuenta de la Corregidora! Yo vengo a buscar a mi marido, sin perjuicio de salir mañana mismo para Madrid, donde le contaré al Rey...

—¡Demonio, demonio! —murmuró el señor Juan López—. ¡A ver, Manuela!... ¡Muchacha!... Anda y apárrame la mulilla... Señá Frasquita, al molino voy... ¡Desgraciada de V. si le ha hecho algún daño al señor Corregidor!

—¡Señor Alcalde, señor Alcalde! —exclamó en esto Toñuelo, entrando más muerto que vivo—. El tío Lucas no está en el pajar. Su burra no se halla tampoco en los pesebres, y la puerta del corral está abierta... ¡De modo que el pájaro se ha escapado!

—¿Qué estás diciendo? —gritó el señor Juan López.

—¡Virgen del Carmen! ¿Qué va a pasar en mi casa? —exclamó la señá Frasquita—. ¡Corramos, señor Alcalde; no perdamos tiempo!... Mi marido va a matar al Corregidor al encontrarlo allí a estas horas...

—¿Luego V. cree que el tío Lucas está en el molino?

—¿Pues no lo he de creer? Digo más... cuando yo venía me he cruzado con él sin conocerlo. ¡Él era sin duda uno que echaba yescas en medio de un sembrado! ¡Dios mío! ¡Cuando piensa una que los animales tienen más entendimiento que las personas! Porque ha de saber usted, señor Juan, que indudablemente nuestras dos

burras se reconocieron y se saludaron, mientras que mi Lucas y yo ni nos saludamos ni nos reconocimos... ¡Antes bien huímos el uno del otro, tomándonos mutuamente por espías!...

—¡Bueno está su Lucas de V! —replicó el alcalde—. En fin, vamos andando, y ya veremos lo que hay que hacer con todos ustedes. ¡Connmigo no se juega! ¡Yo soy el Rey!... Pero no un Rey como el que ahora tenemos en Madrid, o sea en El Pardo, sino como aquel que hubo en Sevilla, a quien llamaban Don Pedro el Cruel. ¡A ver, Manuela! ¡Tráeme el bastón, y dile a tu ama que me marchó!

Obedeció la sirvienta —que era por cierto más buena moza de lo que convenía a la Alcaldesa y a la moral—, y, como la mulilla del señor Juan López estuviese ya aparejada, la señá Frasquita y él salieron para el molino, seguidos del indispensable Toñuelo.

XXV

LA ESTRELLA DE "GARDUÑA"

Precedámosles nosotros, supuesto que tenemos carta blanca para andar más de prisa que nadie.

Garduña se hallaba ya de vuelta en el molino, después de haber buscado a la señá Frasquita por todas las calles de la Ciudad.

El astuto Alguacil había tocado de camino en el Corregimiento, donde lo encontró todo muy sosegado. Las puertas seguían abiertas como en medio del día, según es costumbre cuando la autoridad está en la calle ejerciendo sus sagradas funciones. Dormitaban en la meseta de la escalera y en el recibimiento otros alguaciles y ministros, esperando descansadamente a su amo; mas, cuando sintieron llegar a *Garduña*, desperezáronse dos o tres de ellos, y le preguntaron al que era su decano y jefe inmediato:

—¿Viene ya el Señor?

—¡Ni por asomo! Estaos quietos. Vengo a saber si ha habido novedad en la casa...

—Ninguna.

—¿Y la Señora?

—Recogida en sus aposentos.

—¿No ha entrado una mujer por estas puertas hace poco?

—Nadie ha aparecido por aquí en toda la noche...

—Pues no dejéis entrar a persona alguna, sea quien sea y diga lo que diga. ¡Al contrario! Echadle mano al mismo lucero del alba que venga a preguntar por el Señor o por la Señora, y llevadlo a la cárcel.

—¿Parece que esta noche se anda a caza de pájaros de cuenta? —preguntó uno de los esbirros.

—¡Caza mayor! —añadió otro.

—¡Mayúscula! —respondió Garduña solemnemente—. ¡Figuraos si la cosa será delicada, cuando el señor Corregidor y yo hacemos la batida por nosotros mismos!... Conque... hasta luego, buenas piezas, y ¡mucho ojo!

—Vaya usted con Dios, señor Bastián —repusieron todos, saludando a *Garduña*.

—¡Mi estrella se eclipsa! —murmuró éste al salir del Corregimiento—. ¡Hasta las mujeres me engañan! La Molinera se encaminó al Lugar en busca de su esposo, en vez de venirse a la Ciudad... ¡Pobre *Garduña*! ¿Qué se ha hecho de tu olfato?

Y, discurriendo de este modo, tomó la vuelta del molino.

Razón tenía el Alguacil, para echar de menos su antiguo olfato, pues que no venteó a un hombre que se escondía en aquel momento detrás de unos mimbres, a poca distancia de la ramblilla, y el cual exclamó para su capote, o más bien para su capa de grana:

—¡Guarda, Pablo! ¡Por allí viene *Garduña*!... Es menester que no me vea...

Era el tío Lucas, vestido de Corregidor, que se dirigía a la ciudad, repitiendo de vez en cuando su diabólica frase:

—¡También la Corregidora es guapa!

Pasó *Garduña* sin verlo, y el falso Corregidor dejó su escondite y penetró en la población...

Poco después llegaba el Alguacil al molino, según dejamos indicado.

XXVI

REACCIÓN

El Corregidor seguía en la cama, tal y como acababa de verlo el tío Lucas por el ojo de la llave.

—¡Qué bien sudo, *Garduña!* ¡Me he salvado de una enfermedad! —exclamó tan luego como penetró el Alguacil en la estancia—. ¿Y la señá Frasquita? ¿Has dado con ella? ¿Viene contigo? ¿Ha hablado con la Señora?

—La Molinera, Señor —respondió *Garduña* con angustiado acento—, me engañó como a un pobre hombre; pues no se fué a la Ciudad, sino al pueblecillo..., en busca de su esposo. Perdone Usía la torpeza...

—¡Mejor!, ¡mejor! —dijo el madrileño con los ojos chispeantes de maldad—. ¡Todo se ha salvado entonces! Antes de que amanezca estarán caminando para las cárceles de la Inquisición, atados codo con codo, el tío Lucas y la señá Frasquita, y allí se pudrirán sin tener a quien contarle sus aventuras de esta noche. Tráeme la ropa, *Garduña*, que ya estará seca... ¡Tráemela, y vísteme! ¡El amante se va a convertir en Corregidor!...

Garduña bajó a la cocina por la ropa.

.....

XXVII

¡FAVOR AL REY!

Entretanto, la señá Frasquita, el señor Juan López y Toñuelo avanzaban hacia el molino, al cual llegaron pocos minutos después.

—¡Yo entraré delante! —exclamó el Alguacil de monterilla—. ¡Para algo soy la Autoridad! Sígueme, Toñuelo, y usted, señá Frasquita, espérese a la puerta hasta que yo la llame.

Penetró, pues, el señor Juan López bajo la parra, donde vió a la luz de la luna un hombre casi jorobado, vestido como solía el Molinero, con chupetín y calzón de paño pardo, faja negra, medias azules, montera murciana de felpa, y el capote de monte al hombro.

—¡Él es! —gritó el Alcalde—. ¡Entréguese usted, tío Lucas!

El hombre de la montera intentó meterse en el molino.

—¡Date! —gritó a su vez Toñuelo, saltando sobre él, tomándolo por el pescuezo, aplicándole una rodilla al espinazo y haciéndole rodar por tierra.

Al mismo tiempo, otra especie de fiera saltó sobre Toñuelo, y, agarrándolo de la cintura, lo tiró sobre el empedrado y principió a darle de bofetones.

Era la señá Frasquita, que exclamaba:

—¡Tunante! ¡Deja a mi Lucas!

Pero, en esto, otra persona, que había aparecido llevando del diestro una borrica, metióse resueltamente entre los dos, y trató de salvar a Toñuelo...

Era *Garduña*, que, tomando al Alguacil del lugar por don Eugenio de Zúñiga, le decía a la Molinera:

—¡Señora, respete usted a mi amo!

Y la derribó de espaldas sobre el lugareño.

La seña Frasquita, viéndose entre dos fuegos, descargó entonces a *Garduña* tal revés en medio del estómago, que le hizo caer de boca tan largo como era.

Y, con él, ya eran cuatro las personas que rodaban por el suelo.

El señor Juan López impedía entretanto levantarse al supuesto tío Lucas, teniéndole plantado un pie sobre los riñones.

—¡*Garduña*! ¡Socorro! ¡Favor al Rey! ¡Yo soy el Corregidor! —gritó al fin Don Eugenio, sintiendo que la pezuña del Alcalde, calzada con albarca de piel de toro, lo reventaba materialmente.

—¡El Corregidor! ¡Pues es verdad! —dijo el señor Juan López, lleno de asombro...

—¡El Corregidor! —repiteieron todos.

Y pronto estuvieron de pie los cuatro derribados.

—¡Todo el mundo a la cárcel! —exclamó Don Eugenio de Zúñiga—. ¡Todo el mundo a la horca!

—Pero, Señor... —observó el señor Juan López, poniéndose de rodillas—. ¡Perdóneme Usía que lo haya maltratado! ¡Cómo había de conocer a Usía con esa ropa tan ordinaria?

—¡Bárbaro! —replicó el Corregidor—: ¡alguna había de ponerme! ¿No sabes que me han robado la mía? ¿No sabes que una compañía de ladrones, mandada por el tío Lucas...

—¡Miente usted! —gritó la navarra.

—Escúcheme usted, seña Frasquita —le dijo *Garduña* llamándola aparte—. Con permiso del señor Corregidor y la compañía... ¡Si usted no arregla esto, nos van a ahorcar a todos, empezando por el tío Lucas!...

—Pues ¿qué ocurre? —preguntó la seña Frasquita.

—Que el tío Lucas anda a estas horas por la Ciudad vestido de Corregidor..., y que Dios sabe si habrá llegado con su disfraz hasta el propio dormitorio de la Corregidora.

Y el Alguacil le refirió en cuatro palabras todo lo que ya sabemos.

—¡Jesús! —exclamó la Molinera—. ¡Conque mi marido me cree deshonrada! ¡Conque ha ido a la Ciudad a vengarse! ¡Vamos, vamos a la Ciudad, y justificadme a los ojos de mi Lucas!

—¡Vamos a la Ciudad, e impidamos que ese hombre hable con mi mujer y le cuente todas las majaderías que se haya figurado! —dijo el Corregidor, arrimándose a una de las burras—. Deme V. un pie para montar, señor Alcalde.

—Vamos a la Ciudad, sí... —añadió *Garduña*—; ¡y quiera el cielo, señor Corregidor, que el tío Lucas se haya contentado con hablarle a la Señora!

—¿Qué dices, desgraciado? —prorrumpió Don Eugenio de Zúñiga—. ¿Crees tú a ese villano capaz?...

—¡De todo! —contestó la señá Frasquita.

XXVIII

¡AVE MARÍA PURÍSIMA! ¡LAS DOCE Y MEDIA Y
SERENO!

Así gritaba por las calles de la Ciudad quien tenía facultades para tanto, cuando la Molinera y el Corregidor, cada cual en una de las burras del molino, el señor Juan López en su mula, y los dos Alguaciles andando, llegaron a la puerta del Corregimiento.

La puerta estaba cerrada.

Dijérase que para el gobierno, lo mismo que para los gobernados, había concluído todo por aquel día.

—¡Malo! —pensó *Garduña*.

Y llamó con el aldabón dos o tres veces.

Pasó mucho tiempo, y ni abrieron ni contestaron.

La señá Frasquita estaba más amarilla que la cera.

El Corregidor se había comido ya todas las uñas de ambas manos.

Nadie decía una palabra,

¡Pum!... ¡Pum!... ¡Pum!... golpes y más golpes a la puerta del Corregimiento —aplicados sucesivamente por los dos Alguaciles y por el señor Juan López—... ¡Y nada! ¡No respondía nadie! ¡No abrían! ¡No se movía una mosca!

Sólo se oía el claro rumor de los caños de una fuente que había en el patio de la casa.

Y de esta manera transcurrían minutos, largos como eternidades.

Al fin, cerca de la una, abrióse un ventanillo del piso segundo, y dijo una voz femenina:

—¿Quién?

—Es la voz del ama de leche... —murmuró *Garduña*.

—¡Yo! —respondió Don Eugenio de Zúñiga—. ¡Abrid!

Pasó un instante de silencio.

—¿Y quién es usted? —replicó luego la nodriza.

—¿Pues no me está V. oyendo? ¡Soy el amo!... ¡el Corregidor!...

Hubo una pausa.

—¡Vaya usted mucho con Dios! —repuso la buena mujer—. Mi amo vino hace una hora, y se acostó en seguida. ¡Acuéstense ustedes también, y duerman el vino que tendrán en el cuerpo!

Y la ventana se cerró de golpe.

La señá Frasquita se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ama! —tronó el Corregidor, fuera de sí—. ¿No oye V. que le digo que abra la puerta? ¿No oye V. que soy yo? ¿Quiere usted que la ahorque también?

La ventana volvió a abrirse.

—Pero vamos a ver... —expuso el ama—. ¿Quién es V. para dar esos gritos?

—¡Soy el Corregidor!

—¡Dale, bola! ¿No le digo a V. que el señor Corregidor vino antes de las doce..., y que yo lo vi con mis propios ojos encerrarse en las habitaciones de la Señora? ¿Se quiere usted divertir conmigo? ¡Pues espere V...., y verá lo que le pasa!

Al mismo tiempo se abrió repentinamente la puerta, y una nube de criados y ministriles, provistos de sendos garrotes, se lanzó sobre los de afuera, exclamando furiosamente:

—¡A ver! ¿Dónde está ése que dice que es el Corregidor? ¿Dónde está ese chusco? ¿Dónde está ese borracho?

Y se armó un lío de todos los demonios en medio de la obscuridad, sin que nadie pudiera entenderse, y no dejando de recibir algunos palos el Corregidor, *Garduña*, el señor Juan López y Toñuelo.

Era la segunda paliza que le costaba a Don Eugenio su aventura de aquella noche, además del remojón que se dió en el caz del molino.

La señá Frasquita, apartada de aquel laberinto, lloraba por la primera vez de su vida...

—¡Lucas! ¡Lucas! —decía—. ¡Y has podido dudar de mí! ¡Y has podido estrechar en tus brazos a otra! ¡Ah! ¡Nuestra desventura no tiene ya remedio!

XXIX

POST NUBILA... DIANA

—¿Qué escándalo es éste? —dijo al fin una voz tranquila, majestuosa y de gracioso timbre, resonando encima de aquella baraúnda.

Todos levantaron la cabeza, y vieron a una mujer vestida de negro, asomada al balcón principal del edificio.

—¡La Señora! —dijeron los criados, suspendiendo la retreta de palos.

—¡Mi mujer! —tartamudeó Don Eugenio.

—Que pasen esos rústicos... El señor Corregidor dice que lo permite... —agregó la Corregidora.

Los criados cedieron el paso, y el de Zúñiga y sus acompañantes penetraron en el portal y tomaron por la escalera arriba.

Ningún reo ha subido al patíbulo con paso tan inseguro y semblante tan demudado como el Corregidor subía las escaleras de su casa. Sin embargo, la idea de su deshonra principiaba ya a descollar, con noble egoísmo, por encima de todos los infortunios que había causado

y que lo afligían y sobre las demás ridiculeces de la situación en que se hallaba...

—¡Antes que todo —iba pensando—, soy un Zúñiga y un Ponce de León!... ¡Ay de aquellos que lo hayan echado en olvido! ¡Ay de mi mujer, si ha mancillado mi nombre!

XXX

UNA SEÑORA DE CLASE

La Corregidora recibió a su esposo y a la rústica comitiva en el salón principal del Corregimiento.

Estaba sola, de pie, y con los ojos clavados en la puerta.

Érase una principalísima dama, bastante joven todavía, de plácida y severa hermosura, más propia del pincel cristiano que del pincel gentilico, y estaba vestida con toda la nobleza y seriedad que consentía el gusto de la época. Su traje, de corta y estrecha falda y mangas huecas y subidas, era de alepín negro: una pañoleta de blonda blanca, algo amarillenta, velaba sus admirables hombros, y larguísimos maniquetes o mitones de tul negro cubrían la mayor parte de sus alabastrinos brazos. Abanicábase majestuosamente con un pericón enorme, traído de las islas Filipinas, y empuñaba con la otra mano un pañuelo de encaje, cuyos cuatro picos colgaban simétricamente con una regularidad sólo comparable a la de su actitud y menores movimientos.

Aquella hermosa mujer tenía algo de reina y mucho de abadesa, e infundía por ende veneración y miedo a cuantos la miraban. Por lo demás, el atildamiento de su traje a semejante hora, la gravedad de su continente y las muchas luces que alumbraban el salón demostraban que la Corregidora se había esmerado en dar a aquella escena una solemnidad teatral y un tinte ceremonio-

so que contrastasen con el carácter villano y grosero de la aventura de su marido.

Advertiremos, finalmente, que aquella señora se llamaba Doña Mercedes Carrillo de Albornoz y Espinosa de los Monteros, y que era hija, nieta, biznieta, tataranieta y hasta vigésima nieta de la Ciudad, como descendiente de sus ilustres conquistadores. Su familia, por razones de vanidad mundana, la había inducido a casarse con el viejo y acaudalado Corregidor, y ella, que de otro modo hubiera sido monja, pues su vocación natural la iba llevando al claustro, consintió en aquel doloroso sacrificio.

A la sazón tenía ya dos vástagos del arriscado madrileño, y aún se susurraba que había otra vez moros en la costa...

Conque volvamos a nuestro cuento...

XXXI

LA PENA DEL TALIÓN

—¡Mercedes! —exclamó el Corregidor al comparecer delante de su esposa—. Necesito saber inmediatamente...

—¡Hola, tío Lucas! ¿V. por aquí? —dijo la Corregidora, interrumpiéndole—. ¿Ocurre alguna desgracia en el molino?

—¡Señora!, ¡no estoy para chanzas! —repuso el Corregidor hecho una fiera—. Antes de entrar en explicaciones por mi parte, necesito saber qué ha sido de mi honor...

—¡Ésa no es cuenta mía! ¿Acaso me lo ha dejado usted a mí en depósito?

—Sí, señora... ¡A V.! —replicó Don Eugenio—. ¡Las mujeres son depositarias del honor de sus maridos!

—Pues entonces, mi querido tío Lucas, pregúntele usted a su mujer... Precisamente nos está escuchando.

La señá Frasquita, que se había quedado a la puerta del salón, lanzó una especie de rugido.

—Pase usted, señora, y siéntese... —añadió la Corregidora, dirigiéndose a la Molinera con dignidad soberana.

Y, por su parte, encaminóse al sofá.

La generosa navarra supo comprender desde luego toda la grandeza de la actitud de aquella esposa injuriada... e injuriada acaso doblemente... Así es que, alzándose en el acto a igual altura, dominó sus naturales ímpetus, y guardó un silencio decoroso. Esto sin contar con que la señá Frasquita, segura de su inocencia y de su fuerza, no tenía prisa de defenderse. Tenía, sí, de acusar; y mucha...; pero no ciertamente a la Corregidora. ¡Con quien ella deseaba ajustar cuentas era con el tío Lucas... y el tío Lucas no estaba allí!

—Señá Frasquita... —repitió la noble dama, al ver que la Molinera no se había movido de su sitio—: le he dicho a V. que puede pasar y sentarse.

Esta segunda indicación fué hecha con voz más afectuosa y sentida que la primera... Dijérase que la Corregidora había adivinado también por instinto, al fijarse en el reposado continente y en la varonil hermosura de aquella mujer, que no iba a habérselas con un ser bajo y despreciable, sino quizá más bien con otra infortunada como ella; ¡infortunada, sí, por el solo hecho de haber conocido al Corregidor!

Cruzaron, pues, sendas miradas de paz y de indulgencia aquellas dos mujeres que se consideraban dos veces rivales, y notaron con gran sorpresa que sus almas se aplacieron la una en la otra, como dos hermanos que se reconocen.

No de otro modo se divisan y saludan a lo lejos las castas nieves de las encumbradas montañas.

Saboreando estas dulces emociones, la Molinera entró majestuosamente en el salón, y se sentó en el filo de una silla.

A su paso por el molino, previendo que en la Ciudad tendría que hacer visitas de importancia, se había arreglado un poco y puéstose una mantilla de franela negra, con grandes felpones, que le sentaba divinamente. Parecía toda una señora.

Por lo que toca al Corregidor, dicho se está que había guardado silencio durante aquel episodio. El rugido de la señá Frasquita y su aparición en la escena no habían podido menos de sobresaltarlo. ¡Aquella mujer le causaba ya más terror que la suya propia!

—Conque vamos, tío Lucas... —prosiguió Doña Mercedes, dirigiéndose a su marido—. Ahí tiene V. a la señá Frasquita... ¡Puede V. preguntarle aquello de su honra!

—Mercedes, ¡por los clavos de Cristo! —gritó el Corregidor—. ¡Mira que tú no sabes de lo que soy capaz! ¡Nuevamente te conjuro a que dejes la broma y me digas todo lo que ha pasado aquí durante mi ausencia! ¿Dónde está ese hombre?

—¿Quién? ¿Mi marido?... Mi marido se está levantando, y ya no puede tardar en venir.

—¡Levantándose! —bramó Don Eugenio.

—¿Se asombra usted? ¿Pues dónde quería usted que estuviese a estas horas un hombre de bien, sino en su casa, en su cama, y durmiendo con su legítima consorte, como manda Dios?

—¡Merceditas! ¡Ve lo que te dices! ¡Repara en que nos están oyendo! ¡Repara en que soy el Corregidor!...

—¡A mí no me dé V. voces, tío Lucas, o mandaré a los Alguaciles que lo lleven a la cárcel! —replicó la Corregidora, poniéndose de pie.

—¡Yo a la cárcel! ¡Yo! ¡El Corregidor de la Ciudad!

—El Corregidor de la Ciudad, el representante de la Justicia, el apoderado del Rey —repuso la gran señora con una severidad y energía que ahogaron la voz del fingido Molinero—, llegó a su casa a la hora debida, a descansar de las nobles tareas de su oficio, para seguir mañana amparando la honra y la vida de los ciudadanos, la santidad del hogar y el recato de las mujeres, impidiendo de este modo que nadie pueda entrar, disfrazado de Corregidor ni de ninguna otra cosa, en la alcoba de la mujer ajena; que nadie pueda sorprender a la virtud en su descuidado reposo; que nadie pueda abusar de su casto sueño...

—¡Merceditas! ¿Qué es lo que profieres? —silbó el Corregidor con labios y encías—. ¡Si es verdad que ha pasado eso en mi casa, diré que eres una pícara, una pérfida, una licenciosa!

—¿Con quién habla este hombre? —prorrumpió la Corregidora desdeñosamente, y paseando la vista por todos los circunstantes—. ¿Quién es este loco? ¿Quién es este ebrio?... —¡Ni siquiera puedo ya creer que sea un honrado molinero como el tío Lucas, a pesar de que viste su traje de villano! Señor Juan López, créame usted —continuó, encarándose con el Alcalde de monterilla, que estaba aterrado—: mi marido, el Corregidor de la Ciudad, llegó a esta su casa hace dos horas, con su sombrero de tres picos, su capa de grana, su espadín de caballero y su bastón de autoridad... Los criados y alguaciles que me escuchan se levantaron, y lo saludaron al verlo pasar por el portal, por la escalera y por el recibimiento. Cerráronse en seguida todas las puertas, y desde entonces no ha penetrado nadie en mi hogar hasta que llegaron ustedes. ¿Es esto cierto? Responded vosotros...

—¡Es verdad! ¡Es muy verdad! —contestaron la nodriza, los domésticos y los ministriles; todos los cuales, agrupados a la puerta del salón, presenciaban aquella singular escena.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! —gritó Don Eugenio, echando espumarajos de rabia—. ¡Garduña! ¡Garduña! ¡Ven y prende a estos viles que me están faltando al respeto! ¡Todos a la cárcel! ¡Todos a la horca!

Garduña no aparecía por ningún lado.

—Además, señor... —continuó Doña Mercedes, cambiando de tono y dignándose ya mirar a su marido y tratarle como a tal, temerosa de que las chanzas llegarán a irremediables extremos—. Supongamos que V. es mi esposo... Supongamos que V. es Don Eugenio de Zúñiga y Ponce de León...

—¡Lo soy!

—Supongamos, además, que me cupiese alguna culpa en haber tomado por V. al hombre que penetró en mi alcoba vestido de Corregidor...

—¡Infames! —gritó el viejo, echando mano a la espada, y encontrándose sólo con el sitio o sea con la faja del molinero murciano.

La navarra se tapó el rostro con un lado de la mantilla para ocultar las llamaradas de sus celos.

—Supongamos todo lo que V. quiera... —continuó Doña Mercedes con una impasibilidad inexplicable—.

Pero dígame V. ahora, señor mío: ¿Tendría derecho a quejarse? ¿Podría V. acusarme como fiscal? ¿Podría V. sentenciarme como juez? ¿Viene V. acaso del sermón? ¿Viene V. de confesar? ¿Viene V. de oír Misa? ¿De dónde viene V. con ese traje? ¿De dónde viene V. con esa señora? ¿Dónde ha pasado V. la mitad de la noche?

—Con permiso... —exclamó la señá Frasquita, poniéndose de pie como empujada por un resorte, y atravesándose arrogantemente entre la Corregidora y su marido.

Éste, que iba a hablar, se quedó con la boca abierta al ver que la navarra entraba en fuego.

Pero Doña Mercedes se anticipó, y dijo:

—Señora, no se fatigue V. en darme a mí explicaciones... ¡Yo no se las pido a usted, ni mucho menos! Allí viene quien puede pedírselas a justo título... ¡Entiéndase V. con él!

Al mismo tiempo se abrió la puerta de un gabinete, y apareció en ella el tío Lucas, vestido de Corregidor de pies a cabeza, y con bastón, guantes y espadín, como si se presentase en las Salas del Cabildo.

XXXII

LA FE MUEVE LAS MONTAÑAS

—Tengan Vds. muy buenas noches —pronunció el recién llegado, quitándose el sombrero de tres picos, y hablando con la boca sumida, como solía Don Eugenio de Zúñiga.

En seguida se adelantó por el salón, balanceándose en todos sentidos, y fué a besar la mano de la Corregidora.

Todos se quedaron estupefactos. El parecido del tío Lucas con el verdadero Corregidor era maravilloso.

Así es que la servidumbre, y hasta el mismo señor Juan López, no pudieron contener una carcajada.

Don Eugenio sintió aquel nuevo agravio y se lanzó sobre el tío Lucas como un basilisco.

Pero la señá Frasquita metió el montante, apartando al Corregidor con el brazo de marras, y Su Señoría, en evitación de otra voltereta y del consiguiente ludibrio, se dejó atropellar sin decir oxte ni moxte. Estaba visto que aquella mujer había nacido para domadora del pobre viejo.

El tío Lucas se puso más pálido que la muerte al ver que su mujer se le acercaba, pero luego se dominó, y, con una risa tan horrible que tuvo que llevarse la mano al corazón para que no se le hiciese pedazos, dijo remedando siempre al Corregidor:

—¡Dios te guarde, Frasquita! ¿Le has enviado ya a tu sobrino el nombramiento?

¡Hubo que ver entonces a la navarra! Tiróse la mantilla atrás, levantó la frente con soberanía de leona, y, clavando en el falso Corregidor dos ojos como dos puñales:

—¡Te desprecio, Lucas! —le dijo en mitad de la cara. Todos creyeron que le había escupido.

¡Tal gesto, tal ademán y tal tono de voz acentuaron aquella frase!

El rostro del Molinero se transfiguró al oír la voz de su mujer. Una especie de inspiración, semejante a la de la fe religiosa, había penetrado en su alma, inundándola de luz y de alegría... Así es que, olvidándose por un momento de cuanto había visto y creído ver en el molino, exclamó, con lágrimas en los ojos y la sinceridad en los labios:

—¿Conque tú eres mi Frasquita?

—¡No! —respondió la navarra fuera de sí—. ¡Yo no soy ya tu Frasquita! Yo soy... ¡Pregúntaselo a tus hazañas de esta noche, y ellas te dirán lo que has hecho del corazón que tanto te quería!...

Y se echó a llorar, como una montaña de hielo que se hunde y principia a derretirse.

La Corregidora se adelantó hacia ella sin poder contenerse, y la estrechó en sus brazos con el mayor cariño.

La señá Frasquita se puso entonces a besarla, sin saber tampoco lo que se hacía, diciéndole entre sus sollozos, como una niña que busca amparo en su madre:

—¡Señora, señora! ¡Qué desgraciada soy!

—¡No tanto como V. se figura! —contestábale la Corregidora, llorando también generosamente.

—¡Yo sí que soy desgraciado! —gemía al mismo tiempo el tío Lucas, andando a puñetazos con sus lágrimas, como avergonzado de verterlas.

—Pues, ¿y yo? —prorrumpió al fin Don Eugenio, sintiéndose ablandado por el contagioso lloro de los demás, o esperando salvarse también por la vía húmeda; quiero decir, por la vía del llanto—. ¡Ah, yo soy un pícaro!, ¡un monstruo!, ¡un calavera deshecho, que ha llevado su merecido!

Y rompió a berrear tristemente, abrazado a la barriga del señor Juan López.

Y éste y los criados lloraban de igual manera, y todo parecía concluído, y, sin embargo, nadie se había explicado.

XXXIII

PUES ¿Y TÚ?

El tío Lucas fué el primero que salió a flote en aquel mar de lágrimas.

Era que empezaba a acordarse otra vez de lo que había visto por el ojo de la llave.

—¡Señores, vamos a cuentas!... —dijo de pronto.

—No hay cuentas que valgan, tío Lucas... —exclamó la Corregidora—. ¡Su mujer de usted es una bendita!

—Bien..., sí...; pero...

—¡Nada de pero!... Déjela usted hablar, y verá cómo se justifica. Desde que la vi me dió el corazón que era una santa, a pesar de todo lo que usted me había contado...

—¡Bueno, que hable!... —dijo el tío Lucas.

—¡Yo no hablo! —contestó la Molinera—. ¡El que tiene que hablar eres tú!... Porque la verdad es que tú...

Y la señá Frasquita no dijo más, por impedirselo el invencible respeto que le inspiraba la Corregidora.

—Pues ¿y tú?... —respondió el tío Lucas, perdiendo de nuevo toda fe.

—Ahora no se trata de ella... —gritó el Corregidor, tornando también a sus celos—. ¡Se trata de V. y de esta señora!... ¡Ah, Merceditas!... ¿Quién había de decirme que tú...?

—Pues ¿y tú? —repuso la Corregidora, midiéndolo con la vista.

Y durante algunos momentos, los dos matrimonios repitieron cien veces las mismas frases:

—¿Y tú?

—Pues ¿y tú?

—¡Vaya que tú!

—¡No que tú!

—Pero ¿cómo has podido tú?...

Etc., etc., etc.

La cosa hubiera sido interminable, si la Corregidora, revistiéndose de dignidad, no dijese por último a Don Eugenio:

—¡Mira, cállate tú ahora! Nuestra cuestión particular la ventilaremos más adelante. Lo que urge en este momento es devolver la paz al corazón del tío Lucas: cosa muy fácil, a mi juicio; pues allí distingo al señor Juan López y a Toñuelo, que están saltando por justificar a la señá Frasquita.

—¡Yo no necesito que me justifiquen los hombres!— respondió ésta—. Tengo dos testigos de mayor crédito, a quienes no se dirá que he seducido ni sobornado...

—Y ¿dónde están? —preguntó el Molinero.

—Están abajo, en la puerta...

—Pues díles que suban, con permiso de esta señora.

—Las pobres no podrían subir...

—¡Ah! ¡Son dos mujeres!... ¡Vaya un testimonio fidedigno!...

—Tampoco son dos mujeres... Sólo son dos hembras.

—¡Peor que peor! ¡Serán dos niñas!... Hazme el favor de decirme sus nombres.

—La una se llama *Piñona* y la otra *Liviana*.

—¡Nuestras dos burras! Frasquita, ¿te estás riendo de mí?...

—No, que estoy hablando muy formal. Yo puedo probarte, con el testimonio de nuestras burras, que no me hallaba en el molino cuando tú viste en él al señor Corregidor.

—¡Por Dios, te pido que te expliques!...

—¡Oye, Lucas!..., y muérete de vergüenza por haber dudado de mi honradez. Mientras tú ibas esta noche desde el Lugar a nuestra casa, yo me dirigía desde nuestra casa al Lugar, y, por consiguiente, nos cruzamos en el camino. Pero tú marchabas fuera de él, o, por mejor decir, te habías detenido a echar unas yescas en medio de un sembrado...

—¡Es verdad que me detuve!... Continúa.

—En esto rebuznó tu borrica...

—¡Justamente!... ¡Ah, qué feliz soy!... ¡Habla, habla, que cada palabra tuya me devuelve un año de vida!...

—Y a aquel rebuzno le contestó otro en el camino...

—¡Oh, sí, sí!... ¡Bendita seas! ¡Me parece estarlo oyendo!...

—Eran *Liviana* y *Piñona*, que se habían reconocido y se saludaban como buenas amigas, mientras que nosotros dos ni nos saludamos ni nos reconocimos...

—¡No me digas más!... ¡No me digas más!...

—Tan no nos reconocimos —continuó la señá Frasquita—, que los dos nos asustamos y salimos huyendo en direcciones contrarias... ¡Conque ya ves que yo no estaba en el molino! Si quieres saber ahora por qué encontraste al señor Corregidor en nuestra cama, tiente esas ropas que llevas puestas, y que todavía estarán húmedas, y te lo dirán mejor que yo. ¡Su Señoría se cayó en el caz del molino, y *Garduña* lo desnudó y lo acostó allí! Si quieres saber por qué abrí la puerta..., fué porque creí que eras tú el que se ahogaba y me llamaba a gritos. Y, en fin, si quieres saber lo del nombramiento... Pero no tengo más que decir por la presente. Cuando estemos solos, te enteraré de ese y otros particulares... que no debo referir delante de esta señora.

—¡Todo lo que ha dicho la señá Frasquita es la pura verdad! —gritó el señor Juan López, deseando congra-

ciarse con Doña Mercedes, visto que ella imperaba en el Corregimiento.

—¡Todo! ¡Todo! —añadió Toñuelo, siguiendo la corriente de su amo.

—¡Hasta ahora... todo! —agregó el Corregidor, muy complacido de que las explicaciones de la navarra no hubieran ido más lejos...

—¡Conque eres inocente! —exclamaba en tanto el tío Lucas, rindiéndose a la evidencia—. ¡Frasquita mía, Frasquita de mi alma! ¡Perdóname la injusticia, y deja que te dé un abrazo!...

—¡Ésa es harina de otro costal!... —contestó la Molinera, hurtando el cuerpo—. Antes de abrazarte, necesito oír tus explicaciones...

—Yo las daré por él y por mí... —dijo Doña Mercedes.

—¡Hace una hora que las estoy esperando! —profirió el Corregidor, tratando de erguirse.

—Pero no las daré —continuó la Corregidora, volviendo la espalda desdeñosamente a su marido— hasta que estos señores hayan descambiado vestimentas...; y, aun entonces, se las daré tan sólo a quienes merezcan oírlas.

—Vamos... Vamos a descambiar... —díjole el murciano a Don Eugenio, alegrándose de no haberlo asesinado, pero mirándolo todavía con un odio verdaderamente morisco—. ¡El traje de Vuestra Señoría me ahoga! ¡He sido muy desgraciado mientras lo he tenido puesto!

—¡Porque no lo entiendes! —respondióle el Corregidor. —¡Yo estoy, en cambio, deseando ponérmelo, para ahorcarte a ti y a medio mundo, si no me satisfacen las exculpaciones de mi mujer!

La Corregidora, que oyó estas palabras, tranquilizó a la reunión con una suave sonrisa, propia de aquellos afamados ángeles cuyo ministerio es guardar a los hombres.

XXXIV

TAMBIÉN LA CORREGIDORA ES GUAPA

Salido que hubieron de la sala el Corregidor y el tío Lucas, sentóse de nuevo la Corregidora en el sofá; colocó a su lado a la señá Frasquita, y, dirigiéndose a los domésticos y ministriles que obstruían la puerta, les dijo con afable sencillez:

—¡Vaya, muchachos!... Contad ahora vosotros a esta excelente mujer todo lo malo que sepáis de mí.

Avanzó el cuarto estado, y diez voces quisieron hablar a un mismo tiempo; pero el ama de leche, como la persona que más alas tenía en la casa, impuso silencio a los demás, y dijo de esta manera:

—Ha de saber usted, señá Frasquita, que estábamos yo y mi señora esta noche al cuidado de los niños, esperando a ver si venía el amo y rezando el tercer Rosario para hacer tiempo (pues la razón traída por *Garduña* había sido que andaba el señor Corregidor detrás de unos facinerosos muy terribles, y no era cosa de acostarse hasta verlo entrar sin novedad), cuando sentimos ruido de gente en la alcoba inmediata, que es donde mis señores tienen su cama de matrimonio. Cogimos la luz, muertas de miedo, y nos fuimos a ver quién andaba en la alcoba, cuando ¡ay, Virgen del Carmen!, al entrar, vimos que un hombre, vestido como mi Señor, pero que no era él (¡como que era su marido de usted!), trataba de esconderse debajo de la cama. “¡Ladrones!”, principiamos a gritar desafortadamente, y un momento después la habitación estaba llena de gente, y los alga-

ciles sacaban arrastrando de su escondite al fingido Corregidor. Mi señora, que, como todos, había reconocido al tío Lucas, y que lo vió con aquel traje, temió que hubiese matado al amo, y empezó a dar unos lamentos que partían las piedras... “¡A la cárcel! ¡A la cárcel!”, decíamos entretanto los demás. “¡Ladrón! ¡Asesino!”, era la mejor palabra que oía el tío Lucas; y así es que estaba como un difunto, arrimado a la pared, sin decir esta boca es mía. Pero, viendo luego que se lo llevaban a la cárcel, dijo... lo que voy a repetir, aunque verdaderamente mejor sería para callado: “Señora, yo no soy ladrón ni asesino; el ladrón y el asesino... de mi honra está en mi casa, acostado con mi mujer”.

—¡Pobre Lucas! —suspiró la señá Frasquita.

—¡Pobre de mí! —murmuró la Corregidora tranquilamente.

—Eso dijimos todos... “¡Pobre tío Lucas y pobre Señora!”. Porque... la verdad, señá Frasquita, ya teníamos idea de que mi Señor había puesto los ojos en usted..., y, aunque nadie se figuraba que usted...

—¡Ama! —exclamó severamente la Corregidora—. ¡No siga usted por ese camino!...

—Continuaré yo por el otro... —dijo un alguacil, aprovechando aquella coyuntura para apoderarse de la palabra—. El tío Lucas (que nos engañó de lo lindo con su traje y su manera de andar cuando entró en la casa; tanto que todos lo tomamos por el señor Corregidor) no había venido con muy buenas intenciones que digamos, y si la señora no hubiera estado levantada..., figúrese usted lo que habría sucedido...

—¡Vamos! ¡Cállate tú también! —interrumpió la cocinera—. ¡No estás diciendo más que tonterías!... Pues sí, señá Frasquita: el tío Lucas, para explicar su presencia en la alcoba de mi ama, tuvo que confesar las intenciones que traía... ¡Por cierto que la señora no se pudo contener al oírlo y le arrimó una bofetada en medio de la boca, que le dejó la mitad de las palabras dentro del cuerpo! Yo misma le llené de insultos y denuestos, y quise sacarle los ojos... Porque ya conoce usted, señá Frasquita, que, aunque sea su marido de usted, eso de venir con sus manos lavadas...

—¡Eres una bachillera! —gritó el portero, poniéndose delante de la oradora—. ¿Qué más hubieras querido tú? En fin, señá Frasquita: óigame usted a mí, y vamos al asunto. La señora hizo y dijo lo que debía...; pero luego, calmado ya su enojo, compadeciése del tío Lucas y paró mientes en el mal proceder del señor Corregidor, viniendo a pronunciar estas o parecidas palabras: "Por infame que haya sido su pensamiento de usted, tío Lucas, y aunque nunca podré perdonar tanta insolencia, es menester que su mujer de usted y mi esposo crean durante algunas horas que han sido cogidos en sus propias redes, y que usted, auxiliado por ese disfraz, les ha devuelto afrenta por afrenta. ¡Ninguna venganza mejor podemos tomar de ellos que este engaño, tan fácil de desvanecer cuando nos "acomode"!" Adoptada tan graciosa resolución, la señora y el tío Lucas nos aleccionaron a todos de lo que teníamos que hacer y decir cuando volviese Su Señoría; y por cierto que yo le he pegado a Sebastián *Garduña* tal palo en la rabadilla, que creo que no se le olvidará en mucho tiempo la noche de San Simón y San Judas!...

Cuando el portero dejó de hablar, ya hacía rato que la Corregidora y la Molinera cuchicheaban al oído, abrazándose y besándose a cada momento, y no pudiendo en ocasiones contener la risa.

¡Lástima que no se oyera lo que hablaban!... Pero el lector se lo figurará sin gran esfuerzo; y, si no el lector, la lectora.

XXXV

DECRETO IMPERIAL

Regresaron en esto a la sala el Corregidor y el tío Lucas, vestido cada cual con su propia ropa.

—¡Ahora me toca a mí! —entró diciendo el insigne Don Eugenio de Zúñiga.

Y, después de dar en el suelo un par de bastonazos como para recobrar su energía (a guisa de Anteo oficial, que no se sentía fuerte hasta que su caña de Indias tocaba en la tierra), díjole a la Corregidora con un énfasis y una frescura indescriptibles:

—¡Merceditas..., estoy esperando tus explicaciones!

Entretanto, la Molinera se había levantado y le tiraba al tío Lucas un pellizco de paz, que le hizo ver las estrellas, mirándolo al mismo tiempo con desenojados y hechiceros ojos.

El Corregidor, que observara aquella pantomima, quedóse hecho una pieza, sin acertar a explicarse una reconciliación *inmotivada*.

Dirigióse, pues, de nuevo a su mujer, y le dijo, hecho un vinagre:

—¡Señora! ¡Todos se entienden menos nosotros! Sáqueme usted de dudas... ¡Se lo mando como marido y como Corregidor!

Y dió otro bastonazo en el suelo.

—¿Conque se marcha usted? —exclamó Doña Mercedes, acercándose a la señá Frasquita y sin hacer caso de Don Eugenio—. Pues vaya V. descuidada, que este escándalo no tendrá ningunas consecuencias... ¡Rosa!: alumbrá a estos señores, que dicen que se marchan... Vaya V. con Dios, tío Lucas.

—¡Oh, no!... —gritó el de Zúñiga, interponiéndose—. ¡Lo que es el tío Lucas no se marcha! ¡El tío Lucas queda arrestado hasta que sepa yo toda la verdad!... ¡Hola, Alguaciles! ¡Favor al Rey!...

Ni un solo ministro obedeció a Don Eugenio. Todos miraban a la Corregidora.

—¡A ver, hombre! ¡Deja el paso libre! —añadió ésta, pasando casi sobre su marido, y despidiendo a todo el mundo con la mayor finura; es decir, con la cabeza ladeada, cogiéndose la falda con la punta de los dedos, y agachándose graciosamente, hasta completar la reverencia que a la sazón estaba de moda, y que se llamaba *la pompa*.

—Pero yo... Pero tú... Pero nosotros... Pero aquellos... —seguía mascullando el vejete, tirándole a su mujer del vestido y perturbando sus cortesías mejor iniciadas.

¡Inútil afán! ¡Nadie hacía caso de Su Señoría!...

Marchado que se hubieron todos, y solos ya en el salón los desavenidos cónyuges, la Corregidora se dignó al fin decirle a su esposo, con el acento que hubiera empleado una Zarina de todas las Rusias para fulminar sobre un Ministro caído la orden de perpetuo destierro a la Siberia.

—Mil años que vivas, ignorarás lo que ha pasado esta noche en mi alcoba... Si hubieras estado en ella, como era regular, no tendrías necesidad de preguntárselo a nadie. Por lo que a mí toca, no hay, ya, ni habrá jamás, razón ninguna que me obligue a satisfacerte; pues te desprecio de tal modo, que si no fueras el padre de mis hijos, te arrojaría ahora mismo por ese balcón, como te arrojé para siempre de mi dormitorio. Conque, buenas noches, caballero.

Pronunciadas estas palabras, que Don Eugenio oyó sin pestañear (pues lo que es a solas no se atrevía con su mujer), la Corregidora penetró en el gabinete, y del gabinete pasó a la alcoba, cerrando las puertas tras de sí; y el pobre hombre se quedó plantado en medio de la sala, murmurando entre encías (que no entre dientes) y con un cinismo de que no habrá habido otro ejemplo:

—¡Pues señor, no esperaba yo escapar tan bien!... *Garduña* me buscará acomodo!...

XXXVI

CONCLUSIÓN, MORALEJA Y EPILOGO

Piaban los pajarillos saludando el alba, cuando el tío Lucas y la señá Frasquita salían de la Ciudad con dirección a su molino.

Los esposos iban a pie, y delante de ellos caminaban apareadas las dos burras.

—El domingo tienes que ir a confesar —le decía la Molinera a su marido—, pues necesitas limpiarte de todos tus malos juicios y criminales propósitos de esta noche...

—Has pensado muy bien... —contestó el Molinero—. Pero tú, entretanto, vas a hacerme otro favor, y es dar a los pobres los colchones y ropa de nuestra cama, y ponerla toda de nuevo. ¡Yo no me acuesto donde ha sudado aquel bicho venenoso!

—¡No me lo nombres, Lucas! —replicó la señá Frasquita—. Conque hablemos de otra cosa. Quisiera merecerte un segundo favor...

—Pide por esa boca...

—El verano que viene vas a llevarme a tomar los baños del Solán de Cabras.

—¿Para qué?

—Para ver si tenemos hijos.

—¡Felicísima idea!... Te llevaré, si Dios nos da vida.

Y con esto llegaron al molino, a punto que el sol, sin haber salido todavía, doraba ya las cúspides de las montañas.

.....
.....
A la tarde, con gran sorpresa de los esposos, que no esperaban nuevas visitas de altos personajes después de un escándalo como el de la precedente noche, concurrió al molino más señorío que nunca. El venerable Prelado, muchos Canónigos, el Jurisconsulto, dos Priors de frailes y otras varias personas (que luego se supo habían sido convocadas allí por Su Señoría Ilustrísima) ocuparon materialmente la plazoletilla del emparrado.

Sólo faltaba el Corregidor.

Una vez reunida la tertulia, el señor Obispo tomó la palabra, y dijo: que, por lo mismo que habían pasado ciertas cosas en aquella casa, sus Canónigos y él seguirían yendo a ella lo mismo que antes, para que ni los honrados molineros ni las demás personas allí presentes participasen de la censura pública, sólo merecida por aquel que había profanado con su torpe conducta una reunión tan morigerada y tan honesta. Exhortó paternalmente a la señá Frasquita para que en lo sucesivo fuese menos provocativa y tentadora en sus dichos y ademanes, y procurase llevar más cubiertos los brazos y más alto el escote del jubón; aconsejó al tío Lucas más desinterés, mayor circunspección y menos inmodestia en su trato con los superiores; y acabó dando la bendición a todos y diciendo: que, como aquel día no ayu-

naba, se comería con mucho gusto un par de racimos de uvas.

Lo mismo opinaron todos... respecto de este último particular..., y la parra se quedó temblando aquella tarde. ¡En dos arrobas de uvas apreció el gasto el Molinero!...

.....
Cerca de tres años continuaron estas sabrosas reuniones, hasta que, contra la opinión de todo el mundo, entraron en España los ejércitos de Napoleón y se armó la guerra de la Independencia.

El señor Obispo, el Magistral y el Penitenciario murieron el año de 8, y el Abogado y los demás contertulios en los de 9, 10, 11 y 12, por no poder sufrir la vista de los franceses, polacos y otras alimañas que invadieron aquella tierra, ¡y que fumaban en pipa, en el Presbiterio de las Iglesias, durante la Misa de la tropa!...

El Corregidor, que nunca más tornó al molino, fué despedido por un mariscal francés, y murió en la Cárcel de Corte, por no haber querido ni un solo instante —dicho sea en honra suya— transigir con la dominación extranjera.

Doña Mercedes no se volvió a casar, y educó perfectamente a sus hijos, retirándose a la vejez a un convento, donde acabó sus días en opinión de santa.

Garduña se hizo afrancesado.

El señor Juan López fué guerrillero, y mandó una partida, y murió, lo mismo que su alguacil, en la famosa batalla de Baza, después de haber matado muchísimos franceses.

Finalmente: el tío Lucas y la señá Frasquita —aunque no llegaron a tener hijos, a pesar de haber ido al Solán de Cabras y de haber hecho muchos votos y rogativas—, siguieron siempre amándose del propio modo, y alcanzaron una edad muy avanzada, viendo desaparecer el Absolutismo en 1812 y 1820, y reaparecer en 1814 y 1823, hasta que, por último, se estableció de veras el sistema Constitucional a la muerte del Rey Absoluto, y ellos pasaron a mejor vida —precisamente al estallar la guerra civil de los *Siete años*—, sin que los sombreros de copa que ya usaba todo el mundo pudiesen hacerles olvidar aquellos tiempos simbolizados por el sombrero de tres picos...

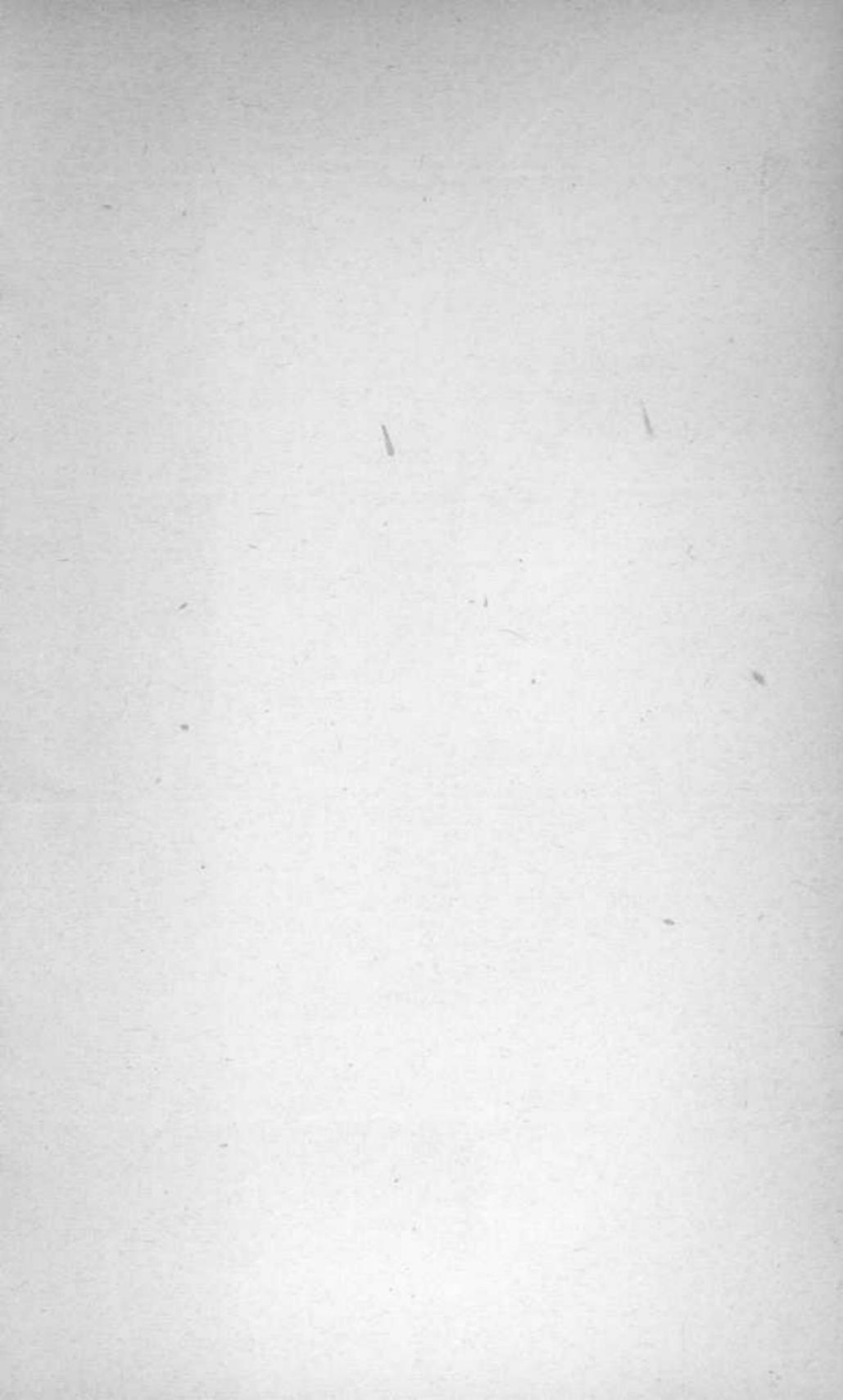
FIN

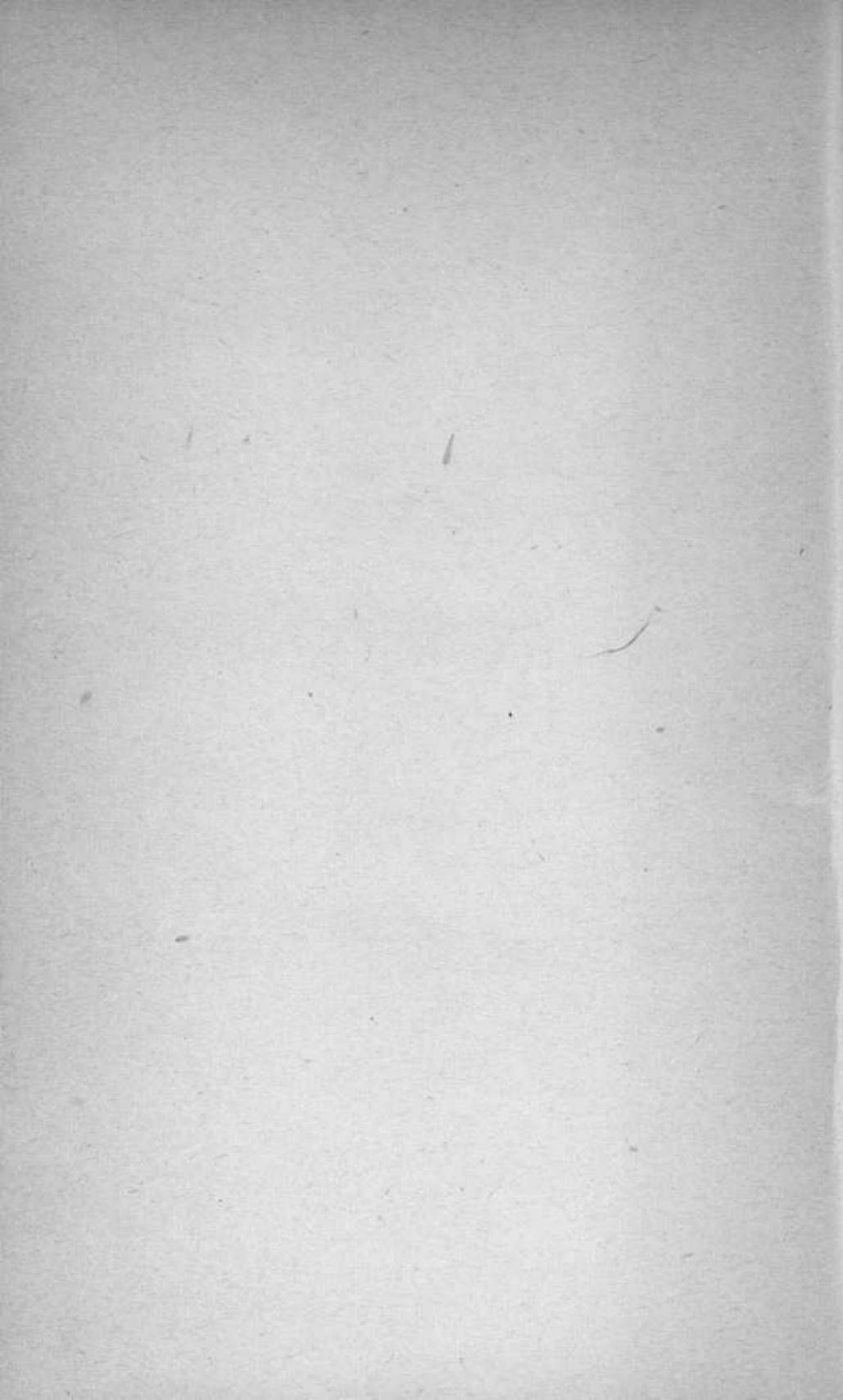
COLECCIÓN AUSTRAL

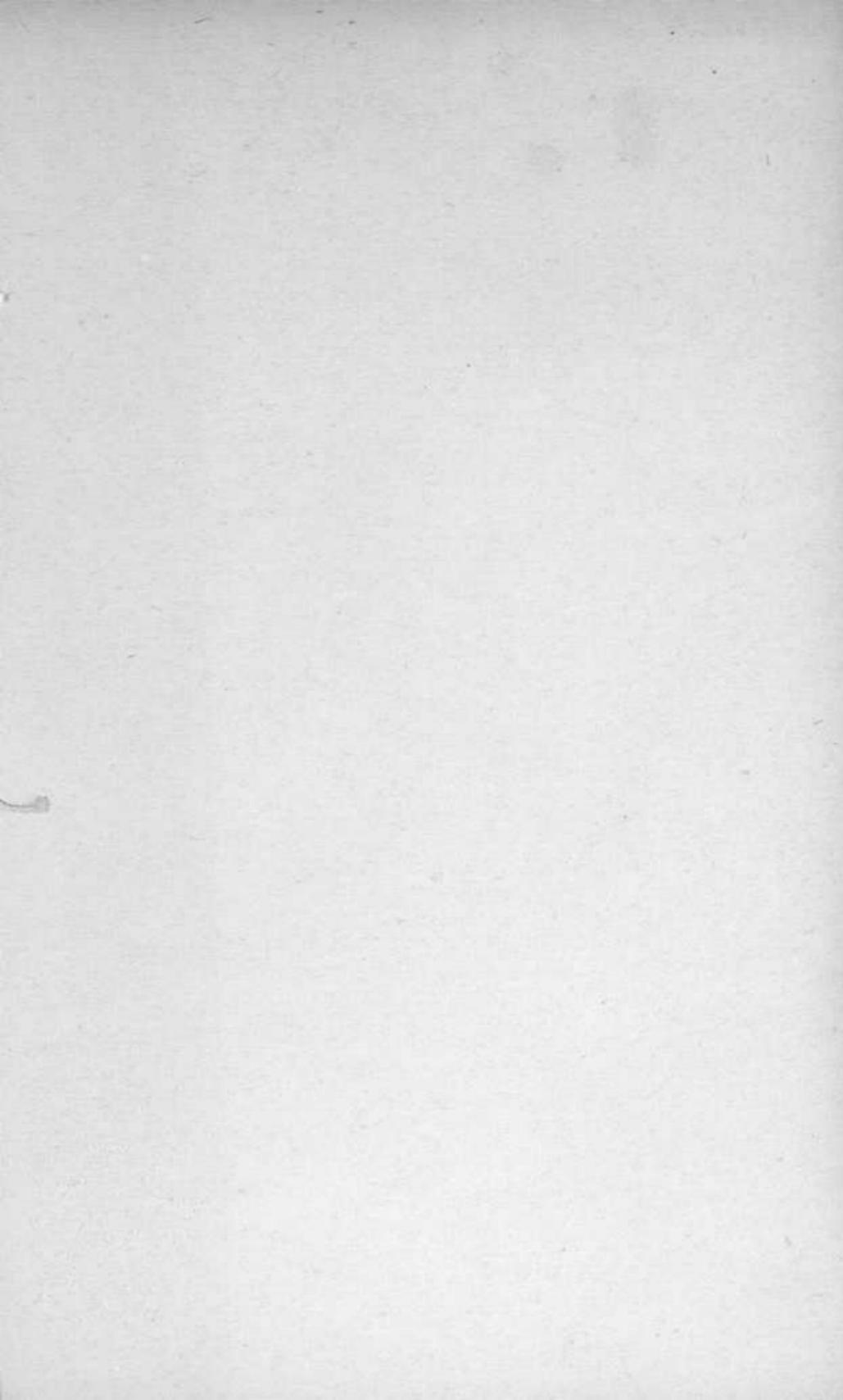
VOLÚMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

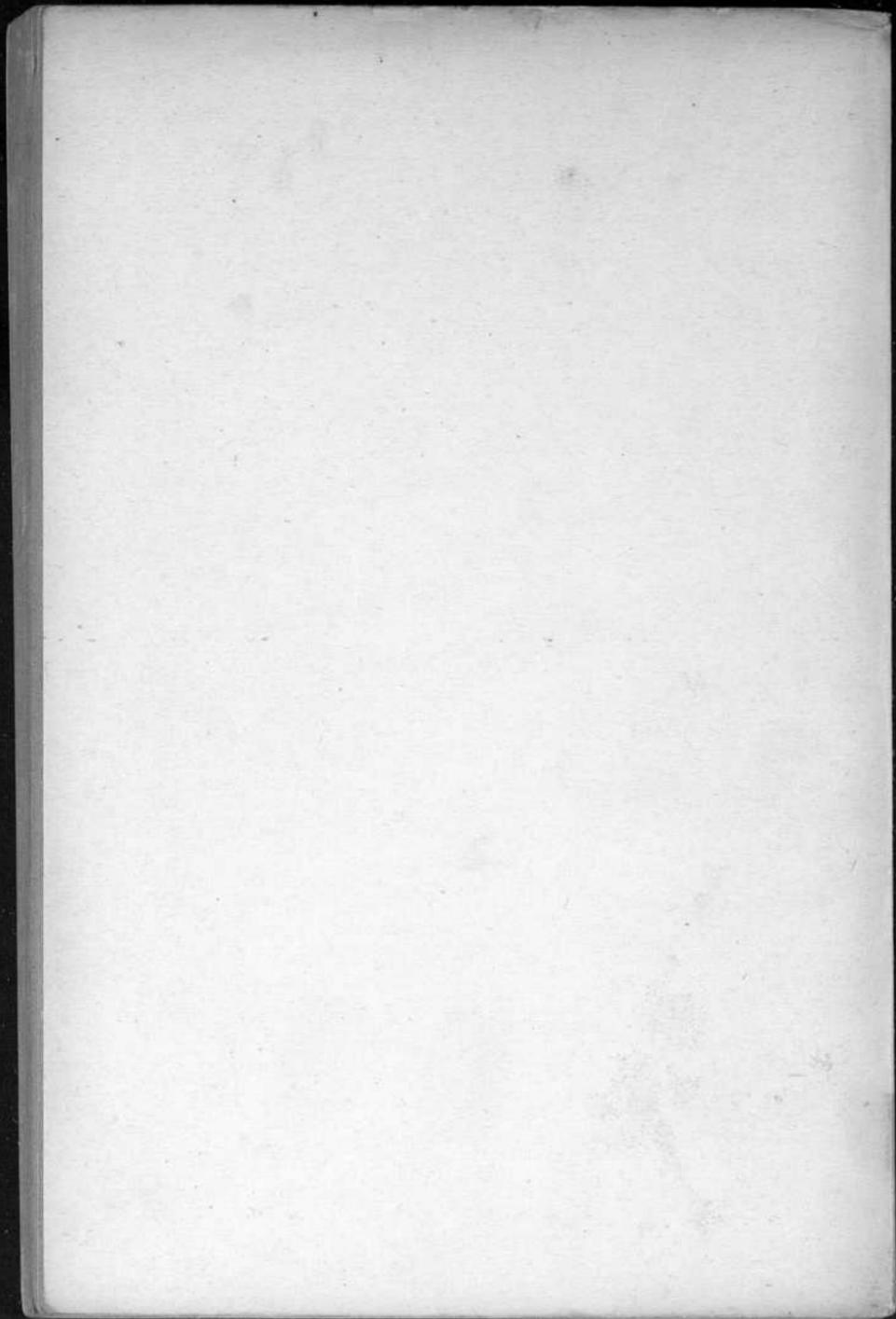
1. JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas.*
2. ANDRÉ MAUROIS: *Disraeli.*
3. BERNARD SHAW: *Santa Juana.*
4. M. DE UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida.*
5. LINDSEY Y EVANS: *El matrimonio de compañía.*
6. DESCARTES: *Discurso del método.*
7. THOMAS MANN: *La muerte en Venecia.*
8. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN: *Tirano Banderas.*
9. M. MAETERLINCK: *La vida de las hormigas.*
10. GABRIEL MIRÓ: *Figuras de la pasión del Señor.*
11. JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *El tema de nuestro tiempo.*
12. F. CROMMELYNCK: *El estupendo cornudo.*
13. MERMOZ: *Mis vuelos sobre el Atlántico.*
14. RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *La mujer de ámbar.*
15. B. PÉREZ GALDÓS: *Marianela.*
16. PAUL MORAND: *Nueva York.*
17. LUDWIG PFANDL: *Juana la Loca.*
18. OSCAR WILDE: *El ruiseñor y la rosa.*
19. RUBÉN DARÍO: *Azul...*
20. G. K. CHESTERTON: *Santo Tomás de Aquino.*
21. ARMAND PRAVIEL: *La vida trágica de la Emperatriz Carlota.*
22. JULIO CAMBA: *La casa de Lúculo o El arte de comer.*
23. BERTRAND RUSSELL: *La conquista de la felicidad.*
24. BLAISE CENDRARS: *El oro.*
25. KNUT HAMSUN: *Pan.*
26. N. BERTHIAEFF: *El cristianismo y el problema del comunismo.*
27. SHAKESPEARE: *Hamlet.*
28. R. MENÉNDEZ PIDAL: *Estudios literarios. **
29. JAMES JOYCE: *El artista adolescente. **
30. D. MEREJKOWSKY: *Vida de Napoleón. **
31. RAMIRO DE MAEZTU: *Don Quijote, Don Juan y la Celestina.*
32. AMADO NERVO: *La amada inmóvil.*
33. MIGUEL DE UNAMUNO: *Vida de Don Quijote y Sancho. **
34. J. BENAVENTE: *Los intereses creados y Señora ama.*
35. J. E. RIVERA: *La vorágine. **
36. AZORÍN: *Lecturas españolas.*
37. P. A. DE ALARCÓN: *El Capitán Veneno y El sombrero de tres picos.*
38. GEORG SIMMEL: *Cultura femenina.*

(*) Volumen extra.









COLECCIÓN AUSTRIAL • P. A. DE
ALARCÓN. EL CAPITÁN VERNER y EL SOMBRERO DE TRES PICOS

EXPLICACION DE LOS COLORES DE LA "COLECCION AUSTRAL"

Serie AZUL:

Novelas y cuentos en general.

Serie VERDE:

Ensayos y Filosofía.

Serie NARANJA:

Biografías y vidas novelescas.

Serie NEGRA:

Viajes y reportajes.

Serie AMARILLA:

Libros políticos y documentos del tiempo.

Serie VIOLETA:

Teatro y Poesía.

Serie GRIS:

Clásicos.

Serie ROJA:

Novelas policíacas, de aventuras y femeninas.

Volumen corriente (de 160 a 225 páginas) \$ 1.50 m/n.

Volumen extra (de 275 a 325 páginas) \$ 2.25 m/n.

●
ULTIMOS VOLUMENES EN VENTA:

B. PEREZ GALDOS: **Marianela**

PAUL MORAND: **Nueva York**

LUDWIG PFANDL: **Juana la Loca**

OSCAR WILDE: **El ruiseñor y la rosa**

RUBEN DARIO: **Azul...**

G. K. CHESTERTON: **Santo Tomás de Aquino**

A. PRAVIEL: **La vida trágica de la emperatriz Carlota**

J. CAMBA: **La casa de Lúculo o el arte de comer**

BERTRAND RUSSELL: **La conquista de la felicidad**

BLAISE CENDRARS: **El oro**

KNUT HAMSUN: **Pan**

B.P. de Soria



61164230

DR 798

tema del comunismo

leta en la
del texto.

SPECIALES DE LA
E ENVIAN GRATIS

NTINA, S. A.

MÉXICO D. F.

Isabel la Católica 6

F
D

COLECCION AUSTRAL

\$ 1.50
m/arg.

DR
798

USTRA

EL CAPIL
y EL SOMBR

EL, SOMBRERO DE TRES PICOS